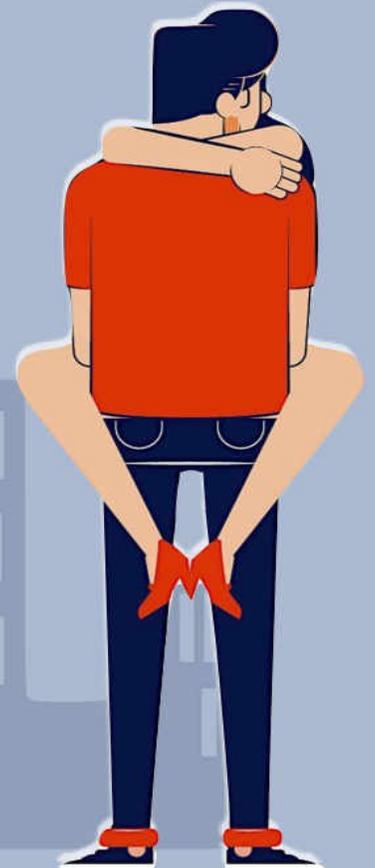
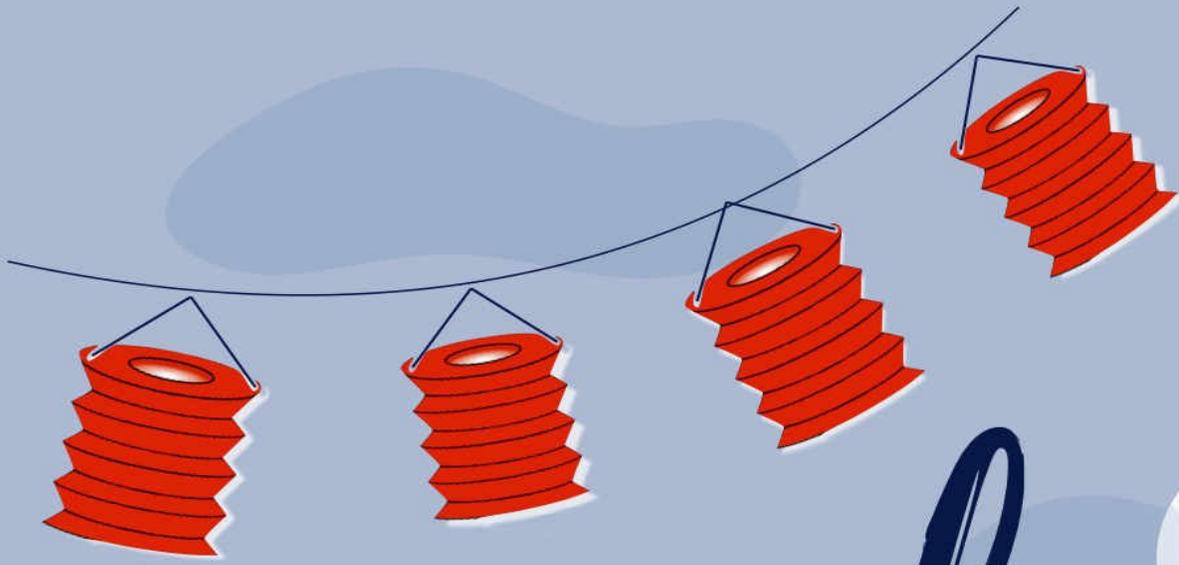


Ganesh  
Rosario  
Vila



GANESH

ROSARIO VILA

© 2020, Rosario Vila.  
Vectores de la portada diseñados por Freepik.  
Todos los derechos reservados.

## CAPÍTULO 1

Las medias son las grandes traidoras de la historia ocultas en la sombra, siempre se encargan de recordarte la pena que das cuando menos necesitas que te lo recuerden. Yo quería salir de aquella habitación de hotel con elegancia, mostrando una seguridad que no tenía, pero esas medias del chino de mi calle me estropearon mi función. Mientras me las ponía se engancharon en mi reloj y una carrera que comenzó en mi tobillo acabó en mi depilación de ingles eslovena; según Ivanka, mi esteticista rusa, llamada así por el parecido de su contorno al de un valle de los Alpes Julianos. Me la hizo el día anterior cuando, mientras pensaba sonriente en mi cita con Edu, respirando el olor de la cera perfumada estirada sobre la camilla, accedí a la propuesta de Ivanka encantada de poder lucir ahí abajo algo que se iba a poner tan de moda. Pero al comprobar el resultado en el espejo empecé a sospechar que Ivanka jamás había salido de su pueblo antes de emigrar a España, ni siquiera sabía dónde está Eslovenia.

—¿Pero qué me has hecho? —le pregunté pasmada. Frente a mí me saludaba un felpudillo al que había visto vivir tiempos mejores. Estaba deformado por completo, parecía que le habían dado un bocado a la derecha y tres a la izquierda. Era un estropicio ridículo que no tenía ningún sentido.

—Yo *desírtelo* antes —se defendió Ivanka.

—¿Que me has dicho el qué?

—El relieve escarpada de montes meridionales. En parte esta de tu *chumineski se apresia* perfectamente frontera con *Suisa* —dijo, señalando mis ingles con un bolígrafo.

Me puse las manos en las caderas y la miré de frente extremadamente seria. Tenía un Kleenex pegado en el culo que me hacía cosquillas en la pierna, pero no quería desconcentrarme quitándomelo, necesitaba infundirle a Ivanka todo el respeto que me fuera posible.

—Vale, estar bien. La *depilación* eslovena no existir, me ha caído una poca de *sera* por los lados —me confesó, cuando le arranqué el bolígrafo de las manos.

Y, de esa manera, acabé con el *chumineski* de una muñeca. Dora la Exploradora tenía más vello ahí que yo. Tuve que volver a tumbarme en la camilla y la falsa depilación eslovena acabó convirtiéndose en una siega de matojos. La moraleja me quedó clara: nunca hay que fiarse de una esteticista cuyo título está escrito en ruso. A saber qué ponía en el papel que Ivanka tenía enmarcado sobre su MP3 que había conectado a dos altavoces de coche. Qué le voy a hacer, tengo mucho sentido de la comunidad, me gusta gastar el dinero en los pequeños comercios de mi barrio.

De todas formas, mi deforestación integral no fue el problema. El problema fue que después de una semana esperando mi cita con Edu, pensando que iba a dedicarme toda la tarde, recibió un mensaje de Ruth —su, todavía, mujer— encargándole media docena de huevos y doscientos gramos de jamón de York.

—No... Tengo que irme —dijo con fastidio.

—¿Qué? ¿A dónde? —Me incorporé en la cama y leí el mensaje de reojo.

—Ruth ha salido de la reunión antes de lo que esperaba. Está en casa con dolor de cabeza y necesita que pase por el supermercado —me contó. Cogió su ropa y se dirigió desnudo al cuarto de baño, mientras yo lo miraba boquiabierto y desilusionada.

Había esperado tanto que llegara aquella tarde, esa en la que se suponía que —para variar—

no iba a haber un «aquí te pillo, aquí te mato» en los aseos del gimnasio, que se me hizo un nudo en la garganta. No entendía por qué Edu tenía que salir corriendo solo porque su mujer quisiera hacerse un bocadillo. Y los huevos, ¿para qué los quería? Él me decía que no era feliz con Ruth, que estaba enamorado de mí, y no veía el momento de que su matrimonio terminara para dormir juntos todas las noches.

Me levanté de la cama, fui hasta el cuarto de baño envuelta en la sábana y toqué con los nudillos en la puerta, aguantándome las ganas de llorar. Quería hacerle saber a Edu lo defraudada que me sentía por su falta de palabra. Solo llevábamos una hora en aquella habitación y ya estaba preparándose para marcharse, parecía que hubiésemos ido, exclusivamente, a darnos un revolcón.

—Edu, lo que estás haciendo no tiene nombre —dije enfadada.

—¿Cómo que no? Se llama hacer de vientre.

—¡No me refiero a eso!

—¿Pero qué te pasa? ¡Por qué te enfadas! —exclamó al otro lado de la puerta—. Déjame un poco de intimidad, por favor, así no puedo concentrarme.

No quería darle el gusto de acceder a su petición, pero estar allí, detrás de la puerta mientras él hacía algo tan desagradable, me pareció poco digno. Me senté en la cama y comencé a vestirme. Mientras me ponía la ropa interior tenía cierta seguridad, me decía a mí misma que debía hacerme oír, que aquello que estaba pasando no era una tontería. En el fondo de mi romántico ser sospechaba que Edu jugaba conmigo, pero estaba tan enamorada de él que me negaba a creerlo. Sus excusas tenían lógica, todavía vivía con Ruth y seguía teniendo que disimular. Sin embargo, aquel día creía que debía dedicarme el tiempo que me merecía, el que me había prometido antes de llegar al hotel. Iba a decirle cuatro cosas que le quedaran bien claras, pero al ponerme las medias y ver corriendo aquella enorme carrera pierna arriba me vine abajo. No pude evitar romper a llorar, ni siquiera unas tristes medias del chino me tenían respecto.

—Gema, ¿estás llorando? —me preguntó Edu al salir del cuarto de baño.

—¿Llorando? Qué va, soy alérgica al polen.

—Estamos en otoño, y esas flores del jarrón son de plástico.

Me puse una bota y le subí la cremallera de manera tan apresurada que las medias se me volvieron a enganchar en el tirador. No había manera de escapar de la sinceridad de mis medias, no cesaban en su empeño de que viera lo ridícula que era.

Edu tiró de mi brazo haciendo que me levantara, me cogió la barbilla y dijo:

—Sabes que por mí estaría aquí contigo hasta mañana. Pero tengo que irme, si no lo hago Ruth empezará a preguntarse dónde estoy.

—A lo mejor deberías decírselo, así no tendría que preguntárselo —dije llorosa, mientras me abrochaba la falda.

—Sabes que no es el momento, todavía no está bien.

Desde que conocí a Edu en el gimnasio en el que yo trabajaba de recepcionista, desde la primera vez que me había hablado de Ruth, esa mujer siempre había estado deprimida. Había pasado por un intento frustrado de inseminación artificial del que nunca parecía reponerse y Edu no quería dejarla estando así. Como consecuencia, la que estaba deprimida era yo.

—¿Cuánto calculas que le va a durar la depresión? ¿Crees que ya estará bien para cuando yo comience a usar adhesivo dental? —le pregunté.

Edu se echó a reír, me miró con esos ojos suyos tan verdes bajo su pelo rubio y me rendí. Edu y yo éramos Barbie y Ken. Él se parecía a Ken en lo macizorro, y yo a Barbie por mi *chumineski* pelado.

—Tendremos que aguantar un poco más. Pero eso no es nada cuando lo nuestro es tan grande

—respondió.

Asentí y miré al suelo resignada. Quizá me estaba impacientando demasiado, un año de relación a escondidas no era tanto tiempo.

—¿Irás mañana al gimnasio? —le pregunté.

—En cuanto salga de la oficina, ya estoy deseando que llegue la hora.

Me agarró por la cintura y me dio un beso que desbordaba pasión. Pasé los brazos alrededor de su cuello y me pareció levitar, Edu era todo lo que quería en la vida.

—Espera aquí un rato. Será mejor que salga yo primero, nunca se sabe con quién te puedes encontrar en esta ciudad —me pidió poniéndose el abrigo—. Oh —exclamó frunciendo el ceño. Tenía la cartera en sus manos y parecía buscar algo en ella. Abría y cerraba sus compartimentos, incluso la puso bocabajo y la sacudió.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Te importa pagar a ti? Me he dejado la tarjeta en casa.

—Claro —dije con la boca pequeña.

—No te preocupes, te lo devolveré.

Eso me tranquilizó un poco. Aunque solo eso, un poco. Una vez tomamos café en un bar y después de pagar, aquí, la que narra, Edu cogió el cambio que me trajo el camarero y se lo metió en el bolsillo. Supuse que lo hizo sin darse cuenta, pensando que había pagado él, pero me dio apuro preguntárselo y se fue a su casa con un café calentito en el estómago y diecisiete euros más.

Cuando Edu desapareció por el corto pasillo de la habitación y oí cerrarse la puerta me senté chafada en la cama. La lluvia golpeaba los cristales de la ventana, era el único sonido que me acompañaba en mi espera. La oscuridad de la tarde, los charcos y el agua fría que caía me esperaban en la calle. Por un momento pensé en la posibilidad de quedarme toda la noche allí. Iba a pagar la habitación, tenía derecho a hacerlo. Pero me imaginé que la ausencia de Edu en aquella cama deshecha iba a empeorar mi estado de ánimo y cuando pasó media hora me aventuré a salir. Pagué los sesenta euros que no tenía, me subí la capucha de mi abrigo y llegué a la parada del autobús con el pelo húmedo y encrespado. Otros treinta euros de peluquería tirados al váter que me provocaron ardor de estómago nada más recordarlos. La cuentas no me salían, había sido demasiada preparación para el intento fallido de una tarde romántica.

Pero mi desdicha no acabó ahí. Cuando iba a subir al autobús vi que no me quedaba un solo viaje en la tarjeta de transporte, el último había sido el que me había llevado al hotel. Abrí el monedero y descubrí con horror que no tenía dinero suficiente para pagar un tique. Había creído que llevaba un billete de diez euros, y realmente había sido así, pero después de rebuscar unos segundos recordé que me lo había gastado en un juego de salero-pimentero que llevaba en el bolso. Lo compré un par de horas atrás, viajé al pasado rememorando cómo lo hice con toda claridad. Estaba dando vueltas mientras hacía tiempo para encontrarme con Edu, paré a mirar un escaparate y, de repente, tuve un momento de enajenación mental. Estaba tan eufórica por mi cita con él que creí que sería genial tener un salero-pimentero. Como los de las madres. Como los de toda la vida. Ya no tenía edad para coger la sal a pellizcos de la bolsa, ni tampoco Inma, quien seguro iba a alucinar con mi adquisición. Nuestra cocina era un desastre anticuado que te quitaba las ganas de entrar, pero aquel detalle le daría vida, nos daría la esperanza de que algún día tendríamos una cocina moderna y funcional. Error. Dos horas después, nada de eso tenía sentido, me había gastado mis últimos diez euros en una porquería de cacharros a los que un pellizco de sal bien medido con los dedos no tenía nada que envidiarles. Tenía por delante media hora de camino a pie hasta mi casa y desde que entré en el hotel no había parado de llover.

## CAPÍTULO 2

Llegué a mi barrio envuelta en una bolsa de plástico de El Corté Inglés, me la encontré tirada bajo un quiosco y nadie sabe lo que agradecí en ese momento que hubiera gente tan poco cívica. La observé unos segundos, le di unas vueltas frente a mí y enseguida imaginé su utilidad: la abrí por los lados, me la puse en la cabeza y la até a un lado de mi cuello. A continuación saqué mis grandes gafas de sol del bolso y completé mi sofisticado *look*. Y así, como una versión *low cost* de Audrey Hepburn, corrí bajo la lluvia hasta pisar mi calle. Mientras abría la puerta de mi edificio oí música a todo volumen que salía del local de enfrente. Aquel sitio llevaba semanas en obras después de tiempo desocupado y lo único que daba una pista de lo que se cocía dentro era un rótulo en el que se podía leer: El Paki. Los cristales de la entrada estaban tapados con papel de estraza, pero los fluorescentes del local estaban encendidos y al afinar más la vista pude distinguir al trasluz a dos chicos que bailaban Bollywood. Me pareció una escena simpática y decidí acercarme a saludar, pensé que era buena idea darles la bienvenida al barrio.

Subí el escalón del local, me quité las gafas de sol y me puse de puntillas intentando ver por encima del papel de estraza. Uno de los chicos tenía el pelo lacio y crecido, con un oscuro flequillo caído a un lado. Llevaba un jersey amarillo, unos vaqueros azules y algo que me espantó: chanclas de natación. Pero eso no era nada comparado con lo del otro, ese sí que era «un referente de la moda», iba vestido con un turbante, una sudadera del Barça y unos pantalones de chándal del Real Madrid. El local ya estaba lleno de productos y pude confirmar mi teoría, se trataba de uno de esos pequeños supermercados de barrio en el que lo mismo te venden un cartón de leche que un bote de champú. Pensé que aquello me iba a ir bien para hacer compras de emergencia, a veces se me antojaban patatas fritas a horas intempestivas. Toqué en el cristal, di unos brincos para que pudieran verme por encima del papel y ambos miraron hacia mí. Cruzaron unas miradas extrañados, pero la alegre música paró y el que no parecía poder decidir a qué equipo de fútbol pertenecía se acercó a la puerta y la abrió.

—¡Hola! Soy Gema y vivo en el portal de enfrente. Bienvenidos al barrio —lo saludé. Él no me contestó, pensé que no me entendía, que quizá había emigrado hacia poco—. Yo ser Gema, vivir en puerta llena de cacas de palomas. Esa ser, esa de ahí —lo volví a intentar. Señalé mi portería con el pulgar—. Solo querer decirte hola. *Hello. Salut. Ciao, ciao, bambino*. Y... nada, eso ser todo —dije cortada.

Me ofendió su silencio. Yo solo quería ser amable, no entendía por qué había gente a la que le asombraba una acción tan simple y cortés.

El del flequillo y las chanclas se unió a nosotros, me miró con curiosidad y dijo:

—No *abbrimos* hasta mañana. Estamos *ordenando* las últimas cosas.

Hablaba igual que Apu de *Los Simpson*, hasta aquel día había creído que ese acento se lo había inventado un guionista.

—Vale, bien. Solo quería saludar. No necesito comprar nada.

—Ah... ¡Bueno, pasa! Verás qué bonito está *toddo* —me pidió sonriendo.

El del chándal descoordinado ni se inmutó, se quedó mirándome con la misma cara de pepino agrio con la que había abierto la puerta.

No tenía ninguna necesidad de entrar, pero no quería hacerle un feo al más amistoso, así que pasé y miré a mi alrededor, fingiendo que sentía admiración por el desorden que tenían montado

allí.

Debía de haber algún error de traducción porque «bonito» no era la palabra adecuada para describir la tienda. Las paredes estaban pintadas de un beis horroroso, el suelo era de vinilo granate y en la pared del mostrador había un póster de Jean-Claude Van Damme en camiseta de tirantes, con el pelo largo y engominado hacia atrás. No entendía qué tenía él que ver con la bollería industrial, las lechugas y las pilas alcalinas.

—Vaya, es precioso... —murmuré. No pude evitar que los ojos se me fueran de nuevo hacia el póster—. ¿Eso...? ¿Ese portento de la naturaleza hortera tiene algún significado? ¿Hacéis artes marciales o algo así? Yo también soy deportista, a veces hago algo de bicicleta en el gimnasio.

—¿A quién has *llamado* hortera? —me preguntó el del turbante. Se puso rápidamente a la defensiva—. El *primmo* Jean tiene garras como león y pelo de *anunsio*, es tan *capás* de sacarte la yugular como de *hasese* una *trensa*.

—Oh, sí. Claro, se le ve mañoso —dije avergonzada. Pues sí que me entendía bien, simplemente era antipático—. Hizo un gran papel en *Depredador*, se nota que es un actor de método —añadí para intentar arreglarlo.

—Ese es Schwarzenegger, un *afeminado* al que le ponen un doble en las *esenas* de explosivos —dijo cruzándose de brazos.

—Ah. Pues... sería en *Acorralado* —rectifiqué.

Puso los ojos en blanco y dijo:

—¿Hablas de Stallone, de ese blandengue que se opera la cara *commo* las *abbuelas*? Bah, por favor, no podría dar una *patadda* al aire sin que se le escapara un pedo.

—Entonces no sé. Me cuesta un poco recordar las caras, a lo mejor lo habré visto recogiendo un Premio Nobel —dije sarcástica.

—*Toddo* se andará —respondió orgulloso.

—Mi *cuñado* es un gran fan de Jean-Claude Van Damme —me explicó el amistoso del flequillo—. En el *saptapadi* de su boda *hiso* una *esena* de *Muerte súbita* mientras daba las siete vueltas al fuego. Se quemó el turbante.

—Oh —dije asintiendo. Me cogí la barbilla y miré al suelo.

—¿Te estás *rienddo*? —le preguntó el del chándal.

—¿Yo? No —contestó el del flequillo. Pero era mentira, se estaba aguantando la risa.

—¡Sí! ¡Te estás *rienddo*, hijo de Naga con *cabesa* de serpiente! —exclamó el del chándal.

—¡No! Solo quería contar la bonita anécdota.

—Eso no es bonito, desde ese día no me ha vuelto a *creser* pelo *ensima* de la oreja.

Es curioso cómo funciona la mente, pero la simple mención al pelo me hizo recordar mi estafa de depilación, de ahí fui a mi frustrante cita con Edu y por último visualicé mi cuenta del banco en números rojos. Ya no sabía qué hacía allí, metida en una absurda discusión sobre Jean-Claude Van Damme. A mí ese hombre no me tocaba nada.

Me coloqué bien mi bolsa sobre la cabeza y dije para excusarme:

—Bueno, tengo que irme, debo tender mi fular antes de que empiece a oler a humedad.

—Eso es feo, pero feo de *veredad* —me dijo el del flequillo—. *Nesesitas* un pañuelo colorido y bonito, como el de las chicas de mi país.

—No creo que lo necesite. Esto ha sido algo improvisado, una especie de emergencia. ¡Encantada de conocerlos! —me despedí risueña.

Pero mi sonrisa era fingida. ¿Mi bolsa era fea? ¿Cómo podía decirme eso con las chanclas que llevaba? No había visto unas de esas desde que mi padre puso gotelé en el salón, eran las típicas azules con rayas blancas.

—Claro que sí, *todo* el mundo *nesesita* un pañuelo. Es una cosa que sirve para *todo* — insistió. Dio un paso hacia mí y sonrió cruzados de brazos, a la espera de un nuevo comentario por mi parte.

—Por el gran Shiva... —murmuró el del chándal—. *Todo* te sirve para algo. Eres una mala copia india de MacGyver, arreglas cualquier cosa con una goma y un chicle —acusó al otro. Señaló la caja registradora mirándolo vengativo, satisfecho de devolvérsela por haberme contado la anécdota de su turbante chamuscado. Y entonces vi que la pantalla estaba remendaba precisamente así, estaba sujeta con una goma de pollo y un chicle que hacía de pegamento en las juntas.

—Ríete *todo* lo que quieras, pero *funciona* —se defendió el del flequillo.

—Si no nos fijamos en que los *seros paresen* ochos, sí —contestó el del chándal.

—¡Esto es un *sero*! Deberías ponerte gafas —replicó el del flequillo—. ¿Esto es un *sero* o un ocho? —me preguntó a mí.

—Yo ya me iba —le recordé.

—No, no, no. Di la *veredad*, no tengas miedo. Responde, por favor —me pidió.

—Pues... —dudé. Miré la pantalla un instante y dije—: Creo que es un seis.

—¡Oh, por favor, es claramente un *sero*! —se quejó, gesticulando frustrado.

—Ahí no se ve *nadda*, podría ser cualquier cosa —dijo el del chándal.

—Cualquier cosa. ¿Qué podría ser aparte de un número?

—Bueno, os dejo, tengo cosas importantísimas que hacer —me excusé otra vez.

—Pues un reflejo del *fluorescente*, por ejemplo —respondió el del chándal.

—Tendré que cobrar siempre yo, tú vas a dar mal los *cambbrios*.

—¡Hasta luego! —volví a probar más alto.

—No te *nesesito* para sumar, tengo mis propios *deddos* —dijo el del chándal.

—Tienes un *deddo* de más en cada pie, no te saldrán las cuentas.

Había alcanzado la puerta, ya podía respirar el aire frío que entraba de la calle. Un paso más y podría escapar. Había llevado a cabo mi acto de buena vecina, mi misión de darles la bienvenida estaba más que cumplida. Quería darme un baño y ponerme el pijama, después de la tarde que había tenido estaba deseando llegar a casa.

—¡Espera! —me llamó el del flequillo.

No... ¡Por qué!

Me di la vuelta impaciente. Tenía el pie derecho en el aire, a medio camino de pisar la acera, pero lo tuve que volver a poner de mala gana sobre el escalón. El movimiento me quedó igual que a Chiquito de la Calzada.

—¿Te gusta? —me preguntó. Tenía un gran pañuelo de gasa naranja y morado en las manos. Lo abrió y me lo mostró.

—Sí, claro, es muy bonito.

—Para ti —dijo.

—¡No! —me negué.

—Claro que sí, es un regalo —insistió.

—Eso es de mi mujer... —se quejó atónito el del chándal.

—Tu mujer es mi hermana, yo la *conosí* antes que tú.

—De verdad, no hace falta —dije incómoda.

—Sí *hase* falta, una chica tan bonita como tú no puede ir por ahí con esa bolsa.

No sabía qué hacer, me parecía de mala educación despreciar un regalo, pero el pañuelo no era suyo, estaba claro que tenía dueña. De todas formas, no me hizo falta tomar una decisión: me

desató la bolsa, sacudió el pañuelo y lo puso sobre mis hombros.

—Vale, gracias —dije resignada.

—Me llamo Ganesh, y el hombre *enfadado* es Namgyal.

—Ah, bien. Yo me llamo Gema, y eso que sujetas es una bolsa de El Corte Inglés.

La miró en su mano y sacudió la cabeza en señal de desaprobación. Me dieron ganas de regalarle unas zapatillas de deporte para que pillara la indirecta.

—Se lo contaré a tu hermana. ¡Te va a poner tanto picante en el curry que te *escoserá* el culo!  
—le amenazó Namgyal.

Ganesh puso los ojos en blanco e hizo una mueca ignorándolo.

—Será mejor que me vaya —le dije.

—Vuelve mañana a comprar. Seguro que te falta algo en casa.

En casa me faltaba de todo, pero después de aquello dudaba que volviera.

—Por supuesto. Buenas noches.

Y ahora, sí, salí a la calle por fin. La puerta de El Paki se cerró y la alegre y exótica música de antes comenzó a sonar de nuevo. Mientras abría la puerta de mi edificio me giré por curiosidad, el baile había retornado a la tienda como si nada hubiera pasado. Admiré mi nuevo pañuelo —la verdad es que era precioso—, me encogí de hombros y subí corriendo las escaleras hasta mi piso. Cerré la puerta dejando aquel peculiar suceso atrás, tenía cosas mucho más importantes en las que pensar. Nunca imaginé que ese saludo casual iba a tener la más mínima importancia en mi vida.

## CAPÍTULO 3

—No te molestes en meter el pan en la tostadora, no funciona.

—¡Qué haces ahí! —exclamé. Me llevé un susto de muerte, no había visto a Inma sentada a la mesa cuando entré en la cocina. ¿Cuánto tiempo llevaba observándome, escurrida en la silla como una lechuga reblandecida? Parecía que había pasado toda la noche en aliño.

—¿Cómo que qué hago aquí? Lo mismo que tú, desayunar.

—Podrías respirar al menos, estos sobresaltos son peligrosos para la salud cuando te acabas de levantar. —Me puse la mano en el pecho y respiré hondo, intentando ralentizar mis pulsaciones.

Enchufé, desenchufé y volví a enchufar la tostadora. Bajé la palanca una y otra vez intentando hacerla funcionar. Pero no hubo manera, había llegado tarde para reanimarla.

—Queda una galleta —dijo Inma. Levantó el resto de un paquete en la mano.

Era la típica escena de fin de mes, cuando la nevera y los armarios que hacían de despensa pedían a gritos que los rellenáramos. Siempre nos pasaba igual, Inma y yo no sabíamos qué era la previsión.

Me serví un café y me senté a la mesa con ella. Me había tocado la silla coja, en la que ninguna de las dos quería sentarse, y tuve que poner bajo la pata el catálogo de IKEA que conservábamos para esa función.

—Esta cocina da pena... —murmuré mirando a mi alrededor.

Ya estaba así de mal cuando alquilamos el piso. Sobre el fregadero faltaba un azulejo, el grifo era tan antiguo que costaba de abrir, dos puertas de los armarios se quedaban colgando cuando las abríamos y la nevera hacía un ruido que nos ponía los vellos del cogote de punta. Era igual que el sonido de una película de terror, la misma música chirriante que suena cuando alguien está siendo descuartizado vivo. El dueño del piso nos prometió que haría unas mejoras que nunca hizo, pero el alquiler era relativamente económico y el sueldo no nos daba para mudarnos a un piso mejor.

—Mi vida es una pena mucho más grande que esta cocina —dijo Inma.

—¿Quién te ha dejado esta vez?

—Lo he dejado yo, ¿vale? —replicó ofendida—. Una relación es un intercambio. Y él recibía, pero no daba nada.

—¿Es al que le has estado planchando las toallas? —quise saber.

—Lavadas y planchadas. ¡Con agua de plancha con olor a talco! Le depilaba los pelos de las orejas y le pelaba las gambas. Hasta le cosí un dobladillo un día, por Dios.

—Puede que te precipites siempre un poco, ¿no? Solo lo conocías de un par de semanas. Creo que te das muy pronto y demasiado, no hace falta que trates a los hombres como si fueran niños de acogida.

—Perdona si no tengo demasiado en cuenta tus consejos, pero no creo que tú seas la persona más adecuada para hacer de Doctora Amor.

—Vale, haz lo que te dé la gana —contesté—. Ya me vendrás llorando cuando te secuestren y te pongan a trabajar de esclava del hogar. La Gracita Morales del coito, te van a llamar.

—Es que no puedes culparme de que sea atenta. El problema no soy yo, ¡son los hombres! La naturaleza se equivocó dándome este cuerpo de escándalo, así no me toman en serio.

—Pues a ver si hoy te va mejor así, porque pareces una acelga atacada por una plaga de pulgón

—observé.

Inma cogió una servilleta de papel y se sonó la nariz haciendo el mismo ruido que un tractor. Se hizo con la galleta que quedaba, la metió en su café y observó cómo flotaba.

—Me gustaría ser como ella... Mírala, se la ve tan feliz nadando ahí. Sin importarle que es la última galleta del paquete, que ya no podrá hacer nada para perpetuar su especie —dijo con tristeza.

—Oye... ¿Por qué no vas a un psicólogo? —le sugerí.

—¿Qué?! —exclamó—. Ya salí con un psicólogo, y son lo peor. Recuerda que me hizo escribir en una libreta todo lo que no me gustaba de mi vida y que cuando leyó que me daba grima que la tuviera tan pequeña me dejó. Los psicólogos no son personas de fiar, son unos hipócritas del «todo me resbala».

—Me refería a una cita profesional, no a una por placer —le aclaré.

—No sé a qué te refieres, placer tuve poco —replicó—. ¿Y tú, qué tal ayer con Edu?

Qué tal ayer con Edu..

Con Edu me fue fatal, ni siquiera me apetecía recordarlo.

—Te lo voy a resumir para no aburrirte. Edu tuvo una emergencia por unos huevos, me cayó una tromba de agua encima y acabé la tarde teniendo una discusión con un hindú por culpa de Jean-Claude Van Damme. Bueno, o puede que fuera pakistaní, no estoy segura —le conté.

—Así que la que tiene que ir a un psicólogo soy yo —dijo.

—Sí, yo todavía no creo que una galleta tenga vida interior.

—Era una metáfora. —Hizo un gesto de despreocupación con la mano—. Pero, ¿sabes qué? Que no sabemos nada de esta galleta, no tenemos ni idea de qué ha podido sentir al deshacerse en el café. —Cogió su taza y miró dentro con asco.

Para hacer esa tontería me la podría haber dejado a mí, tenía hambre. El pan era del día anterior y se había quedado como un chicle, no podía comérmelo sin tostarlo.

—¡Oh, tengo algo que te va a encantar! —dijo animada. Fui al salón y abrí mi bolso. Saqué el salero-pimentero y lo llevé hasta la cocina con veneración, levantado frente a mí como si llevara la joya de la corona sobre una almohada de raso.

—Madre mía, qué preciosidad —dijo Inma.

—Sabía que te iba a gustar. Es un símbolo de esperanza. El comienzo de una cocina feliz, ya lo verás. —Sonreí y asentí con seguridad.

—Seguro que sí. Si lo visualizamos un rato cada día, sucederá.

Puse el salero-pimentero sobre la mesa y las dos lo admiramos ilusionadas. Era muy bonito, de cristal moldeado de manera abstracta y metal plateado reluciente. A toro pasado, había merecido la pena volver a casa andando por culpa de él.

—Esto no es de los chinos —dijo recelosa.

—No. Me ha costado diez euros, hay que darse un lujo de vez en cuando.

—Di que sí, nosotras somos unas divas y debemos rodearnos de artículos que estén a nuestra altura.

Inma era una contradicción, se compadecía de sí misma y seguidamente se animaba ella sola. Parecía que no se quería nada, pero en realidad conocía perfectamente sus razones para adorarse. Tenía una larga melena —morena y brillante—, unos ojos verdes con pestañas infinitas y una figura perfecta. Volvía literalmente locos a los hombres. Eso sí, la locura se les pasaba en cuanto conseguían llevársela a la cama, cosa para lo que no necesitaban demasiado rato. Inma era de esas chicas que fingen necesitar sexo cuando en realidad lo que buscan es amor. Para equilibrar la balanza, yo no me parecía en nada a ella: mi pelo nunca brillaba, usaba máscara de pestañas

efecto volumen porque tenía cuatro contadas y si me pasaba comiendo un par de días seguidos me salía barriga. No es que estuviera mal, Edu decía que era mona y que tenía una nariz respingona muy graciosa. Pero tenía más razones para quejarme que Inma, a mí las cosas me solían salir mal aun intentando encaminarlas bien y no me compadecía de mí misma ni una cuarta parte de lo que lo hacía ella.

—Esta noche he quedado con un pibón. Tendrías que verlo —dijo orgullosa.

—¿Qué? ¿Ya tienes a otro? ¿Y a qué venía que estuvieras aquí llorando como una plañidera desde anoche? —le pregunté atónita.

—No llevo aquí desde anoche, me he levantado un cuarto de hora antes que tú.

—¿Y por qué llorabas? —le pregunté. Levanté las manos desconcertada.

—No sé. Porque es lo normal, ¿no? Acabo de romper.

—Ah, ya, que es algo así como una tradición —dije sarcástica.

—Pues sienta bien, ahora me encuentro mucho mejor.

¿Que se encontraba mejor de qué, si estaba claro que ese tío con el que había roto no le importaba nada? Inma siempre tenía un clavo preparado para sacar a otro clavo.

—Tú sigue así, un día tendrás mal de amores de verdad y no te creeré. —Me levanté, apoyé las manos en la mesa y me incliné hacia ella.

—Uy, qué humor —dijo echándose hacia atrás.

## CAPÍTULO 4

Ni una bolsa, ni una sola bolsa de plástico había en casa. Lo bien que me hubiese ido la de El Corte Inglés en aquel momento aunque estuviera rota, al menos podría haber enrollado con ella la tostadora. Intenté metérmela en el bolso, pero no me cabía y al hacerlo se me llenó el fondo de migas de pan. Iba a llevarla de camino al trabajo a un punto limpio que teníamos en el barrio, un sitio de esos para reciclar, y tuve que llevarla con los brazos estirados frente a mí como si fuera un niño cagado. No quería acercarla a mi cazadora de piel porque era de un beis casi blanco que costaba mucho de limpiar. Bajé las escaleras de manera torpe, mirando mis pies para no caerme, la sujeté con una mano para abrir la puerta y nada más poner un pie en la calle alguien me gritó:

—¡Buenos días, *Gemma*!

Miré hacia la acera de enfrente y vi a Ganesh agitando la mano en el aire.

—Ah, hola... —No es que me molestara que me saludara, pero su entusiasmo me pareció desmedido y eso me echó para atrás.

—¡Qué llevas ahí! —me gritó sonriente.

El camión de la basura estaba vaciando el contenedor del vidrio y el ruido nos obligaba a levantar la voz.

—¡Una tostadora! ¡No funciona!

—¡A ver, enséñamela! —me pidió. Hizo un gesto con la mano para que me acercara a él.

—¿Para qué? ¡Voy a tirarla!

—¡No se puede tirar, eso se arregla!

—¡Qué va! ¡Está súper, *súper* estropeada! —Puse cara de agonía para exagerar.

—No, no, no. ¡Deja que la mire primero!

—¡Que no, está fatal! ¡Ya no tiene arreglo, palabrita del Niño Jesús!

Ganesh cruzó la calle. Quise escapar, pero en el fondo me supo mal dejarlo allí plantado, el pobre no me había hecho nada.

—Los niños españoles no saben *nadda* de *reparaciones* —me comentó.

—¿Qué? —le pregunté. Pero entonces caí en que había creído que un niño me había dado el diagnóstico de la tostadora, y me entró la risa, pensó que el Niño Jesús era un niño de verdad.

—Deja que le eche un *vistazo*.

—No, de verdad que no hace falta.

—Sí *hase* falta, seguro que lo que tiene es una tontería —dijo agarrándola.

—No es una tontería, lo que tiene es gravísimo —reliqué sin soltarla. No quería que intentara arreglarla y no sabía cómo negarme, no me apetecía deberle un favor.

—*Toddo* tiene *solución*. No hay *nadda* tan grave que los dioses no puedan ayudarnos a *solucionar*.

—¿A qué dioses te refieres? ¿No serán MacGyver y Jean-Claude Van Damme?

—Claro que no, ese pollo inflado con hormonas solo tiene *serebro* para ponerse gomina en el pelo —dijo riendo. Pero no negó a MacGyver, y eso me escamó.

Comenzamos un pequeño forcejeo en el que él sonreía animándome a darle la tostadora y yo la agarraba con todas mis fuerzas, sonriendo también para disimular mi espíritu competitivo. ¿Por qué tenía que empeñarse en arreglar una tostadora que ni siquiera era suya? ¿Era de alguna religión de esas que teoriza con que las cosas tienen alma?

—¿No tienes frío en los pies con esas chancas? —le pregunté.

—¿Eh? —dijo mirando hacia ellas.

Le quité la tostadora de las manos y hui riendo, orgullosa de mi truco de escapista. Pero al dar solo dos pasos algo me lo impidió: Ganesh había agarrado el cable y no podía avanzar, me quedé con las piernas abiertas.

—Eres muy *cabesota*, deja que le eche un vistazo. Si no consigo arreglarla la tiras y ya está —dijo divertido. Aunque también parecía un poco desconcertado por mi actitud.

Lo miré dubitativa y él sonrió. Sopló hacia arriba para levantarse el flequillo y su expresión era tan inocente que me rendí. Solo quería ser amable, me estaba comportando como una idiota.

—Vale, está bien —accedí—. Pero no me la devuelvas si no puedes arreglarla, déjala en el punto limpio.

—Eso no pasará. *Funcionará* mucho mejor que antes. —Soltó el cable y se remangó su sudadera verde dejando a la vista unos brazos fibrados, acostumbrados a trabajar. Se puso las manos en las caderas y masticó chicle.

Todavía dudé un poco más. Miré la tostadora en mis manos sintiendo un repentino cariño hacia ella. No me fiaba de dejarla en manos de Ganesh, quien seguramente la desmontaría y le haría un implante con piezas de vete a saber qué. Lo conocía poco, en realidad nada, pero sospechaba que era capaz de devolvérmela sintonizando Kiss FM.

Se la pasé por fin. Aquello era ridículo, ¿por qué me costaba tanto desprenderme de una tostadora que no funcionaba? Y encima iba a llegar tarde a trabajar.

—¡Te has puesto los *leggings* al revés! —me gritó mientras me alejaba.

—¿Eh?

Pues sí, tenía razón. Con razón me tiraban del culo.

## CAPÍTULO 5

—¡No quiero volver a ver esto así! ¡Eres un mal ejemplo para los abonados! —me reprendió Jordi, mi jefe.

Lo miré desde mi silla de la recepción y protegí mi merienda rodeándola con los brazos. Tan solo se trataba de una bolsa de patatas fritas, un refresco y una chocolatina. No había razón para que me acusara de esa manera, como si fuera una traficante de armas.

—No tengo que darle ejemplo a nadie. Pero te diré más, algunos harían bien comiendo algo, de vez en cuando, que no sepa a cartón. —Lo miré de arriba a abajo, le di un bocado a mi chocolatina y esperé su reacción.

—Trae eso —me ordenó. Intentaba robarme la bolsa de patatas fritas.

—¡No! —Me incliné sobre ella y la tapé con la parte superior de mi cuerpo, intentaba inmovilizar la mano de Jordi con mi peso al mismo tiempo.

—¡Suelta todos esos carbohidratos! —me exigió.

—¡Me estás aplastando la chocolatina! —me quejé.

—Solo son azúcares y emulgentes que se pegan a las arterias. ¡Deshazte de ellos!

Le dio un tirón a la bolsa de patatas y con su brusco movimiento la vació entera frente a mí. Yo tenía la mano pegajosa, llena de chocolate derretido, pero eso no me impidió recuperar a gran velocidad una patata que se había colado en el lapicero. Era de las gordas y tenía un dorado ideal, no podía desperdiciarla.

—Limpia esto. Y más te vale que no vea ni un solo rastro de comida basura cuando vuelva del trono —me advirtió.

Con «el trono» se refería al inodoro. No sabía qué comía aparte de batidos proteínicos y barritas energéticas, pero parecía que lo que fuera le provocaba descomposición. Se pasaba la vida entera evacuando. Se acercó a la pared de espejo que había a un lado de la recepción, se peinó con el dedo sus cejas depiladas y se remangó la camiseta, flexionando el brazo para admirar con orgullo sus músculos. Era tan narcisista que Narciso a su lado era un becario, nunca había visto algo igual.

Miré a mi alrededor recelosa, cogí mi refresco y el resto de mi merienda y lo puse todo en el suelo junto a mis pies. ¿Qué culpa tenía yo de que aquella gente no supiera disfrutar de los pequeños placeres de la vida? Ellos iban al gimnasio porque no eran felices con sus cuerpos, no se daban cuenta de que podían serlo solo con comer chocolatinas. Yo era más inteligente que ellos, hacer musculación les atrofiaba el cerebro.

—No hay agua caliente en las duchas.

Me golpeé la cabeza con el escritorio. Estaba agachada comiendo patatas fritas y al oír que me hablaban la levanté demasiado rápido, sin medir la distancia entre mi coronilla y el filo.

—¿Cómo sabes eso? Acabas de llegar —le dije a Edu frotándome la cabeza.

Tenía su mochila colgada al hombro, debía de haber cruzado la puerta un segundo antes.

—No lo sé, pero bien podría ser. ¿Me acompañas a comprobarlo? —me preguntó sugerente, apoyándose de lado en el mostrador.

—Oh. Ya —dije al captar sus intenciones.

—Estaba deseando verte. Lo de ayer fue demasiado apresurado, me quedé con más ganas de ti.

—No hace falta que lo jures, si llegas a irte más rápido te habrías tenido que vestir por el

camino —repliqué.

—No volvamos a lo mismo, Gema, sabes que no podía quedarme. Ruth no me deja tranquilo, está pasando por un momento de los suyos y necesita continuamente de mí.

No me gustaba hablar de Ruth, ni que Edu la mencionara como si fuera parte de mi vida. Con esa familiaridad. ¿Por qué tenía yo que cargar con ella y amoldarme a sus necesidades? Ruth era problema de Edu, no mío. Ni siquiera la conocía, y por lo que me había contado era una egoísta insoportable. No debía sentir más piedad por ella que por mí misma.

—¿Te has dado cuenta de que nada es nunca culpa tuya? Pobrecito, hay una conspiración del mundo entero contra ti.

—¿A qué viene eso? —dijo sorprendido. Miró de un lado a otro para comprobar que nadie nos oía—. Conoces muy bien mi situación y sabes que para mí no es fácil. Es muy desagradable tener que dormir con alguien que ya no quieres, mi vida en casa es un infierno.

Esa era otra de las cosas de Edu que me desconcertaban. ¿Por qué seguía durmiendo con Ruth? ¿Qué más hacían metidos entre las sábanas toda la noche, bordarlas?

—Al menos podrías mudarte a otra habitación. No es necesario que le cantes una nana ni que la mezas para que se duerma —le recriminé. Pero ya se me estaban llenando los ojos de lágrimas, nunca podía enfadarme con Edu demasiado rato. Me dolía demasiado no ser la única en su vida y me daba miedo perderlo, estaba loca por él.

—No pensarás que tengo sexo con ella, ¿verdad? Hace mucho tiempo que no siento ningún deseo por Ruth, te lo puedo asegurar.

—Pues ayer bien que corríste a comprarle unos huevos. Algo te estará dando a cambio cuando silba y al instante te arrodillas a sus pies.

—Venga, no digas tonterías. Si además de pesada es una frígida, creo que por eso no puede tener hijos.

Últimamente me estaba dando por pensar que el que no podía procrear era Edu, y no Ruth. Al principio pasaba por alto sus esporádicos gatillazos, me parecía que podían ser cosa de las prisas. Pero el día anterior, en el hotel, tuvo que jugar con su «cosa» él mismo para conseguir tener una erección. ¿Qué le pasaba, era tan introvertida que solo se relacionaba con él? ¿Tenían él y su cosa algún código secreto que solo ellos dos entendían? La animó hablándole en alemán y la llamó Bratwurst, como si fuera una salchicha. ¿Era eso normal? No lo sabía, era la primera vez que me veía en esa situación.

—Tenemos que solucionar esto, Edu. Yo no puedo seguir así —dije rascando una tecla de mi ordenador. Estaba a nada de romper a llorar.

—Tenemos que ser pacientes, todo se arreglará. Lo nuestro tendrá un final feliz, ya lo verás. —Volvió a apoyarse de lado en el mostrador y añadió—: Voy a las duchas, te espero allí en un minuto.

—No. No puedo —me negué sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo que no puedes? Si lo estás deseando.

—Eso no es verdad, y sabes que no puedo dejar la recepción —dije sin mirarle. No quería levantar la vista del teclado porque sabía que si le miraba me iba a convencer.

Edu era guapísimo, le sentaban tan bien las camisas y la parte trasera del pantalón que parecía que le hicieran la ropa a medida. Hacía pesas cada día, siempre iba afeitado y olía a un embriagador perfume caro. La única pega que ponerle era que estaba casado. Bueno, eso y que a veces mostraba deficiencias sexuales. Lo mismo no se le levantaba que eyaculaba antes de meterse en faena, parecía que no le funcionaba el temporizador. Pero entre nosotros había amor, o eso quería pensar, y eso era lo importante.

—No me hagas esto, Gema... No podré entrenar sabiendo que estás enfadada conmigo.

Me miró con ojos de cordero degollado, como si sintiera lo que decía. La verdad es que prefería estar entre sus brazos que quedarme allí triste y furiosa. ¿Qué ganaba negándome a estar con él? El orgullo era una tontería, solo servía para pasarlo mal.

—Está bien... Espérame en la ducha de siempre —accedí.

Una ducha de los chicos apartada del resto, justo en la entrada de los aseos, era nuestro lugar habitual de encuentros furtivos. Casi nadie la usaba y los que pudieran estar dentro no me veían entrar a no ser que me los cruzara mientras salían. Pero siempre llevaba cosas en las manos para disimular, papel higiénico y otras cosas que fingía que tenía que reponer.

Edu me guiñó el ojo y se fue. Esperé un minuto exacto, cogí un paquete de rollos de papel secante del armario y me dirigí a los aseos, mirando de vez en cuando hacia atrás.

—¡Qué asco, aquí huele fatal! —le dije a Edu al entrar en la ducha. Me subí el cuello del jersey hasta la nariz a modo de mascarilla.

—Habrá alguna cañería atascada. —Me cogió con prisas por las nalgas, sin darle importancia a mi comentario.

—No puede ser, alguien se habría quejado. Aquí sois todos demasiado exigentes.

Había una peste insoportable allí dentro, no se podía respirar. Miré de reojo la coronilla de Edu, acusándole en secreto mientras él enterraba la cara en mi canalillo. ¿No habría sido él el causante de aquella nube tóxica? Si era así, eso no se hacía en un cubículo tan pequeño cuando alguien más iba a entrar.

—Puede que estén resfriados, no se habrán dado cuenta —dijo. Metió la mano por la parte trasera de mi tanga y siguió a lo suyo sin mirarme a la cara.

—No he visto una sola nariz congestionada entrando por esa puerta. Aquí huele a tejeringo muy reciente, y no me refiero a uno de churrería —dije convencida.

—¿Qué es un tejeringo? —me preguntó. Paró de tocarme, mirándome extrañado.

—Pues una mierda —le tuve que decir. De verdad, parecía mentira que Edu tuviera carrera universitaria.

—¿Y qué más da? ¡Concéntrate! No es el momento de hablar de esas cosas.

A lo mejor no lo era, pero tampoco era el momento de inhalar aquel tufo.

—¿No habrás sido tú? —me atreví a preguntarle.

—¡Qué! —exclamó ofendido.

—Vale... Lo siento.

Se bajó la cremallera del pantalón y me cogió a peso con mis piernas alrededor de sus caderas. Tenía la espalda apoyada en la pared de azulejos y el frío me la estaba dejando tiesa por donde se me había subido el jersey. Pero eso era lo único tieso que había allí, mi espalda, no parecía que esa cosa moribunda de Edu fuera a espabilar. Me crucé de brazos aburrida, giré la cara y pegué la oreja a la pared. Estaba oyendo cantar.

—*Ma-cho, ma-cho man... I wanna be, a macho man...*

No... Ya sabía de dónde venía aquel olor.

—¡Jordi está ahí! —susurré asustada.

—Así no se puede, Gema. Le quitas las ganas a cualquiera —dijo Edu agobiado. Me soltó y comenzó a arreglarse la ropa.

Encima iba a ser culpa mía que no pudiera meter la «Bratwurst» ni en un panecillo, lo que me faltaba por oír.

Puse un pie en el saliente de la pared para el jabón, me agarré a la parte superior del muro de

la ducha, cogí impulso y me asomé por arriba. Jordi estaba bailando frente al gran espejo que había sobre los grifos de los lavabos, movía el culo de lado a lado con los brazos levantados. Hubo un momento en el que señaló a su reflejo y se guiñó el ojo.

—Me voy, se me hace tarde para entrenar —dijo Edu.

—¿Qué? No salgas ahora, espera a que Jordi se vaya —le pedí.

Pero no me hizo caso, abrió la puerta de la ducha y salió.

Me bajé de la pared y me quedé allí dentro de brazos cruzados. Quería soltarle a Edu un par de verdades en cuanto Jordi se fuera, esa vez no se me iba a escapar. ¿Por qué me dejaba siempre con dos palmos de narices? Me convencía para que hiciera lo que él quería y cuando ya lo había conseguido me ignoraba.

—¿Qué pasa, Edu! —oí que le saludaba Jordi.

—Pues aquí, voy a ocuparme de estos.

No me hizo falta verlo para saber que Edu le estaba enseñando los bíceps, él y Jordi solo hablaban de sus físicos.

—Joder, tío, qué bueno estás. Si fuera de la acera de enfrente me lo haría contigo —dijo Jordi.

Lo dudaba mucho, Jordi solo sentía deseo por él mismo. Se gustaba tanto que al mirarse en el espejo babeaba.

—Eso dice mi mujer, que estoy impresionante. Estos abdominales la ponen como una moto —presumió Edu.

¿Qué? ¿Cómo se atrevía a decir eso sabiendo que yo estaba allí?

—Las tías son así de pavas, les vuelven locas los músculos. Si tienes unos buenos oblicuos no paras de meterla —chuleó Jordi.

Edu se echó a reír y respondió:

—A mí me lo vas a decir...

No me lo podía creer. ¿Qué era eso que Edu presumía de meter, la tarjeta de crédito con la que nunca pagaba? Por cierto, me debía sesenta euros.

—Aquí falta jabón. No sé para qué le pago a esa yonqui de los carbohidratos, después me echa en cara que cobra una porquería —se quejó Jordi.

—Hay que pensárselo mucho antes de hacer fijos a los empleados, una vez que tienen el trabajo asegurado se vuelven unos parásitos —dijo Edu.

De no haber estado escondiéndome habría salido a montar un escándalo. Pero no podía, y mi frustración se convirtió en una gran tristeza. ¿Por qué hablaban de mí así esos dos? No me lo merecía, lo único que hacía en mi vida era complacerles y acatar sus órdenes.

Después de un par de minutos más de conversación idiota y narcisista, Jordi y Edu salieron juntos de los aseos. Habría preferido que hubiesen tardado más en hacerlo porque me imaginé que todavía se me notaría que había llorado. Pero, de todas formas, debía volver a mi puesto de trabajo, los clientes se estarían preguntando dónde estaba. Salí de puntillas de la ducha y, a modo de venganza, me soné los mocos en la toalla de Edu. Caminé furiosa hasta la recepción, Jordi estaba allí con dos clientas.

—Hala, tía, qué glúteos más monos se te están poniendo —le decía una a otra con encubierta envidia.

La que hablaba estaba apoyada en el mostrador con una mano lacia en el aire, nunca había entendido por qué las pijas se movían como si tuvieran problemas motores.

—Es que he dejado la fibra, desde que no la tomo tengo que apretar más para hacer *popó* —le respondió su amiga.

Qué lugar tan maravilloso era el mundo...

—¿Dónde estabas? —me exigió responder Jordi.

Lo miré con rencor y le dije:

—Seguro que no se me estaba yendo la vida por el culo como a ti.

—¡Hala, qué soez! —dijo la de la mano tonta.

Me senté en mi silla y miré el gran reloj de la pared, todavía me quedaban dos horas para salir. Estaba desmoralizada, lo único que hacía era dejarme arrastrar por la corriente mientras esperaba que las cosas se arreglaran por arte de magia. Sabía que no podía seguir así, a la espera de que los demás cambiaran para que pudiera ser feliz. Necesitaba que me pasara algo positivo, alguna cosa que me diera el empujón para reconducir mi estúpida vida.

## CAPÍTULO 6

Salí del supermercado con una lasaña precocinada y unos yogures que pagué con la tarjeta de crédito. Por culpa de Edu estaba gastando un dinero que no tenía, uno que el banco me descontaría cuando ya ni siquiera recordara aquella compra. No me gustaba nada funcionar así, ya lo había hecho antes y sabía que si le cogía el gusto a la Visa la cosa acababa en tragedia. Yo no tenía el sueldazo de Edu, ni vivía en una zona tan buena como la suya, ni tampoco invertía en un pedazo de moto a la que consentía como si fuera un bebé. Pero parecía que Edu no se daba cuenta de nada de eso, creía que todo el mundo vivía tan bien y con tanta despreocupación por el dinero como él. O eso esperaba, no quería pensar que a pesar de ser consciente de mi situación no me hubiera devuelto mis sesenta euros.

Abrí la puerta de casa y fui directa a la cocina. Metí los yogures en la nevera —que me recibió con su sonido horripilante y amenazador—, abrí la lasaña, la metí en el microondas y me senté a la mesa sin quitarme la cazadora. Apoyé la mejilla en mi puño y me quedé en trance esperando que la lasaña se calentara. Ni siquiera tenía hambre, estaba tan baja de moral que iba a comer por obligación. Sabía que Edu estaría a aquellas horas con Ruth y eso cada día me pesaba más.

—¡Me encanta Ginés! —exclamó Inma.

Acababa de entrar en la cocina. Cogió uno de mis yogures de la nevera, sacó una cuchara del cajón y apoyó las lumbares en la encimera.

—Bueno, vale, pues a ver lo que te dura.

—¿Que me dura el qué? —Se metió una cucharada de yogur en la boca y la saboreó.

—Que espero que este sea el definitivo —le aclaré.

—¿Qué? Me refiero a Ginés, el del paki de enfrente —dijo, y señaló hacia atrás.

Miré hacia donde me indicaba y vi la tostadora junto al fregadero. Estaba enchufada a la corriente, así que supuse que estaba arreglada.

—¿Ganesh? —le pregunté asombrada.

—Claro. Ganesh, Ginés o como se llame. ¿Qué más da? Me hace gracia llamarlo así. —Hizo el típico gesto con la mano ladeada sobre el pecho de «me parto de risa» y echó la cabeza hacia atrás, simulando una muda carcajada.

—¿Qué hace aquí la tostadora? ¿Has estado en su tienda? ¿Sabía que vivimos juntas? —la interrogué. No entendía nada, la conexión entre Inma y Ganesh me parecía extraña. ¿No habría estado espíandonos, mirándonos con unos prismáticos desde El Paki? Esperaba que estuviera siendo una paranoica, en mi vida solo me faltaba algo así.

—No. La ha traído él, está en el salón —dijo.

—¿Qué?!

—Estaba buscando nuestro piso en los buzones y le he invitado a subir. Era lo que dictaba el protocolo, puesto que mañana podremos desayunar tostadas gracias a él.

Me levanté y caminé sigilosa hasta el salón. Inma iba detrás de mí con total despreocupación, aquello le parecía de lo más normal. Y a lo mejor lo era, pero a mí no me apetecía atender a una visita tan rara, no estaba de humor para poner buena cara.

—¡Hola, *Gemma*! —me saludó Ganesh en cuanto me detectó por el rabillo del ojo. Estaba sentado en el sofá con el mando a distancia de la tele en la mano. Pero no me miró, estaba cambiando de un canal a otro con la vista puesta en la pantalla.

—Les gustan estas cosas, en su país tienen que cambiar de canal con un palo —me susurró Inma, como si Ganesh se hubiera criado en la selva igual que Mowgli.

—¿Pero qué estás diciendo? —dije atónita—. Creo que es hindú, o pakistaní, no viene de una tribu del Amazonas —le informé bajito.

—¿Cómo estás? —dijo Ganesh. Dejó el mando junto a él y me miró sonriente.

—Bien... —Me senté en el sofá y sonreí incómoda. ¿Por qué se me ocurriría entrar en su tienda a saludar? Con eso no pretendía que tuviéramos tanta confianza.

Ganesh me observó con atención, hizo un chasquido con la lengua y dijo:

—No me *parese* que estés bien. Desprendes una energía muy triste.

—Siempre te lo digo, Gema. Te quejas y te quejas, pero no haces nada para cambiar las cosas —me dijo Inma.

¿Qué? Si era ella la que no paraba de victimizarse. Yo rara vez me desahogaba con Inma, me lo guardaba todo para no agobiarla con mis problemas.

—¿Por qué dices eso? A mí no me pasa nada —repliqué.

Tenía que solucionar algunas cosillas, sí, pero no eran problemas que no tuviera el noventa por ciento de la humanidad. Solo tenía un jefe imbécil y pasaba por un bache en el amor.

—¿Estás segura? A mí me *parese* que has *lloraddo* —insistió Ganesh.

—¿Edu te la ha vuelto a jugar? El muy cerdo... Mándalo ya a pastar rastrojos, está claro que nunca dejará a su mujer por ti —me dijo Inma.

La miré atónita. ¿Cómo se atrevía a mencionar lo mío con Edu delante de un extraño? Eso pertenecía estrictamente a mi intimidad.

A Ganesh le sorprendió esa información, cruzó las piernas y miró sus chanclas con las cejas levantadas.

—Un *corasón* honesto no puede *pertenecer* a dos personas a la vez. A una de las dos no os quiere de *veredad* —me dijo.

Lo que me faltaba, ahora tenía a un hindú en chanclas de natación dándome consejos sobre mi vida amorosa en mi propio salón. Pero, ¿qué era aquello? Mi existencia era cada día más ridícula.

—Pues sí, tienes razón. A la que quiere es a mí —dije orgullosa.

—¿Vive contigo o con su mujer? —me preguntó.

—¿Eh? Pues... con ella. ¿Y qué?

—¿Se preocupa más por ti o por él mismo?

—Por supuesto que por mí —le mentí.

—¿Cuánto tiempo lleva engañándote, *disiéndote* que la dejará?

—¡No me engaña! —salté ofendida. ¿Qué confianzas eran esas? ¿Y qué sabía él?

—Nooo señor. Siento *desirte* que no te quiere —dijo Ganesh.

Me dejó tan sorprendida que me quedé sin habla. Me crucé de brazos y le giré la cara. ¿Dónde había puesto el pañuelo de su hermana? Se lo pensaba devolver.

—Ginés es un ángel caído del continente asiático, nos va a arreglar el grifo de la cocina —dijo Inma. Se sentó entre los dos y apoyó el brazo en el hombro de Ganesh.

—No creo que haga falta, nos apañamos muy bien con él tal como está —le dije abriendo mucho los ojos. Esperaba que pillara la indirecta.

—¿Cómo que no hace falta? Si a veces lo hemos tenido que abrir con una llave inglesa —me recordó Inma.

—Ya sé que te pasa, Gema... —dijo Ganesh. Me observó con la cabeza ladeada—. No dejas que te pasen cosas buenas.

—Oh, así que además de chapuzas eres también psicoanalista —repliqué.

Inma me miró con asombro y dijo:

—Gema, para ya. ¿Por qué eres tan antipática?

—No pasa *nadda*, habrá tenido un mal día. Ya me voy —dijo Ganesh.

—Ni hablar. Quiero saber cómo acaba esa historia que me estabas contando sobre tu tío, el enterrador pirómano del Ganges —le dijo Inma.

—Otro día. Mi cuñado estará perdido, no sabe *haser* nada sin mí —dijo Ganesh.

Inma se levantó para acompañarlo a la puerta, pero él se detuvo un momento frente a mí y me dijo—: No deberías arrugar así la *narís*, te estropeará esa cara tan bonita.

Iba a aniquilarlo con un comentario envenenado, pero al levantar la vista y ver su expresión no pude hacerlo. Se había metido en algo que no le importaba, eso era así, pero solo me hizo falta ver su agradable sonrisa para saber que no lo había hecho con maldad. Para Ganesh intentar echar una mano parecía ser algo natural.

—De verdad, qué borde eres —me dijo Inma en cuanto Ganesh se fue.

—Ha sido por tu culpa, no tenías derecho a mencionar mi historia con Edu delante de un desconocido —le recriminé.

—Ginés no es un desconocido, es nuestro amigo.

—¿Qué? ¿Desde cuándo? ¡Yo no lo conozco de nada! —dije asombrada.

—¿Cómo que no lo conoces? Ha arreglado nuestra tostadora.

—Porque se empeñó él. Me vio por la calle con ella y prácticamente me la arrancó de las manos —le expliqué.

—Bueno, ¿y qué? Pues es la primera vez que conocemos a un tío que no quiere sacarnos algo. Está bien un poco de atención al detalle, para variar. No llevemos a un extremo absurdo la igualdad de sexos, todo el mundo necesita ser rescatado en algún momento de su vida.

Me quedé pensando en eso. Ahí me había dado, Ganesh era amable y atento, el último ejemplar de una especie en extinción. ¿Por qué me resultaba eso tan chocante? Seguramente porque no estaba acostumbrada a que los hombres me trataran bien.

—Vale, tienes razón. Es bastante majo —admití.

—Es igual que Aladín, pero en chanclas. He estado a punto de frotar la tostadora para ver si salía un genio que nos pusiera una cocina nueva.

—¿La tostadora funciona? —le pregunté con desconfianza.

—No lo sé. Supongo.

Me sentí mal por haber tratado así a Ganesh. Era posible que solo quisiera agradecerme que entré en su tienda para darle la bienvenida, cosa que en su momento hice de buena voluntad, como ahora parecía pasarle a él. Lo de Edu estaba empezando a agriar mi buen carácter. Y no podía consentirlo, yo no era así.

—Deberíamos comprar en su tienda de vez en cuando —dije arrepentida.

—Bueno, tampoco te pases, seguro que el Mercadona es más barato.

—¡Eres muy tacaña! —le reproché asombrada.

—¿Puedo comerme otro de tus yogures? —me preguntó.

—No.

## CAPÍTULO 7

—Los hombres ser así, solo entienden con buen *sartenaso*. La cogí y le di golpe grande en la *cabesa*, ese ya no viene más borracha como cuba —dijo Ivanka orgullosa.

—Ivanka... No sé cómo funciona esto en tu pueblo, pero aquí no es normal. Está prohibido pegar a los hombres con utensilios de cocina.

—¡Quién *dise* eso! —exclamó.

—¿Quién va a ser? La Ley.

—Esa me la paso yo por chumino —dijo dándose un golpe en el pecho.

Miré a mi alrededor con disimulo. Esperaba que nadie en la cafetería hubiera oído nuestra conversación. No me apetecía tener que ir a visitar a Ivanka a la cárcel. Aunque, de todas formas, su novio pasaba más tiempo ahí que en casa, no era algo nuevo para ella.

—Gracias por invitarme a desayunar —le dije.

—Es por, ya saber... —Señaló con las cejas por encima de la mesa en dirección a mis ingles —. Un pequeño regalo. Para *haser* paces.

Ni siquiera me acordaba de eso, solo me iba a la cabeza cuando iba a hacer pis de madrugada y sentía el frío otoñal. Parece mentira lo que abriga el pelo, no lo sabes hasta que te falta.

—No era necesario, tengo problemas de verdad en los que pensar —contesté.

Ivanka negó lentamente con la cabeza.

—Ese tío guarra no te *merese*. Te rapas *chumineski*, te abres patas y mira cómo pagarte. Te ha tomado por tonta del pueblo.

¿Para qué le contaría a Ivanka lo mío con Edu? ¿Y cómo eran los tontos de su pueblo? Prefería no saberlo.

—Edu no es tan malo. Si lo fuera habría dejado a su mujer sin importarle que está enferma —lo defendí.

—Tú siempre creerte cualquier cosa.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Que no querer a ti, eso que dice a ti ser mentira. No quiere dejar su mujer, solo quiere tener dos agujeros donde meter salchicha.

—Eso no es verdad. No sabes nada de Edu —repliqué.

Cómo iba a ser ese el propósito de Edu, si ya le costaba enestar en una sola canasta. No me gustaba que Ivanka hablara así de mi historia de amor, yo no era un agujero. Podía escoger un poco mejor las palabras, aunque no dominara el español.

—Yo *conoser* a tíos guarros como ella muy bien, fui famosa prostituta en pueblo mío.

¡¿Ivanka había sido prostituta en «pueblo suyo»?! Vaya, qué vida tan movida había tenido.

—Ivanka, ¿dónde te sacaste el título de esteticista? Porque eso que tienes colgado en la pared escrito en ruso es un título, ¿verdad?

—¡Qué querer *desir*! —exclamó ofendida.

—No... Nada.

—Tener que *haserte* respetar. ¡No ponérselo tan *fásil*! Si quiere a ti que lo demuestre, tiene que tratarte como Sissi *Emperatrís*.

En el fondo sabía que tenía razón, Edu se estaba comportando de manera egoísta. Pero tenía la esperanza de que eso cambiara cuando dejara a Ruth, que esos detalles tan feos que veía en él

últimamente fueran la consecuencia de su difícil situación en casa. Por ser la otra siempre salía perdiendo en todo, me tenía que esconder y cargar con lo peor de aquella relación a tres bandas.

—No soy tan tonta como crees, me quejo cuando Edu hace algo que no me gusta.

—¿Y de qué servirte eso, eh? Más *haser* y menos hablar. Tú no abrir patas más, guarro esa que gane respeto tuyo.

—Te agradezco que te preocupes por mí. Pero no hace falta, sé bien lo que hago.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, porque me confundía que mi relación con Edu se hubiera degradado tanto. Cuando nos conocimos lo nuestro era bonito y excitante, pero ahora me estaba tomando por el pito del sereno. No quería pensar en la posibilidad de que Edu siempre hubiera sido así, de que quizá me había estado escondiendo su verdadera forma de ser. ¿Y si en realidad no me quería? ¿Y si nunca lo había hecho? Quizá solo se estaba aprovechando de mí y de lo que sentía por él.

Noté que alguien que estaba de pie cerca de mí me observaba. Levanté la vista en su dirección y descubrí que se trataba de una chica hindú. Iba vestida con unos pantalones anchos y un colorido pañuelo liado sobre la cabeza y los hombros. No paraba de mirar mi cuello con el ceño fruncido, observaba el pañuelo que me había regalado Ganesh. Temí que fuera su legítima dueña, así que aparté la vista rápidamente de ella.

—Cuéntame cosas sobre tu pueblo, me encantan tus historias —le pedí a Ivanka para disimular. Apoyé la cara en mis manos, mirándola con una sonrisa.

—Veamos a ver... —dijo haciendo memoria. Eso le encantó. Ivanka estaba muy orgullosa de su pueblo, creía que era el mejor sitio del mundo para criarse—. Invierno en pueblo *haser* mucho frío. Con botas, gorro y pantalón forrado es *difisil* con clientes.

—Me lo imagino. No quiero ni pensar cómo debe de ser depilarse las piernas a cuarenta bajo cero.

—Ellos tener salchicha encogida, metida para dentro como *cabesa* de tortuga. Yo tener que dar calor con secador de pelo —me contó.

—Dime que les depilabas las ingles a esos hombres —le pedí con temor.

—¡No! ¡Allí hombres dejarse pelo bien largo para abrigar pelotas! —exclamó riendo—. Aquí mucha salchicha sin pelo, no saber cómo no darte asco eso.

Había cometido un error, habría sido preferible hacerle frente a la chica hindú que comenzar aquella conversación. Ivanka no paraba de decir «salchicha», «abrirse patas» y un sinfín de expresiones como esas. La gente de las mesas cercanas nos estaban mirando.

—Yo no sentir nada, *chumineski* quedarse dormido con frío. Bah, dinero muy *fásil*.

¿Y se suponía que debía seguir los consejos sobre el amor de Ivanka? Entre lo del sartenazo y sus anécdotas de prostituta en «pueblo suyo» no creía que fuera la persona más adecuada para guiarme.

—Perdona, ¿dónde has *compraddo* ese pañuelo?

—¿Qué? —dije sobresaltada. Tenía a la chica hindú a mi lado, inclinada sobre mí.

—Yo tengo uno igual, pero no sé dónde está —dijo.

—Eso pasa en todas las casas. A mí me desaparecen los calcetines del tendedero, creo que se los llevan las palomas —contesté.

Levantó un extremo de mi pañuelo y murmuró:

—Ya... Este tiene el mismo elefante que le bordó mi *maddre* al mío.

No supe qué decir, me limité a sonreír y a echarle aceite al café. Lo último fue por error, iba a ponérselo a las tostadas.

—¿*Conoses* a mi hermano? —me preguntó.

—¿Qué? No sé. Depende. No conozco a los hermanos de todo el mundo.

—Ganesh. Se llama Ganesh. Tiene una tienda en esta misma calle —me aclaró.

—Puede... Sí. Pero lo conozco muy poco, solo lo he visto un par de veces.

Se cruzó de brazos y asintió furiosa, convencida de lo que había pasado con su pañuelo. Seguramente ya se lo había contado Namgyal, quien por deducción lógica era su marido.

—Que aproveche —se despidió con seriedad. Se dio la vuelta y salió de la cafetería.

—¿Qué pasar aquí? —me preguntó Ivanka.

—No sé. ¿Qué pasar? —le pregunté yo.

—¿Qué historia buena esconderme tú? Recuerda que tú poner siempre *chumineski* en mis manos —me amenazó. Me miró de medio lado y se crujió los nudillos.

*Cotilleski* rusa... Eso era extorsión.

## CAPÍTULO 8

Oí unos martillazos cuando abrí la puerta de casa que me hicieron sentir un rayo de esperanza. Nosotras ni siquiera teníamos un martillo, alguien tenía que haberlo introducido en nuestro piso. Me imaginé que debía de ser nuestro arrendador, quien por fin se había apiadado de nosotras y estaba haciendo los cambios que nos prometió. Pero después de avanzar ilusionada por el pasillo y parar frente a la cocina vi a Ganesh de espaldas, dale que te pego con el grifo del fregadero. Ni siquiera recordaba que se había ofrecido a arreglarlo, creí que sería una de esas cosas que se dicen y nunca se llegan a hacer.

—Hola —lo saludé.

—Ah. ¡Hola, *Gemma!* —Se giró sonriéndome y siguió trabajando.

—¿Dónde está Inma? —le pregunté.

—No lo sé, se ha ido *hase* un rato.

Inma era tan feliz. ¿En qué cabeza cabía que dejara a un desconocido solo en casa? No es que tuviéramos algo de valor que a alguien le pudiera interesar robar, ni que Ganesh tuviera pinta de ladrón, pero, aun así... No me extrañaba nada que le pasaran cosas disparatadas con los hombres, se las buscaba ella misma.

Me quité el abrigo y me senté a la mesa detrás de Ganesh. No podía ver qué estaba haciendo, pero de repente dudé de sus habilidades de fontanero. ¿Por qué estaba utilizando un martillo? ¿Un grifo no se arreglaba con una llave inglesa? Iba a preguntárselo, pero entonces giré la cabeza y vi algo que me sorprendió. La maceta del alféizar de la ventana, una olvidada y muerta que nunca regábamos, estaba llena de flores. No entendía demasiado de esas cosas pero me parecieron pensamientos, eran unas flores de color morado y blanco a las que les estaba dando un rayo de sol. Me resultó una imagen bonita, aunque extraña, como el primer indicio de vida en una zona que había sido bombardeada.

—Vaya, parece que Inma me ha tomado el relevo con lo del salero-pimentero —pensé en voz alta.

Ganesh se giró y me vio admirando las flores.

—Son bonitas, ¿*veredad?* Pensé que te gustaría verlas ahí —dijo.

Un momento...

—¿Las has traído tú? —le pregunté sorprendida.

—Sí, cuando he *iddo* a casa a coger herramientas. A mi hermana no le importará, tiene muchas como esas.

—¿Son de tu hermana? Tienes que llevártelas —dije apresurada.

—¿Por qué? ¿No te gustan? —me preguntó extrañado.

—Claro que me gustan. Son preciosas. Pero no puedes robar siempre a tu hermana para después regalarme tu botín.

¿Quién era Ganesh, un Robin Hood indio? Ya veía a su hermana llamando a la puerta de mi casa cada vez que no encontrara algo en la suya, qué vergüenza.

—Yo no robo... —dijo sorprendido—. Si lo *dises* por el pañuelo, era una noche fría y te estabas tapando con una bolsa, solo *hise* una buena *acción*.

—Pues me acabo de encontrar con tu hermana y me parece que no está de acuerdo contigo, ese pañuelo se lo había bordado tu madre.

—Tiene *sientos* como ese. Y mi madre borda en cualquier cosa, no era una reliquia familiar — dijo riendo.

A pesar de su explicación, seguí en desacuerdo con él. Pero a Ganesh no le importó, continuó tranquilamente con su tarea.

—Está bien. De todas formas el pañuelo ya lo ha visto, pero llévate la planta antes de que se dé cuenta de que le falta —insistí.

—Solo son unas flores, el año que viene *naserán* más. Además, la *naturalesa* no tiene dueño, nosotros somos obra de la *naturalesa*. Si ella quiere, *desaparesemos* todos.

—Venga ya. ¿Por qué querría matarnos una planta?

—Esa planta no, la Madre Tierra. Ya nos está avisando, todos esos terremotos y sequías son una *advertensia*.

Supuse que no merecía la pena seguir intentando hacerle entrar en razón. Ganesh debía de pertenecer a alguna secta, una que reparaba aparatos desahuciados y abrazaba a los árboles.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —le pregunté.

—Un rato. Pero he *tenido* que volver a casa para coger un martillo.

—No. Me refiero a aquí, en España.

—Oh. Eso —dijo sin dejar de trabajar—. Desde *hase* un par de años. Antes vivíamos en Londres, teníamos un *paki* muy bonito allí. Pero en Inglaterra *hase* frío, siempre llueve y eso es peor que el *monción* de mi país.

¿Bonito? ¿Seguro? Aunque, ¿quién era yo para juzgar la decoración de un «*paki*»? Mi cocina era horrorosa.

—¿Habéis venido toda la familia? ¿Cuántos sois en casa? —le pregunté.

—Unos cuantos, supongo que demasiados para tu gusto *occidental* —dijo sonriendo. Pero me pareció que lo hizo con sorna, que mis costumbres le parecían tan curiosas como a mí las suyas. Era probable que a él le echaran tanto para atrás mis botas de esquimal como a mí me pasaba con sus chanclas.

—¿Quieres un café? —le pregunté.

—Preferiría un té.

—Vale, a lo mejor tenemos de eso por ahí.

Abrí el mueble donde se suponía que podía encontrar restos de infusiones. Era justo uno de los que tenían las bisagras de las puertas en las últimas, se soltaban los tornillos porque faltaba un trozo de madera donde iban cogidos y tuve que dejarla colgando por la parte de abajo para rebuscar. Aquello era absurdo. ¡Todo eso tenía arreglo! La cocina era un reflejo del momento por el que estaba pasando en mi vida.

—Mira, has tenido suerte —dije al encontrar una bolsita de té.

—¿De *veredad*? —me preguntó Ganesh, levantando una ceja.

Miré extrañada la bolsita en mi mano. ¿Qué tenía de malo aquel té? La bolsa estaba un poco mustia pero eso no tenía por qué alterar su sabor.

Preparé el té y un café para mí y los dos nos sentamos a la mesa. Ganesh jugó con la bolsita en su taza, mirándola desconfiado. Frunció los labios y arrugó la frente mientras la sumergía y la sacaba del agua. Pero al final pareció darle un voto de confianza: se retiró el flequillo de los ojos, apoyó los brazos en la mesa y me sonrió.

Me resultaba un personaje tan extraño, Ganesh parecía estar siempre contento y no entendía el porqué. En algunos momentos lo veía demasiado ingenuo y en otros me parecía espabilado a más no poder. No sabía por dónde pillarlo. Ni cómo clasificarlo. Era un hortera, pero a la vez tenía toques actuales que me confundían.

—La bolsita del té estaba un poco triste. Pero no le cojas manía, estaba metida en un bol de cristal —lo tranquilicé.

—Oh, no quería ofenderte. Está bien. Es que en casa nunca bebemos este tipo de té, *haseamos* una *mescla* con *espesas*.

—Claro, no había caído en que vosotros sois unos expertos en esos hierbajos —musité. Miré la bolsita de té colgando fuera de la taza y de repente sentí vergüenza. Tenía la marca del supermercado en la etiqueta de cartón, al final del cordoncillo, y seguramente llevaba siglos en el mueble porque nosotras nunca bebíamos té.

—No soy ningún experto, solo lo *suficiente* para saber que este té es una porquería. Seguramente *sabbe* a rayos.

—¡Eso ha estado muy feo, MacGyver pakistaní! —le recriminé, riendo asombrada.

—El paki es mi cuñado, yo soy indio. No nos confundas, yo no tengo ese color de cara verdoso que tiene él —dijo fingiendo orgullo.

—Creo que debería jugar más al Trivial, me falta cultura —dije aturdida.

Ganesh echó la cabeza hacia atrás y suspiró con los ojos cerrados, disfrutando del calor de un rayo de sol que empezaba a alargarse desde la ventana y le daba en la cara. Parecía tan sereno y feliz sin ningún motivo aparente que me chocó. Pero me estaba gustando su compañía, Ganesh transmitía mucha paz.

—¿De qué trabajas? —me preguntó—. Espera, déjame adivinar... Seguro que en algo artístico. Sí, tienes cara de curtidora de pieles de *cabbra*.

—¿Te estás burlando de mí?

—Claro que sí.

Fue entonces cuando me percaté del agujero que había hecho en la pared, donde antes estaba el grifo. Por favor, ¿qué era eso? ¿Pensaba poner la fuente de Canaletas ahí o qué?

—Soy recepcionista de un gimnasio regentado por un creído, un egocéntrico que se pasa la vida sentado en el váter —le conté. No podía dejar de mirar de reojo el agujero de la pared, me tenía preocupada.

—¿Por qué? ¿No tiene otro sitio en el que sentarse?

¿Me lo había preguntado en serio? Me costaba saber cuándo estaba de broma y cuándo no.

—Solo toma batidos. Así que, tal como le entran, se le van por abajo —le aclaré.

—Oh... —dijo asintiendo—. ¿Sabes qué deberías *haser*?

—No. ¿Qué?

—Esconderle el *pappel*.

Nos miramos un instante en silencio y comenzamos a reír. Al principio eran unas pequeñas risas, pero fueron haciéndose sonoras hasta convertirse en carcajadas. No sabía qué estaba imaginándose Ganesh, pero yo visualicé a Jordi de pie en el cubículo del váter, mirando a su alrededor con los calzoncillos bajados hasta los tobillos mientras buscaba el papel. Al final de mi película se subía enfadado los pantalones y salía corriendo de allí con las piernas arqueadas, como una lagartija de esas que pueden correr sobre el agua.

—¡Ya estoy aquí! —gritó Inma. Cerró la puerta de la calle y al instante apareció frente a nosotros—. ¡Qué bien! Cuánto has avanzado, Ginés —dijo al ver el agujero de la pared.

Se me cortó la risa al recordarlo. ¿Ese socavón le parecía normal? Para mí solo lo era en el supuesto de que Ganesh estuviera cavando una fosa común. Me daba miedo seguir mirándolo y que de repente me saludara alguien al otro lado.

—Gracias por el té, *Gemma*. Voy a seguir trabajando —dijo Ganesh.

—¡Qué asco! ¿Te ha dado eso de beber? —preguntó Inma señalando su taza—. Lo tenía en el

mueble para que chupara la humedad, dicen que va muy bien para eso.

—Uy... —dije tapándome la boca.

Me encogí de hombros y miré a un horrorizado Ganesh. No tenía ni idea de que esa bolsa de té tenía aquella asquerosa función. Pero, después del impacto inicial, a Ganesh el tema le resultó cómico y explotó en una carcajada. No pude evitar unirme a él, Ganesh se reía de manera tan contagiosa que te atrapaba en su onda expansiva aunque no quisieras. Era todo buena energía y serenidad, podías sentir por él tanta admiración como envidia.

—¿Qué os pasa, habéis inhalado moho? —nos preguntó Inma.

Unas cuantas lágrimas de risa después, dejé a Ganesh trabajando en la cocina y me tiré bocarriba en el sofá, con la agradable sensación que deja un buen ataque de risa. Y mientras estaba allí, con las manos detrás de la cabeza, me pregunté: «¿Cuándo fue la última vez que lloraste de tanto reír?».

Por más que lo intenté, no conseguí recordarlo. Pero, desde luego, sabía que no había sido gracias a Edu.

## CAPÍTULO 9

—Eva trabaja mucho mejor que tú, deberías aprender un poco de ella. ¡Este desorden que tienes siempre montado en la recepción no es normal! —me regañó Jordi.

—Este desorden que hay en la recepción es precisamente cosa de Eva. Te recuerdo que no he sido yo quien trabajó el sábado.

—Ah, ¿sí? ¿Y de quién son esas bombas fabricadas con grasa de palma? ¿Quién es la única persona de este templo de culto al cuerpo que va de cabeza a una muerte segura? —me acusó señalando mi caja de donuts.

Por favor, qué aburrimiento de hombre. Estaba paranoico con los azúcares y las grasas. ¿Quién en su sano juicio vería un donut de chocolate como una amenaza?

—Jordi... Ven, te voy a contar un secreto —dije bajando la voz desde mi silla. Él se inclinó sobre mí con curiosidad—. Tú también vas a morir. De hecho, seguramente mueras antes que yo. Un día te distraerás mirándote en la pantalla de tu reloj mientras cruzas la calle y te atropellará un autobús. De los de dos plantas.

¿Se podía ser más tonto? Jordi tenía un reloj que le ocupaba la muñeca entera y para lo que lo utilizaba en realidad era para eso, fingía que miraba la hora pero lo que hacía era admirar su reflejo. Se miraba en él de frente y de perfil cada dos por tres.

—¡Quita esos donuts de mi vista! —me ordenó.

Mi comentario le sentó fatal. El muy ignorante, ¿qué se pensaba que le iba a confesar precisamente a él? Mucho musculito, pero tenía menos luces que un barco pirata.

Se puso erguido y salió enfadado de la recepción. Iba pasando frente a mí, delante del mostrador, cuando le grité:

—¡Cuidado, un tocino de cielo! —En un acto reflejo, se agachó tapándose la cabeza con los brazos y al levantarse y mirarme furioso le dije divertida—: Qué susto. Pensé que te iba a despeinar, te ha rozado el flequillo.

Todavía me estaba riendo de Jordi cuando lo presencié. Estaba chupando feliz el chocolate que los donuts habían dejado en mis dedos, pero al ver la escena que tenía frente a mí me cambió la cara. Lo intuí enseguida. No supe el porqué, pero no me hizo falta que nadie me dijera que aquella mujer que acompañaba a Edu era Ruth. Acababan de entrar y caminaban directos hacia mí. Me asustó pensar que Ruth venía a pedirme explicaciones, pero al parar frente al mostrador y verla sonreír me imaginé que no tenía ni idea de lo mío con su marido. No entendía qué hacía allí. ¿Por qué la había llevado Edu? Bajé la vista a mi teclado y me puse a escribir sin ningún sentido, no sabía qué hacer.

—¿Nos puedes atender? A mi mujer le gustaría hacerse un bono —me dijo Edu.

Me habló como si nuestra relación fuera meramente profesional. Tampoco es que hubiera esperado que fuera cariñoso conmigo en aquella situación, pero su tono de voz me dolió, fue como si no nos conociéramos de nada.

Miré a Ruth y me sorprendió lo guapa que era. Tenía estilo y su melena rubia brillaba, no como la mía. Comencé a sentir mucha inseguridad al ver su maquillaje perfectamente aplicado y su bolso de Louis Vuitton, su manera elegante de moverse y sus dientes alineados al milímetro. ¿Qué hacía Edu conmigo? Ruth y él hacían la pareja perfecta. Me sentí una choni de extrarradio que se

había convertido en el fetiche de un tío que estaba conmigo solo porque se había aburrido de tenerlo todo, sentí que Edu se estaba riendo de mí.

—¿Podrías informarme de los planes y los horarios? —me pidió Ruth.

—Claro... Todo está explicado aquí, échale un vistazo y te lo amplío mientras te enseño las instalaciones —le contesté.

Le pasé un folleto sobre el mostrador y miré a Edu. Puso cara de «¿Qué quieres que haga? No es culpa mía». Edu nunca se responsabilizaba de nada, era una eterna víctima.

—¿Te importa que pase al baño? Llevo un día de locos, no he podido parar hasta ahora —me dijo Ruth.

—Está en ese pasillo a la izquierda —le informé señalando hacia allí.

Ruth caminó apresurada hacia el baño haciendo un rítmico sonido con sus botas de tacón. Dejó frente a mí una nube de perfume lujoso que me hizo levantar el cuello de mi jersey para comparar su olor con el del mío. Estaba en clara desventaja, y no solo por un tema material: yo, la otra, la que se llevaba las sobras, encima iba a tener que atenderla como una criada.

—¿Estás loco? ¿Cómo se te ha ocurrido traerla! —le recriminé a Edu susurrando.

—¿Cómo puedes pensar que la he querido traer? ¡Se ha empeñado ella, ahora quiere hacer ejercicio! —se justificó, susurrando también.

—¿Y qué? ¿Es que no hay más gimnasios que este en toda la ciudad? ¡Podrías haberle recomendado otro, podrías haberle dicho que este es una porquería!

—¿Cómo iba a decirle eso? ¡Me habría preguntado por qué sigo viniendo aquí!

Qué locura. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Cuándo iba a poder ver a Edu a solas? Ruth iba a empezar a pulular por allí. Si estar con él ya me resultaba complicado, a partir de ese momento iba a ser mucho más difícil. Tenía ganas de llorar.

Oí los tacones de Ruth antes de verla aparecer. Edu se echó hacia atrás y le sonrió, y yo tuve que hacer tres cuartos de lo mismo. Volví a bajar la mirada y tecleé en la ficha de Edu, para desahogarme:

«CAPULLO IMPOTENTE».

—Te veo luego. Voy a cambiarme de ropa —le dijo a Ruth.

La agarró por el codo y le dio un beso en los labios. No podía creer lo que estaba viendo. ¿Eso era para aparentar normalidad? Mientras se alejaba se giró un momento y volvió a ponerme cara de «¿Qué quieres que haga?». No lo sabía, pero, desde luego, no quería que hiciera algo así delante de mí.

—¿Me enseñas un poco esto? —me pidió Ruth.

Me levanté agachando la cara para esconder mis ojos llorosos. Me di la vuelta fingiendo que tenía que comprobar algo en el armario y cuando fui capaz de recomponerme salí de detrás del mostrador. Le pedí a Ruth que me siguiera y comencé a darle una vuelta por el gimnasio. Hubiese preferido que Jordi me despidiera que tener que hacer aquello, pero me tuve que aguantar.

—¿Tú también utilizas estas máquinas? —me preguntó en la sala de musculación.

—No. Alguna vez he subido a la bicicleta estática, pero la vida sana no es lo mío.

—Lo mío tampoco. Lo único que busco es desfogarme, estoy a nada de que me detengan por asesinato —me comentó.

Di un respingo que esperé que Ruth no hubiera notado. ¿A qué se refería? ¿Se había hecho la tonta y sabía lo mío con Edu? Ese comentario no sería una indirecta para mí...

—Entonces estás en el sitio correcto, el ejercicio es lo mejor para combatir el estrés —dije.

—Eso dicen. Pero la verdad es que yo no evito el estrés, prefiero tener una vida frenética que ser una de esas mujeres que solo viven para sus familias. No lo puedo evitar, soy una mujer de

asfalto.

Le aparté la mirada sorprendida. Era evidente que Ruth no sabía que yo lo conocía todo sobre ella, que sabía que estaba obsesionada con tener hijos y cuidarlos ella misma. Edu decía que su sueño frustrado era ser ama de casa.

—Esta es la sala de Zumba. Como ves, la clase está empezada, pero tenemos más sesiones a lo largo del día —le informé. Le dejé un hueco para que pudiera ver a través del cristal de la puerta.

—Solo puedo venir a esta hora. Me tendré que conformar con utilizar las máquinas.

Genial. Así que iba a presentarse allí a la misma hora que Edu, mi boñiga de relación con él iba a convertirse en una aún más grande.

—También podrías venir el fin de semana, abrimos los sábados —probé a tentarla. Edu nunca aparecía por allí los fines de semana. Lo ideal para mí era que no coincidieran, tenía que intentarlo.

—¿Los sábados? Me temo que me va a ser imposible, mi marido se empeña en que lo acompañe a presumir de moto por ahí —dijo aburrida—. Supongo que es algo psicológico, necesita hacerlo para compensar lo que tiene ahí abajo —me comentó.

—Ah —dije boquiabierta.

Al percatarse de mi reacción, Ruth se echó a reír y dijo:

—¡Era broma! Lo siento, tantos años de relación hacen estas cosas.

¿De verdad? Pues a mí esa comparación que había hecho entre la moto de Edu y su «Bratwurst» me parecía muy real. De hecho, creía que Ruth había dado en el clavo.

—No te preocupes, no me lo había tomado en serio —dije incómoda.

—¿Estás casada? —me preguntó.

—No.

—Pues no lo hagas, estás mucho mejor así —dijo de manera cómplice.

—Buenas tardes, preciosa —la saludó Jordi haciéndose el chulo—. Un dispensador de jabón vuelve a estar vacío, al final tendré que cambiarte por alguien que quiera trabajar —me soltó.

Nos lo cruzamos mientras llevaba a Ruth a ver los aseos de chicas y cuando nos pasó de largo me preguntó, con cara de asco:

—¿Quién era ese?

—El dueño de esto.

—¿Y lo ha heredado? Parece tener el cerebro justo para poner un pie delante del otro.

Me giré y miré a Jordi mientras se alejaba con sus andares de idiota pagado de sí mismo. Llevaba una camiseta de tirantes blanca que dejaba ver sus omoplatos súper musculados y caminaba con los brazos arqueados para exagerar lo cuadrado que estaba. Me pareció tan ridículo que pensara que era irresistible que sentí vergüenza ajena.

—Ya. ¿Qué le vamos a hacer? Todos los tontos tienen suerte —dije sin pensar.

Me arrepentí al instante. No debía hacerle ese tipo de comentarios a una desconocida que iba a apuntarse a nuestro gimnasio. Y encima a una desconocida que si se enteraba de que me acostaba con su marido me iba a odiar a muerte. Pero necesitaba vengarme de Jordi por humillarme delante de Ruth, y se me escapó.

—Puede ser. Pero, ¿sabes qué? Que los tontos tienen una suerte muy limitada. Son tan tontos que no se dan cuenta de que tarde o temprano va a llegar un listo que les va a dar lo que se merecen. Son tan ignorantes que no se lo ven venir, pero nadie se va de este mundo sin pagar lo que hace —me comentó, ladeando su sonrisa.

Me sobresalté otra vez. ¿Me estaba amenazando, o en realidad eso iba dirigido a Jordi? Estaba en tensión, no sabía si iba a poder soportar tener a Ruth rondando por allí.

—Pues... yo estoy tranquila. Creo que no le he hecho nada a nadie —dijo inquieta.

—Pero él a ti sí. Siempre te habla así, ¿verdad?

La miré intentando encontrar algún indicio de intenciones ocultas en su cara, pero no lo detecté. Me pareció que estaba de verdad de mi parte, que Jordi le había caído fatal.

—Supongo —contesté—. Pero no me afecta demasiado, estoy acostumbrada a que suelte la primera idiotez que le pasa por la cabeza.

Lo había vuelto a hacer, estaba nerviosa y la manía que le tenía a Jordi me volvió a traicionar.

—Eso que te ha dicho delante de mí solo lo dice un idiota. Pero no te sientas mal, dice mucho más de él mismo que de ti. Me encanta la libertad de expresión, ¿a ti no? Todos los imbéciles la utilizan sin saber que es una trampa, que está ahí solo para que demuestren lo estúpidos que son —dijo amistosa, como si ya fuéramos grandes amigas.

—Gracias. Lo tendré en cuenta... —dijo asombrada.

Ruth me observó analizando mi expresión, se acercó un poco más a mí y me dijo:

—Espero que sea así, que nunca se te olvide que tú eres superior a él. Aunque solo sea porque eres del sexo más fuerte. Recuerda que el mundo continúa gracias a nosotras. Si organizáramos una huelga de partos indefinida, los futuros estúpidos como ese se extinguirían.

—Tienes razón. Supongo que solo les hacemos creer que son ellos los que tienen la sartén por el mango —contesté.

—Exacto. Y debemos aprovecharnos de eso.

¿Quién era aquella Ruth? ¿Era la misma que estaba casada con Edu? No se parecía en nada a la mujer antipática que me había pintado. Incluso me estaba empezando a caer bien, mejor que Edu.

—¿Volvemos a la recepción? Necesito tus datos para la ficha —le pedí.

—No estoy segura de querer dejar mi dinero aquí después de lo que acabo de ver —dudó—. Pero me sacrificaré. Tendrás que cobrar, ¿no? Lo haré por ti.

Ruth me acompañó a la recepción sin parar de charlar conmigo, amable y cercana al máximo. Teclé en el ordenador su teléfono y una dirección que ya me era familiar pero que ahora empezaba a tener un significado confuso para mí. ¿Cuántas veces me había imaginado a una deprimida Ruth compartiendo cama con Edu en esa casa? ¿Aquella era la mujer triste y dependiente que no quería dejarlo marchar? A mí me parecía muy cuerda y autosuficiente, y que lo acababa de ridiculizar: le había faltado tiempo para soltarle a la primera que se cruzaba que Edu no funcionaba en la cama. No quería precipitarme pero, sí, tenía el presentimiento de que Edu me la había vuelto a jugar. Como solía sucederme, sospechaba que no me contaba la verdad.

## CAPÍTULO 10

—Hola —saludé a Inma.

Estaba de espaldas en la cocina, cortando algo sobre la encimera.

—Me sorprende que me hayas visto, soy invisible para todo el mundo.

Ya estaba haciéndose la mártir. ¿Cómo que nadie la veía? Si sabía perfectamente que era imposible, Inma deslumbraba como una *vedette*.

—Deja que lo adivine, el pibón del otro día te ha salido rana. —Me crucé de brazos y me apoyé de lado en el marco de la puerta.

—Sí, era un batracio.

Rodé los ojos y me negué a continuar preguntándole por el tema, no me convenía si quería conservar mi salud mental. En su lugar, me puse a observar el grifo de la cocina, y no sé qué fue peor. Ganesh había cambiado el grifo antiguo por uno de bidé y era tan corto que le había tenido que empalmar un trozo de manguera para que el agua cayera en el fregadero. Pero eso no era nada fuera de lo común comparado con lo que le había hecho a la tostadora. No entendía cómo ni por qué, pero ahora, cuando el pan se había acabado de tostar, salía disparado con tanta fuerza que podías ponerte un guante de béisbol y aprovechar para aprender a jugar. Mi vida iba de mal en peor, estaba rodando por un terraplén y en cualquier momento me iba a estampar contra un muro de hormigón. Mi compañera de piso estaba medio pirada, mi cocina parecía la de una chabola, mi jefe me humillaba y la mujer de mi novio había invadido mi espacio laboral.

—Nadie me querrá jamás. Los hombres no ven más allá de mis tetas perfectas y de mis espectaculares habilidades amorosas —se quejó Inma.

—¿Estás llorando? —me preocupé por ella. La acababa de oír sorberse la nariz.

—No, es que estoy picando un ajo.

—¿No será una cebolla?

¿Qué persona lloraría picando ajos? Solo Inma y Drácula.

—¿Eh? —Se giró hacia mí con una mueca de incertidumbre—. Estoy haciendo pisto. Te apetece, ¿verdad? —me dijo, de repente de lo más animada.

Ya se le había pasado la pena que no tenía, menuda *drama queen*.

—Inma... el pisto no lleva ajo.

—¿Que no? Pues el mío sí. No me irás a decir que no te gusta el ajo, con lo que me están llorando los ojos picándolos.

—¿Quieres parar de decir tonterías? Los ojos no pican con los ajos.

—Pues a mí sí. ¿Qué quieres que haga?

Entre unos y otros iban a acabar conmigo, parecía que todos se habían compinchado para volverme loca.

—¿Qué es eso? —le pregunté. Señalé hacia los fogones, donde una cosa negra se movía despacio. Era del tamaño de una moneda de un euro y tenía patas.

—¡¡¡Una araña!!! —gritó Inma. Tiró el cuchillo al suelo y dio un gran salto hacia mí.

Nos abrazamos, nos miramos despavoridas y empezamos a lloriquear.

Pasaron unos segundos sin que nos moviéramos del sitio, lo único que hacíamos era vigilar los movimientos de la enorme araña.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

—No lo sé. ¡No lo sé! —contestó Inma. Se tiró lentamente al suelo y rompió a llorar.

—¡Mátala! —le grité.

—No puedo. ¡Hazlo tú!

Miré a mi alrededor con la respiración agitada, buscando algo con lo que armarme para luchar. Asomé la mano a la cocina y cogí un terrón del azucarero que estaba sobre la mesa, hice puntería y se lo lancé a la araña. Pero no le di y el ruido del terrón de azúcar chocando contra el metal de los fogones hizo que el bicho comenzara a correr.

—¡Viene hacia aquí! —gritó Inma. Pataleó en el suelo intentando levantarse.

—¡Mierda, nos ha visto!

Cerré la puerta justo cuando Inma conseguía ponerse de pie, estuve a punto de pillarle una pierna. Empecé a dar vueltas alrededor de mí misma igual que un pollo sin cabeza y dije nerviosa:

—¡Toallas! ¡Hay que ponerlas bajo la puerta para que no pueda salir!

—¡No podemos retenerla ahí para siempre! ¡Llama a Ginés! —gritó Inma.

—¿A Ganesh? ¡¿Por qué?!

—¡Él viene de la selva, sabrá qué hacer!

—¡Ganesh no viene de la selva, Inma!

—¿Qué más da de dónde venga? ¡No te pongas tiquismiquis, esto es una emergencia!

Tenía razón, aquello era una emergencia real. Las arañas nos horripilaban, nos habíamos juntado dos caguetas de matrícula de honor. Inma se había quedado más blanca que la pared, parecía un gato de escayola. No íbamos a poder dormir sabiendo que aquel monstruo estaba en nuestra cocina, y tampoco nos atreveríamos a entrar hasta que supiéramos que había muerto. ¿Cuánto tiempo podía vivir una araña? ¿Se aparearía? ¿Pondría huevos? Se acabaría su ciclo de vida, pero dejaría descendencia.

—Vale, voy a bajar a buscarlo. Pero, por tu madre, vigila esa ranura bajo la puerta. Asegúrate de que no salga por ahí —dije.

—¿Y qué hago si la veo salir?

Teníamos insecticida. Pero estaba en la cocina, en el mueble bajo el fregadero. Aquella araña era más lista de lo que habíamos creído, nos había tendido una trampa.

Di unas cuantas vueltas más mientras intentaba encontrar una solución. Corrí hasta el cuarto de baño, abrí el mueble de debajo del lavamanos y volví corriendo junto a Inma.

—Toma. ¡Si la ves asomarse, échale laca! —exclamé.

—¿Qué pretendes que le haga con eso, un cardado?

—¡Se le pegarán las patas! ¡Echará a andar y tropezará!

—¿De dónde ha salido esa reliquia? ¿Te pones laca? ¡Dónde! —me interrogó.

—¿Dónde quieres que me la ponga? ¡Si no tengo pelo ahí abajo, Ivanka me ha dejado mocha!

—¿Te has rapado la ardilla? ¿Qué más te está pidiendo Edu? Ya está bien, Gema, te estás infravalorando hasta límites insospechados.

¿Era yo la que iba por mal camino? ¿Y me lo decía la que lloraba picando ajos?

—¡Cuidado, va directa hacia ti! —le grité.

Se abrazó a mí al instante, miró la ranura bajo la puerta y al oír mi risa dijo:

—Serás mamona.

Abrí la puerta de la calle dispuesta a ir en busca de Ganesh, pero antes de salir me giré para mirar a Inma. Ella me devolvió la mirada y sacudió la cabeza apenada, como si hubiera posibilidades de que aquella fuera la última vez que nos viéramos. Me puse la mano en el corazón y le dije:

—Sabes que en el fondo te quiero. Eres mi mejor amiga.

—Yo también te quiero. Nunca te olvidaré...

Soltamos una carcajada que nos fue muy bien para aliviar la tensión y volver un poco a la realidad. Nuestra fobia a las arañas nos estaba haciendo desvariar, necesitábamos ponerle un poco de cordura al tema. Ese bicho estaba escuchando detrás de la puerta y no nos convenía que supiera que le teníamos miedo.

Bajé los escalones de dos en dos y salí a la calle como una bala. Los dos segundos que tuve que esperar para cruzar mientras que el coche que pasaba delante de mí me dejara avanzar se me hicieron eternos. Finalmente abrí la puerta de El Paki y me planté sin aliento frente al mostrador.

—¿Dónde está Ganesh? —le pregunté a Namgyal.

Me contestó señalando hacia el fondo de la tienda, sin hablar.

—¡*Gemma!* —me saludó.

—¡Tienes que ayudarnos! ¡Sube conmigo a casa!

—¿Qué pasa? —dijo preocupado.

—¡Una araña! ¡Una araña ha okupado nuestra cocina! ¡Estaba sobre los fogones! ¡Es tan grande que podría ponerse a pelar patatas!

Ganesh echó la cabeza hacia atrás riendo. No comprendió la urgencia y el miedo en mi voz. Debería habérmelo imaginado, seguro que era amigo de las arañas, eran «obra de la *naturalesa*».

—No te hará nada, ella tiene más *mieddo* de ti que tú de ella —me dijo.

—Pues a mí no me lo ha parecido, tenía los ojos ensangrentados y se ha frotado las patas mientras me miraba. ¡Algo trama!

Lo sé, eso no era verdad. Pero no quería que Ganesh se tomara aquella emergencia a la ligera. Las arañas me parecían seres horribles, era algo superior a mí.

—Oh... *Entonses* puede que tengamos ante nosotros un caso de araña sicario. ¿Tienes enemigos? Alguien te la ha *debiddo* de enviar.

Miré a Namgyal para conocer su opinión. Estaba tan nerviosa que por un segundo consideré seriamente la tontería que acababa de decir Ganesh, pero vi a Namgyal poniendo los ojos en blanco y volví a pisar el planeta Tierra.

—No te lo tomes a broma, Ganesh. No voy a ser capaz de entrar en mi cocina hasta que sepa que ese bicho ya no está allí —dije angustiada.

—Por favor, solo es una araña de *nadda*. Deberías vivir una plaga de langostas en mi país —dijo Namgyal.

—¿Y qué tiene eso de malo? Aquí son un manjar —respondí.

Miré a Ganesh desconcertada y vi que se estaba riendo de nuevo. Me dio mucha rabia porque supuse que era yo lo que le estaba divirtiendo tanto. Pero no pude evitar que se me escapara una sonrisa. Por primera vez, reparé en lo mono que era Ganesh. Tenía unos dientes blanquísimos que resaltaban con su piel morena, un alisado de pelo que ya hubiese querido yo para mí y una expresión granuja que se acentuaba cuando reía. Era más listo que el hambre, se escondía tras ese acento curioso y su forma hortera de vestir.

—¡No son langostas de restaurante! ¡Son insectos voladores que acaban con *todda* la *vegetasión* que encuentran! Son más mortíferas que el *primmo* Jean —me aclaró Namgyal. Se giró hacia el póster de Jean-Claude Van Damme y dijo bajito—: Perdón, *primmo*, sabes que no *pueddo* mentir.

—Está bien, vayamos a ver a esa araña. Pero no sé si podré *convenserla* de que se marche, *puedde* que ya haya hecho un nido en el que poner sus huevos —me dijo Ganesh.

Casi me desmayo. Me imaginé a la araña amamantando a sus crías y tuve que agarrarme al mostrador, no pude soportar aquella visión.

—¡Era broma! —dijo riendo al ver mi cara—. Las arañas no *hasen* nidos como los gorriones.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó Inma desesperada.

—Tranquila. Pronto todo habrá acabado, ya lo verás. —La cogí por los hombros para que me mirara a la cara, intentaba calmarla porque estaba histérica.

Ganesh abrió la puerta de la cocina y entró sin pensárselo. Me sentí muy segura con él allí, protegiéndonos, aunque solo fuera de una araña que era más peligrosa en nuestra imaginación que en la realidad. A pesar de lo chapuzas que era, empecé a agradecerle en secreto que pudiera contar con él.

—¿La ves? —le pregunté con precaución, desde la puerta.

—Va a ser *difisil* encontrarla, en este momento puede estar en cualquier sitio.

—Si no la encuentras tendré que mudarme, no pienso compartir espacio vital con esa bestia —dijo Inma.

—No seas tonta, podría pagarnos una parte del alquiler —bromeé. Curiosamente, se me había pasado el ataque de pánico. Teníamos en casa a un superhéroe hindú que no iba a permitir que la araña nos hiciera daño, sabía que ya podíamos respirar tranquilas.

—¡Qué estás diciendo! —exclamó Inma—. Mira bien por la zona de los fogones, Ginés, ha salido de ahí.

—Se habrá puesto nerviosa por el cambio de grifo. Cuando se *hase* un poco de obra *suseden* estas cosas, la *pobresilla* se habrá sentido *amenasada*.

—Me caes muy bien, Ginés. Pero si tanta pena te da, ábrele una cuenta en el banco y llévatela a tu casa —dijo Inma.

—Oh, aquí está —dijo Ganesh.

Miramos hacia donde nos señalaba y observamos a la araña con asco. Se había subido a un tomate que había en la encimera. Solo le faltaba sostener una bandera, parecía que había coronado el Everest.

—¡Corre, máatala! —gritó Inma.

—No pienso *haser* eso —se negó Ganesh—. Esta araña es un eslabón de la cadena *alimentisia*, un *pestisida* natural para las cosechas. Se come a los insectos igual que tú te comes a otros seres vivos, es un *siclo* natural que nunca se debe interrumpir.

—¿Y quién se va a enterar de que lo hemos interrumpido? Yo no se lo voy a contar a nadie. Además, ni que nosotras tuviéramos un huerto. ¡Espachúrrala! —insistió Inma.

Ganesh miró a su alrededor como si buscara algo y se fijó en el calendario que teníamos pegado en la puerta de la nevera. Lo cogió, fue hasta la araña y lo metió entre sus patas y el tomate. Inma y yo nos volvimos a abrazar a la espera de su siguiente movimiento. Ganesh fue hasta la ventana con la araña subida en el calendario, la abrió, empujó a la araña con un dedo y cerró la ventana.

—Ya está —dijo.

—¿Dónde ha ido? —le preguntó Inma.

—No me lo ha dicho, pero lo más *probable* es que se la coma una paloma.

—¡Joder, qué asco! —dijo Inma.

La normalidad volvió por fin a nuestra casa. Inma y yo entramos en la cocina, al principio con un poco de temor, pero no tardamos en sonreír relajadas como si nada hubiera ocurrido. La «amenaza de muerte» había pasado.

—¿Qué es eso que estáis *cosinando*? —preguntó Ganesh. Señaló la tabla de cortar.

—Pisto. Bueno, la versión del pisto de Inma —contesté.

Ganesh puso cara de no tener ni idea de qué era eso.

—Quédate a cenar. Es lo menos que podemos hacer por ti después de que nos hayas salvado la vida —le dijo Inma.

—Oh, no, no. Ya tuve *suficiente* con el té —respondió Ganesh.

Lo miré boquiabierta. Aunque, en realidad, su comentario me hizo gracia. ¿Cómo se atrevía a ser tan sincero? No había ninguna necesidad.

—Lo del té fue un desgraciado accidente. Y, además, no está comprobado de manera científica que una bolsa de té adsorba la humedad. Seguro que es mentira —me defendí.

—Estás a punto de probar el mejor pisto de tu vida, pregúntaselo a cualquiera de mis novios —le dijo Inma, orgullosa de ser una porno-chacha.

El pisto picaba como un demonio, cada vez que abría la boca veía salir de ella exclamaciones y almohadillas. Pero Inma y Ganesh no notaban el picor mortal del ajo, parecía que tuvieran las papilas gustativas de titanio.

—Creo que ya sé por qué te dejan los hombres. Sigue mi consejo y no cocines más para ellos, verás qué pronto te regalan un anillo de compromiso —le dije a Inma.

—¿Por qué *dises* eso? Este plato está muy bueno —la defendió Ganesh.

—No le hagas caso, Gema no tiene paladar —dijo Inma—. ¿Qué tal te va a ti en el amor? ¿Estás casado? ¿Tienes novia? Cuéntamelo todo, me encantaría saber cómo es el emparejamiento en una tribu indígena —le pidió.

—Me parece que te estás confundiendo. Ganesh no es indígena, es indio —la corregí cortada. Comencé a susurrar en silencio que no le mencionara la selva.

—¿Y no es lo mismo? ¿Entonces qué es, un indio de Indianápolis? —me preguntó.

—Soy indio de la India —dijo Ganesh divertido.

—¿No eres hindú? —le preguntó Inma extrañada.

—Bueno, no soy tan religioso. Prefiero guiarme por una filosofía *sercana* a la budista.

—No entiendo nada... —murmuró Inma. Se quedó mirando el aire desconcertada.

Al principio creí que estaba viendo algo asombroso en el salón que los demás no podíamos ver. Pero no, realmente estaba intentando descifrar la «misteriosa» procedencia de Ganesh. A mí también me había costado entenderlo, pero ya conocía la diferencia entre indio e hindú. Y también entre indio y pakistaní. Aunque lo tuve que mirar en Google y, secretamente, seguía pensando que todo eso era lo mismo.

Me bebí mi vaso de agua de un trago para intentar aliviarme el picor del ajo, me removí en mi silla acomodándome y suspiré. Me sentía rara cenando sentada a la mesa como una persona normal, lo normal en mí era que me preparara cualquier cosa y que me la comiera tirada en el sofá. Pero, aun así, me gustó hacer aquella excepción. A pesar de que nuestra cocina parecía el escenario de un país en guerra, habíamos decorado el resto de la casa con un estilo actual muy acogedor. Habíamos visto algunos programas de decoración y, creyendonos las reinas del *Do It Yourself*, nos habíamos lanzado a personalizar nuestro salón. El resultado era una mezcla de muebles viejos que cualquiera hubiera tirado, pero que ahora tenían una nueva vida pintados en blanco decapado. Quedaban genial con la pared gris y el cómodo sofá que habíamos retapizado con nuestras propias manos. Tan solo le habíamos echado una colcha verde musgo por encima, pero nos sentíamos igualmente orgullosas de nuestro trabajo.

—Soy soltero, no he podido elegir esposa en el catálogo —dijo Ganesh.

—¿Qué catálogo? —le preguntó Inma intrigada.

—Que está de broma —la corté rápidamente. Me dio miedo lo siguiente que pudiera soltar por esa boca.

Ganesh se echó a reír y dijo:

—*Gemma* tiene *rasón*, no es un catálogo de *veredad*. Pero casi. Mi madre no para de enseñarme candidatas desde *hase* años, las guarda en un álbum de fotos así de grande. —Nos ilustró el tamaño del álbum con las manos y observamos el vacío entre ellas.

—Te lo estás inventando —le dijo Inma.

—Es algo muy común en mi país, los matrimonios *consertados*. Las familias *ofresen* a sus hijas con la *esperansa* de que algún hombre las *asepte*. Pero nunca haría algo así. El amor no se planifica, tiene que surgir.

—No estoy de acuerdo. Dos personas no pueden saber si va a surgir el amor entre ellas hasta que lo intentan —dijo Inma.

—¿Intentar querer? Eso es imposible. Nunca he entendido esa táctica tuya de probar con los hombres sin que exista algún sentimiento especial de por medio —repliqué.

—Eso lo dices porque a ti te va muy bien con tu súper método romántico, ¿no? Pues menudo ojo tuviste con Edu... —me dijo Inma.

Miré a Ganesh incómoda y él carraspeó. Temí que por culpa de Inma iba a volver a darme su opinión sobre mi relación con un hombre casado.

—Mi método a veces sale bien y a veces sale mal. Pero no pasa nada, porque yo no soy como tú, no necesito tener siempre a un hombre en mi vida para que tenga sentido —se la devolví.

Inma me miró como si le hubiera clavado un cuchillo en la frente, pero después exhaló resignada y la sangre no llegó al río. Optamos por dejar el tema ahí porque sabíamos perfectamente que ninguna de las dos estaba en una posición desde la que darle consejo a la otra. Éramos un verdadero desastre en los temas del amor.

—No tendrás también un catálogo de chicos, Ginés, a mí me iría bien —dijo Inma.

—¿De *veredad* te *parese* buena idea un matrimonio *consertado*? —le preguntó—. A mí me *parese* horrible, las vidas de esas chicas tienen demasiado valor para ponerlas en manos de *desconosidos* que no las quieren. Nadie debería estar obligado a *renunsiar* a la *felisidad*. Y mucho menos *renunsiar* a ella por el primer *desagradesido* que se les *crusa* por delante, como *hasen* algunas chicas en *ocsidente*... —Bajó la vista a su plato, dejando aquella última frase en el aire.

Inma se ladeó hacia mí sin quitarle la vista de encima y me susurró:

—Creo que nos acaba de dar un guantazo sin manos.

—Ya... Se me está poniendo un ojo morado.

—Maldito vegetariano —murmuré.

—Veréis, me *parese* curioso que en vuestra *sosiedad* haya chicas que se conformen con esa vida tan triste —se comenzó a explicar Ganesh—. Pero supongo que es porque no saben valorar la libertad que tienen aquí. Pueden escoger a quién entregar su *corasón*, y aun así se lo dan a quien no las quiere —concluyó mirando hacia mí.

—Retiro lo de maldito vegetariano, lo de antes iba por ti —me dijo Inma.

Me quedé helada, no supe qué decir. ¿Qué sabía él? No conocía a Edu, solo porque me hubiera visto triste una vez y porque supiera que Edu estaba casado no quería decir que me tuviera que ir mal con él. O sí. Pero no era su problema, era el mío, y ya era la segunda vez que ponía en entredicho mi relación. ¿Por qué lo había vuelto a hacer justo ahora, cuando empezaba a caerme bien? Nos acababa de comentar que le iba el rollo ese del budismo, así que le solté combativa:

—Buda está sobrevalorado, una persona que no sabe cuándo parar de comer no es la más adecuada para dar consejos. Qué pena que haya gente tan ignorante que lo tenga por un sabio.

—Lo siento, *Gemma*, no puedo contestarte a eso de la manera que te gustaría —contestó—. No quiero discutir contigo porque, como bien *dise* Buda, el odio no se termina con más odio, se

termina con amor. —Sonrió afable y dijo—: Pronto *celebraremos* el Diwali en casa. ¿Os gustaría venir? Me encantaría que fuerais mis invitadas.

¿Eso era todo? ¿No pensaba responder a mi provocación? ¿Y qué hacía yo ahora con mi odio, Buda? Estúpido obeso liado en una sábana... Necesitaba discutir a muerte con Ganesh, pero, al cambiar de tema con su invitación, desactivó por completo nuestra discusión.

—¿Qué es el Diwali? —le preguntó Inma.

—El año nuevo hindú. Habrá comida, música, *dulces*... Todo muy de Indianápolis —bromeó Ganesh.

—Nunca he estado en una celebración indígena. Podría estar bien —me dijo Inma.

—No creo que pueda ir —repliqué enfadada.

—Claro que puedes. Vamos a ir —decidió Inma por mí.

Miré a Ganesh con la intención de provocarle una urticaria mediante el poder de mi mente, pero descubrí que se había quedado mirándome en silencio. Parecía fascinado, admiraba mi imagen ajeno a todo lo demás. Estaba tan ensimismado que tuve que mirar detrás de mí para asegurarme de que la cosa iba conmigo. Al darse cuenta de que tenía mi atención puesta en él dio un leve respingo, me guiñó el ojo y asintió animándome a aceptar su invitación. No le contesté, en su lugar miré mi plato y me encerré en mí misma con mis dolorosos pensamientos. Estaba sintiendo tristeza al ser consciente de que mi humillante relación con Edu era tan evidente, tanto que hasta el del paki de enfrente lo tenía claro. Y lo peor de todo era que yo misma lo estaba consintiendo: como bien había dicho Ganesh, tenía la libertad de escoger ser feliz y, sin embargo, parecía empeñada en no serlo.

## CAPÍTULO 11

—No creer que este marrón te haga bien. Tú hoy *nesesitar* colores alegres, un rojo prostituta pondría contento tu *corasón* —me dijo Ivanka.

La estaba oyendo, era imposible que no lo hiciera porque la tenía sentada frente a mí pintándome las uñas de los pies. Pero mi mente estaba muy lejos de su pequeño centro de belleza, estaba pensando en lo mío con Edu.

—Yo saber muy bien por qué tú estar hoy así. Ivanka no ser tonta, guarro esa te ha vuelto a dar puñalada —insistió.

Pero, si pensaba que iba a contarle la última de Edu, podía esperar sentada. No me apetecía que me diera un sermón. Cerré los ojos y eché la cabeza lentamente hacia atrás, fingí que me había quedado dormida.

—Guarro esa juega contigo como quiere, ríe tan fuerte de ti que le bota picha.

Casi entro al trapo, pero me di cuenta a tiempo, dejé caer la cabeza hacia adelante hasta que la barbilla me tocó el esternón.

—Este color recordarme a culo de Dimitrios Petrovic. *Sierro* ojos y *parese* que tenerlo delante. No ver un culo con tanto pelo en mi vida.

Abrí un ojo y la miré en secreto bajo mi flequillo.

—Ay... Dimitrios. ¡Dimitrios! Qué final tuviste tú. ¡Por qué cagar en medio de nieve! Dispararon a ti pensando que tú ser un oso.

—¿De verdad? —le pregunté.

—¡Ajá! Ya saber yo que tú estar despierta —dijo apuntándome con el dedo—. Gema, tú ser tonta, crees cualquier cosa que dicen a ti. No me extraña que guarro esa te engañe como chino.

—¡Estaba dormida! —repliqué—. Bueno, lo habría estado si me hubieses dejado.

Resoplé cruzándome de brazos. Me sentía tan ridícula porque todo el mundo pensara que era una estúpida sumisa. Estaba enamorada de Edu, no lo podía evitar. Qué fácil era hablar para los demás. Ellos no habían soñado que Edu entraba un día en el gimnasio, me decía que por fin había dejado a Ruth y nos marchábamos de allí montados en un caballo. Seguramente solo era una representación onírica de su moto, pero, en vista del concepto que todo el mundo tenía de mí, me alegraba no habérselo contado a nadie.

Ivanka suspiró y se encogió de hombros, parecía que se había dado por vencida.

—Yo una vez pasar por lo mismo que tú —dijo suavizando el tono. Soltó la laca de uñas y comenzó a darme un lento masaje en el pie—. *Relaciones* así ser dolorosas. Se pasa mal, muy mal. Yo saber bien.

La miré y me enterneció, sentí una repentina conexión entre las dos. Por fin alguien me entendía y había resultado ser, nada menos que, Ivanka. Esa mujer era como una piñata. Una caja de sorpresas.

—Al principio crees que el amor puede con todo, que todo va a salir bien, pero no siempre es así. Un hombre que engaña a su mujer contigo también puede estar engañándote a ti, está demasiado acostumbrado a hacerlo —dije para mi propio asombro.

—Hombres solo tener una cosa en la *cabesa*, y esa cosa ser *chumineski*.

Podía ser que Ivanka tuviera razón. Echando la vista atrás, en todo un año no había tenido otra cosa con Edu que no fuera un triste meneo en las duchas. Pero a pesar de ello me decía cosas

bonitas, teníamos conversaciones que parecían llenas de amor. Ya no sabía qué pensar, no sabía si Edu era realmente un caradura o si se comportaba así a causa de su problema con Ruth. Seguía queriendo pensar que estaba estresado porque se sentía responsable de su recuperación, a lo mejor Ruth disimulaba muy bien su enfermedad.

—Edu ha llevado a Ruth al gimnasio y ha acabado haciéndose un bono. En vez de ser sincero y acabar de una vez por todas con ella la ha metido en mi vida. No sé qué va a pasar, ha consentido que todo se complique todavía más —le conté.

—¿Su mujer va ahora a gimnasio tuyo? —me preguntó asombrada.

Me encogí de hombros y puse la vista en mi regazo como respuesta.

—Por Valentina Tereshkova, yo nunca ver un culebrón como el tuyo. Yo *desirte* a ti antes, ¡tú ser tonta perdida! Cuéntaselo a su mujer, eso obliga a él a divorciarse.

—¡No puedo hacer eso! —dije escandalizada—. Y no vuelvas a llamarme tonta. Tú has pasado por lo mismo que yo, sabes lo complicado que es.

—¡Lo mío ser diferente! Andrei, Serjev y Nikolay tenían salchicha como trompa de elefante. No podía dejar pasar oportunidad tan buena.

¿Cómo...?

—¿Quiénes son esos hombres? Por favor, dime que tenían un puesto de perritos calientes al que ibas a merendar —le pedí.

—¡Claro que no! Los tres trabajar con marido mío en sector de madera. Pero de eso *haser* mucho tiempo. Bah, yo casarme con trece años.

—Me has engañado. ¡Me has dicho que sabías por lo que estaba pasando para que te contara qué me había pasado con Edu! —la acusé.

—¡Yo no mentirte a ti! ¡Yo *desirte* que saber cómo sentirte tú! Marido mío pasarse un mes encerrado en establo cuando él supo que le había puesto cuernos, solo quería hablar con vacas.

—¿Por qué eres tan lianta? —le pregunté alucinada.

Ivanka abrió sus ojos azules de par en par y dijo:

—Eso doler a mí... Yo solo querer ayudarte porque eso es lo que *hasen* amigas. A mí no gusta nada verte sufrir.

Analiqué su cara con desconfianza porque no sabía si su comentario era sincero. ¿Tan amiga suya me consideraba? Era verdad que me había contado cosas íntimas que solo le cuentas a alguien de confianza, no creía que fuera por ahí confesándole a cualquiera que había sido prostituta y que su novio era un delincuente.

Me fijé en unos pelos encrespados del nacimiento de su pelo rubio, la hacían parecer muy vulnerable con su triste mirada clavada en mis pies. Y entonces me sentí fatal por no haberla tenido en tanta estima como ella a mí, nunca imaginé que Ivanka se tomaba nuestra relación tan en serio.

—Vale. Lo siento —me disculpé—. Si no te cuento más cosas es porque sé que no me vas a entender. ¡Nadie lo hace! Parece que todo el mundo se olvida de que el amor es ciego hasta que te hacen un trasplante de retina.

Ivanka cogió el esmalte de uñas, lo abrió y se lo acercó a la nariz.

—¿Qué llevar esto...? —murmuró—. Parece a mí que tú estar drogada.

—¿Ves? Ya te he dicho que no me ibas a entender.

—Porque tú hablar idioma muy raro. En pueblo mío había hombre que hablaba igual que tú, ella aspirar siempre cola de una bolsa.

Mira qué bien, y me lo decía la que se pasaba los tiempo verbales por el *chumineski*. Si a veces me hablaba y no sabía si se estaba refiriendo a algo que iba a pasar o a algo que le había

pasado a un antepasado suyo. Y eso dejando a un lado su uso indiscriminado del femenino y el masculino, al principio pensaba que todos sus conocidos eran transformistas.

—Ivanka, resignémonos, estamos condenadas a no entendernos. —Le di unas palmaditas en el dorso de la mano.

—Ejem... —dijo alguien desde el mostrador.

Estiramos el cuello para mirar a través de la puerta entreabierta. Tuve que echar un rápido doble vistazo porque la primera vez que miré me pareció que conocía a la persona que repiqueteaba con los dedos sobre el mostrador. Y así era, la hermana de Ganesh nos miraba con una mano puesta en la cadera, parecía harta de esperar.

—Oh. Yo no verte a ti —le dijo Ivanka.

—Pues llevo *dies* minutos aquí, ya estaba a punto de irme.

Me eché rápidamente hacia atrás y apreté los ojos. ¿La hermana de Ganesh llevaba diez minutos ahí? Seguramente había oído nuestra conversación, la puerta estaba medio abierta y el local era muy pequeño. Mis problemas con Edu estaban traspasando fronteras, ya los conocían hasta en la India.

Ivanka salió a atenderla y me volví a asomar con disimulo.

—Quiero *haserme* una *limpiesa* de cutis. ¿Podría ser la semana que viene?

La hermana de Ganesh era guapísima. No sabía para qué quería hacerse una limpieza porque tenía un cutis color bronce sano y reluciente; veía el bonito brillo de sus pómulos desde mi silla acolchada reclinable. Se parecía bastante a él, pero ella tenía un estilo mucho más tradicional. Ese día llevaba puesto un sari bordado color violeta y una especie de colgante sobre la frente, parecía una diosa hindú. No entendía cómo había acabado casándose con el hortera de Namgyal.

—Hola, amiga de Ganesh —me dijo con retintín.

Me había pillado cotilleando. Se inclinó de lado y me miró con desagrado.

La saludé con la mano y una estúpida sonrisa y me eché de golpe hacia atrás. ¿Por qué me había mirado así? Yo no le había hecho nada, cualquiera hubiera dicho que una marca de ropa española esclavizaba a los niños de su país.

Un par de minutos después, oí cómo se abría la puerta de la calle y me volví a asomar. La hermana de Ganesh se marchaba mirando recelosa a través del cristal del escaparate, como si tuviera algo contra mí.

—¿Qué pasar a ella contigo? —me preguntó Ivanka.

—No tener ni idea de qué pasar —respondí.

—¿Es por cosa de pañuelo? Tú devolvérselo de una vez, así dejarte tranquila.

No sabía qué decir. Tampoco era para ponerse así por un pañuelo, creía yo. Y menos mal que no sabía que también tenía su planta, porque, visto lo visto, me habría declarado una guerra sangrienta. Me sorprendió que me hubiera hablado de esa manera tan borde. Ni siquiera cuando me interrogó en la cafetería fue tan antipática conmigo, con quien parecía enfadada entonces era con Ganesh.

Me estiré cómodamente en mi silla, suspiré y le dije a Ivanka:

—No hay quien os entienda a los extranjeros.

—Eso ser verdad, yo nunca podré entender a ti.

## CAPÍTULO 12

—Pst, pst. ¡Edu! —le susurré. Miró de izquierda a derecha, sin dejar de ejercitarse en la máquina de remos—. ¡Eh, aquí! —le indiqué bajito. Miró al techo asombrado, como si pensara que podía estar hablándole a través de la rejilla del aire acondicionado.

Puse los ojos en blanco. ¿Cómo podía pensar que me había metido ahí? Edu había visto demasiadas películas de acción.

Salí de mi escondite, de detrás de una máquina de poleas, y me agaché de sopetón. Lo que estaba haciendo era muy arriesgado, Ruth estaba corriendo sobre la cinta andadora al final de la sala. Pero no me permití acobardarme, me puse de rodillas y gateé hasta situarme detrás de una bicicleta estática que había frente a Edu.

—¡Edu, sal al pasillo! ¡Tengo que hablar contigo! —le susurré.

Soltó los remos y miró hacia atrás. ¿Qué le pasaba, tenía anginas y la infección le había llegado al oído? Ruth creyó que la miraba a ella y se lo quedó mirando.

Me tiré a tierra y me quedé como un salvaslip. Aplasté la mejilla en el suelo de goma, metí el culo para dentro y estiré las cuatro extremidades hacia atrás. Una ardilla podría haber rodado sobre mí sin encontrar ni un solo bache que la frenara.

Estuve esperando que Edu reparara en mí, pero pasaron unos segundos y no detecté movimiento ni sonido a mi alrededor que indicaran que lo había hecho. Levanté la vista al frente con mucha dificultad, sin despegar la mejilla del suelo, y le susurré furiosa:

—¿Es que eres tonto? ¡Quieres mirar hacia aquí!

Me arrepentí al momento de haberle insultado, y no porque fuera una falta de respeto, fue porque fui consciente de que la única tonta allí era yo. Parecía que me hubiera dado una parálisis y que solo pudiera comunicarme con los ojos.

—¡Gema! ¿Te encuentras bien? —me preguntó Edu en un susurro.

Lo que yo decía, cualquiera habría pensado que me había dado un aire.

—¡No! No me encuentro bien. ¡Tengo los círculos del suelo marcados en la cara!

—¿Pero qué te ha pasado, cómo has llegado a esa situación?

Eso mismo me preguntaba yo, cómo había llegado a esa estúpida situación. Jamás debí haberme enamorado de Edu, estaba perdiendo mi última brizna de dignidad.

En un arranque de rabia, me puse de pie. Un hombre maduro bastante interesante me había visto. Respiré hondo, uní las palmas de las manos frente a mi pecho e hice un saludo doblándome hacia adelante.

—En Okinawa cinturones no se necesitan, sostienes pantalones con cuerda —le dije.

—Maestro Miyagi, *Karate Kid* —respondió levantando el pulgar.

Me acerqué a una bicicleta estática y le restregué la manga de mi jersey por la pantalla, algo tenía que hacer para disimular. Salí rápidamente de la sala y me quedé en el pasillo esperando a Edu. Un par de minutos después, abrió la puerta y salió.

—¡Gema! ¿Estás loca? ¡No podemos hablar aquí! —me regañó.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde quieres que hablemos? Lo nuestro se reduce a una ducha y una recepción, no hay demasiadas posibilidades —repliqué enfadada.

—Eso no es verdad, acabamos de vernos en un hotel.

—Sí, en un hotel que pagué yo.

—¿Qué? ¿A qué viene eso? —dijo asombrado.

No tenía intención de perdonarle los sesenta euros, pero no había reclamado su presencia ante mí para que me los devolviera. No era el momento, Ruth estaba al otro lado de la puerta y tenía que ir al grano. No tenía mucho tiempo.

—¿Cómo te has atrevido a meter a tu mujer en mi vida? ¡Este es *mi* espacio! Bastante tengo con tener que venir cada día para ganarme el pan —le reproché.

—Eso ya me lo habías echado en cara. ¿Por qué te repites tanto?

—¿Me estás llamando pesada? ¡No te atrevas! —le advertí—. Y que sea la última vez que me criticas con Jordi, en lugar de defenderme le ayudaste a apalearme.

Edu levantó las manos desconcertado y dijo:

—No sé de qué estás hablando. ¿Se puede saber qué te ha dado hoy?

—Te oí muy bien. ¡Me llamaste parásito! A mí, a la chica de la que se supone que estás enamorado.

Edu sacudió la cabeza confundido, pero después pareció entender a qué me refería.

—Solo estaba llevándole la corriente. ¿Qué querías que hiciera, que me batiera en duelo con él? No podía decirle que estoy contigo.

—Y también estabas llevándole la corriente cuando le dijiste que Ruth se pone tonta cuando te ve sin ropa, ¿verdad? —dije irónica.

—Estás retorciendo mis palabras, no dije eso. Si mencioné a Ruth fue para hacer ver que todo está bien entre ella y yo, no quiero levantar sospechas. En realidad hablaba de ti, Gema, pero sabes que no podía decir tu nombre.

Aquella se había convertido en la historia de mi vida. Siempre escondida, siempre en la sombra porque Edu no se decidía a darme mi lugar. No sabía si crearle, pero eso daba igual, que pudiera estar siendo sincero no hacía que me sintiera mejor.

Las lágrimas ya estaban nublándome la vista, otra cosa que era habitual en el día a día de nuestra relación. Cada vez iba a peor, lo nuestro me estaba dando más sufrimiento que felicidad.

—No pienso volver a encontrarme contigo en las duchas, Edu —dije con tristeza. Negué con la cabeza mirándole a los ojos—. Si quieres estar conmigo tendrá que ser fuera de aquí. En algún lugar bonito. En un sitio corriente, donde quedan las personas normales que se quieren.

Edu entreabrió la boca, como si le sorprendiera que hubiera tomado esa decisión.

—Gema, sabes que va a ser difícil. Me paso la vida en la oficina y cuando salgo de aquí ya es hora de llegar a casa. Se me acabarían muy pronto las excusas que podría darle a Ruth para llegar tan tarde.

—No veo el problema, ojalá se te acabaran las excusas de una vez.

—Le das vueltas a lo mismo una y otra vez. Eres como un hámster metido en una rueda. Tienes que ser paciente, ya no sé cómo hacerte entender que todavía no puedo divorciarme.

—Si no lo haces es porque no quieres.

Se pasó los dedos por el pelo agobiado, resopló y dijo:

—Mira, no sé qué decirte en este momento. Me la estoy jugando, Ruth se estará preguntando por qué no he vuelto a entrar. Pensaré en lo que hemos hablado, quizá podamos vernos algún día a la hora de comer.

—Eso no estaría mal para empezar. ¿Ves como no era tan difícil?

—Para ti es muy fácil, tú no tienes una pareja que te espera en casa.

—Ese es el problema. No hace falta que me recuerdes que mi pareja no me espera.

Edu miró un instante a través del pequeño cristal de la puerta para controlar a Ruth.

—Por cierto —dijo—, algún guarro se sonó la nariz en mi toalla el otro día. No puedo creer

que haya pasado algo así. ¿Qué tipo de gente está empezando a venir aquí?

—¿De verdad? —disimulé—. Dios, qué asco. ¡Cómo se pasan!

—No he vuelto a dejarla fuera de la taquilla. Después de secarme tuve que volverme a duchar, imagínate por qué —dijo asqueado.

—Calla, por favor. —Le giré la cara y apreté los ojos fingiendo que aquella imagen me repugnaba—. Se me está revolviendo el estomago, esos mocos podrían ser de un leproso —dije.

—Vale, ya está —replicó con asco.

—A mí me pasa eso y me muero. Por la nariz sale de todo.

—Lo sé. ¿Podemos dejarlo ya? —me pidió.

—Claro. —Me sorbí el arma del crimen y miré al suelo.

Edu empezó a mostrarse impaciente.

—Me voy. —Abrió la puerta de la sala y se largó.

No me dedicó una última mirada, ni siquiera me dijo adiós. Fue como si su presencia solo hubiera sido un espejismo, una aparición. Sospeché que al decirme que consideraría que nos viéramos fuera de allí solo había querido salir del paso, deshacerse de mí lo más rápido posible. Arriesgarme a que Ruth me pillara no había merecido la pena, me sentía peor que antes de hablar con Edu.

## CAPÍTULO 13

—Buenas noches —me dijo Ruth.

—Hasta mañana —contesté apática.

Iba directa a la salida, pero reparó en mi cara y paró en la recepción frente a mí.

—¿Estás bien? —Ladeó la cabeza y me miró intrigada.

—Sí, no es nada. Supongo que me estoy resfriando. —Agaché la cara y me limpié el agua que me caía de la nariz.

—Conozco ese tipo de resfriado, no tiene nada que ver con un virus —dijo cariñosa.

Estúpido, estúpido, *estúpido* Edu. Debía haber evitado por todos los medios que Ruth se apuntara al gimnasio. Alguna buena excusa tenía que haber. A Edu no solo no le funcionaba el pito, tampoco le daba para mucho la cabeza.

—Estoy bien. Solo tengo un mal día —dije.

Ruth se acercó al mostrador y apoyó los brazos en él, mirándome comprensiva.

—Está bien que lo veas así, mañana será un nuevo día y todo será mejor —dijo.

¿Por qué? ¿Por qué tenía Ruth que ser tan amable conmigo? No podía ser su amiga, prefería que me dejara en paz. Su manera de tratarme me hacía sentir fatal, sentía que no se merecía lo que Edu le estaba haciendo.

Hice el esfuerzo de sonreír y le dije:

—Gracias. Que descanses.

Esperaba que con eso se marchara, pero no lo hizo. Suspiró y dijo:

—Necesitas un whisky.

Edu apareció en ese momento.

—¿Nos vamos? —le preguntó a Ruth. Paró entre la recepción y la salida, no se atrevía a acercarse. Abrió mucho los ojos, como si intentara hacerme una señal.

—No, ve tú. Me quedo con ella —le dijo Ruth.

—¿Qué?! —exclamó. Su cara era de terror.

—Que te vayas a casa, me voy a tomar algo.

Edu me miró boquiabierto. Por suerte, Ruth estaba de espaldas a él y no pudo verlo. Volvió a poner los ojos como platos, pidiéndome sin palabras que fastidiara el plan de Ruth.

—No. Yo... Te lo agradezco. Pero no me encuentro bien, prefiero irme a casa —dije.

—Te encontrarás mucho mejor después de una copa —insistió Ruth—. Hazme caso, entrarás en calor y frenarás ese resfriado. —Asintió y me guiñó el ojo.

Miré a Edu por encima de su hombro. Estaba tan asustado que me pareció patético y sentí ganas de rematarlo. Todo era por su culpa, que yo estuviera tan mal y que Ruth lo hubiera presenciado. Así que entrecerré los ojos maliciosa y le dije a Ruth:

—Tienes razón, una copa me iría bien.

Edu hizo aspavientos con los brazos, pero después se puso la mano en la frente y sacudió la cabeza con la vista clavada en el suelo.

Ruth se giró hacia él, le hizo un gesto de desprecio alzando la barbilla y le dijo:

—Venga. Hasta luego.

Su despótica actitud me hizo sentir un gusto enorme. Yo no era capaz de tratar a Edu así porque me daba miedo perderlo, pero para eso estaba Ruth, ella lo había hecho por mí.

Edu bajó los hombros, abrió la puerta y salió a la calle resignado. A lo mejor, después de todo, su vida con Ruth era realmente un infierno. Pero, qué podía decir, el karma funcionaba así.

## CAPÍTULO 14

—Dime, ¿qué es? Hay un capullo por ahí que no te quiere como debería, ¿verdad? —me preguntó Ruth.

Apoyé la mejilla en mi puño y miré mi copa. Me sentía incómoda en la compañía de Ruth, pero no podía culpar a nadie de eso, aceptar su invitación había sido decisión mía.

—No, es un poco de todo.

Ruth me miró misericordiosa, a la vez que incrédula.

—Las personas somos así, parece que nos gusta que nos den estopa —dijo.

—No es mi caso. Si aguanto es porque espero que acabe triunfando el amor.

—El amor —dijo con menosprecio—. Hay muchas cosas en este mundo por las que sentir amor, no entiendo por qué se le da tanta importancia al de pareja. Se puede ser muy feliz caminando solo por la vida si te valoras a ti mismo y a las cosas que tienes a tu alrededor. No temas a la soledad, nunca estarás sola si te quieres.

Qué situación tan rara. La mujer de mi novio intentaba consolarme porque su marido me había hecho llorar, aunque ella no lo supiera. No me apetecía hablar de mí, no quería que Ruth conociera nada sobre mi vida. Pero podía aprovechar para indagar en su matrimonio, ya que estaba allí.

—Bueno, las parejas también sirven de algo, ¿no? No están mal cuando quieres formar una familia y esas cosas —dije. Puse la vista en mi copa, la removí haciendo tintinear los cubitos de hielo y miré a Ruth.

—¿Para qué? Hacer niños solo lleva un par de minutos. Mi hijo vive con su padre y no ha necesitado que estemos juntos para crecer con total normalidad.

—¿Tienes un hijo? —le pregunté asombrada.

¡Dios! ¡No me esperaba, para nada, oír aquella información!

—Sí, un rubio demasiado listo de ocho años. ¿Por qué te extraña? —Ladeó la cabeza y sonrió frunciendo el ceño.

¿Que por qué me extrañaba? Ni idea, eso mismo me preguntaba yo. Como si no me hubiese olido siempre que Edu me mentía sobre Ruth. Aunque quizá no tanto, Ruth me acababa de romper todos los esquemas.

Me encogí de hombros, hice un gesto de despreocupación con la mano y dije:

—Supongo que me habías parecido una de esas chicas súper cosmopolitas e independientes. Algo así como las protagonistas de *Sexo en Nueva York*.

—Dos de ellas tenían hijos, ¿no? Puede pasar en un descuido.

¿En un descuido? ¿Tan poco le había costado quedarse embarazada? Sacudí la cabeza, aquello me dejó aturdida.

—¿No te gustaría tener más? Tienes una nueva pareja, quizá con esta te vaya mejor. —Estaba casi segura, pero quería la confirmación de la propia Ruth para convencerme por completo de que no tenía ningún problema de fertilidad.

—¿Más qué, más hijos? —Se echó hacia atrás, como si la idea le asustara—. No. Ni hablar. Ya sé lo que es ser madre, y no creas que es tan maravilloso. Fíjate en mi caso, mi hijo prefiere vivir con su padre. Tiene todo lo que se le antoja justo en el momento que quiere, a mi ex le sale el dinero por las orejas y lo ha convertido en un pequeño tirano.

Lo sabía. Sabía que Edu era un capullo impotente.

—Vaya, debe de ser duro. Dicen que los hijos son lo que más se quiere en el mundo, me imagino que no lo habrás pasado bien con ese tema. —Se lo dije de corazón. Me imaginaba que Ruth era más sarcástica que frívola. Aunque a veces hablara de esa manera arrogante, estaba segura de que debía querer a su hijo.

Ruth puso los dedos alrededor de su copa y dijo, de manera casi inaudible:

—Quizá no deberías hacerme caso. Supongo que intento darte consejos que debería seguir yo... —Levantó la vista y añadió—: Fíjate en mí, estoy supliendo el amor de mi hijo con el del inútil de mi marido.

Me pareció estar metida en una película. Cada frase de Ruth me resultaba absurda y extraña, ajena a todo lo que había sido mi verdad. La que yo me había montado con la ayuda de Edu, la que había imaginado uniendo retales de aquí y allá.

La miré sintiendo compasión. Su problema era más grave que el mío, debía de estar sufriendo mucho más que yo. No quería continuar metiendo el dedo en la llaga, me sentía mal por seguir aprovechándome de la situación. Pero tampoco podía quedarme con la duda, así que carraspeé y le pregunté:

—Pero... Tú quieres a tu marido, ¿no?

Ruth me miró en silencio, le dio un trago a su copa y respondió:

—Me da más pena que otra cosa.

## CAPÍTULO 15

—¡Gema! —gritó Inma.

Estaba abriendo mi portería cuando me llamó. Había ido a dar una vuelta al chino porque necesitaba despejarme, pero, por desgracia, había vuelto peor. Huang, el dueño, no paraba de enseñarme artículos inútiles que quería que comprara. Estaba mareada, todo me daba vueltas. Estaba de cascabeles con plumas, de tensores para las patas de gallo y de perfumes que olían a productos de limpieza hasta la coronilla. ¿Para qué iba yo a querer unos cascabeles? Ni siquiera tenía un gato. ¿Y aquellos perfumes? Olían igual que el producto que utilizaba para fregar el suelo en casa.

—¡Ven! —me volvió a gritar. Hizo un gesto con la mano para que fuera hasta ella.

—¡Qué quieres! —le pregunté.

—¡Ven un momento!

—¡Para qué!

—¡Camina y ven!

—¡Con qué objetivo!

—¡Mueve las piernas y el cuerpo te seguirá!

No tenía ganas de ir, pero estábamos entrando en bucle. Crucé la calle, paré frente a Inma y me crucé de brazos. Estaba en la puerta de El Paki.

—Esa bolsa es del chino. ¿Has estado con Juan? —me preguntó.

—Con Huang —la corregí.

—Pues yo le llamo Juan, me gusta más.

—Ya. Pero tú no eres el párroco de la iglesia, no tienes autoridad para bautizarlo.

Inma arrugó la frente, me observó un instante y dijo:

—¿Te encuentras bien?

—No. La verdad es que no. Quería que me cambiara unas medias y he salido de su tienda con un Jesús de plástico que se ilumina en la oscuridad.

—Vaya. ¿A ver?

Saqué la figurita de la bolsa y se la enseñé. No se parecía en nada a Jesús, era igual que Pocholo Martínez-Bordiú. Solo le faltaba la mochila, la túnica ibicenca la llevaba.

—Se parece a Pocholo —me dijo.

—¿Verdad que sí?

—Sí, pero este está bizco.

Aquel Jesús tenía algo más que estrabismo, parecía estar borracho. Tenía un punto negro que hacía de ojo mirando hacia arriba y el otro desviado hacia fuera.

—No creo que así pueda hacer muchos milagros. No sabe dónde mira, si se los pides tú me los concederá a mí —observó.

—No pensaba pedirle nada. Y no te encariñes con él. Le he dicho a Huang que me lo apunte, se lo pienso devolver.

—¿Y para qué te lo has llevado? —me preguntó.

—¿Para qué va a ser? Para que me dejara en paz. ¿Tú sabes la de cosas inútiles que me ha enseñado? Es un chino muy tenaz, quería venderme un tensor para las arrugas.

—Ah, sí, yo lo probé. Puede que funcione —dijo.

—¿Cómo va a funcionar? Si son dos correas con velcro. Tengo unas sandalias de verano que llevan un cierre exactamente igual.

—Bueno, no sé... —dudó—. Pues qué raro que te haya cambiado las medias, para Juan todo está perfecto cuando sale de su tienda. Una vez quiso convencerme de que la espuma verde que soltaban las pilas era normal. ¿Te lo puedes creer? Dijo que podían ser algas, que las pilas cruzan el océano en un contenedor para llegar hasta aquí.

—No me las ha cambiado, me ha dicho que no podía porque tienen una carrera —le expliqué—. Pero por eso mismo quería que me las cambiara, porque se les hizo una carrera nada más sacarlas de la bolsa. Ha sido un diálogo de besugos que ha durado más de media hora. Ya no sé lo que hago, he entrado en la pollería y he pedido un kilo de almejas.

—Siempre nos lía. Deberíamos hacer que lo deporten.

—¡*Gemma!* —me llamó Ganesh.

Miré hacia dentro y lo saludé con un gesto de mi cabeza.

—Ah, sí. Para eso te llamaba —dijo Inma.

—¿Para qué? —le pregunté.

—¡Pasa, te voy a presentar a mi hermana! —me pidió Ganesh.

Miré a Inma con fastidio, no quería saludar a la hermana de Ganesh. Y seguro que ella a mí tampoco, no me tragaba.

—¡No hace falta, ya la conozco! —grité.

—No creo que la *conoscas* tanto. A ver, ¿cómo se llama?! —me preguntó.

¿Qué? No tenía ni idea, y además me daba igual.

—Tiene un nombre muy raro, se llama Rana —me dijo Inma.

—¿Se llama Rana, como la rana Gustavo? —dije asombrada.

Inma se encogió de hombros y dijo:

—Sí.

—Erm... ¡Rana! ¡Se llama Rana! —le grité a Ganesh.

Lo oí reírse desde la calle, y también a su hermana diciéndole enfadada algo en su idioma. Namgyal se asomó a la puerta cargado con una caja de plátanos y dijo:

—Mi esposa se llama Ratna. *Ratna*.

Miré a Inma furiosa. Aunque la culpa era mía, ¿por qué le había hecho caso? Sabía que a Ganesh le llamaba Ginés, que a Namgyal le llamaba Marcial y que a Huang le llamaba Juan. No había extranjero al que llamara por su nombre.

—Pues lo habré entendido mal —me dijo Inma.

—Pues sería la primera vez —repliqué.

—Oy. ¡Pero qué te pasa! —exclamó—. Entra ya. ¿Por qué no quieres saludar a esa pobre chica? Le estás haciendo un feo a Ginés.

Supuse que tenía razón, lo estaba poniendo en una situación incómoda. Así que resoplé y seguí a Inma, que entraba contenta en la tienda.

—Hola —le dije a la hermana de Ganesh.

—Ratna, ella es mi amiga *Gemma* —dijo Ganesh con una sonrisa—. Vive enfrente, en ese piso de ahí. —Señaló hacia el segundo a través del cristal del escaparate.

Ratna miró sin ganas donde le indicaba, me miró a mí con la misma apatía y, de repente, volvió a mirar hacia mi piso. Clavó furiosa los ojos en Ganesh y dijo:

—Qué bonitas plantas.

—¿Verdad que sí? Nos las regaló Ginés —dijo Inma.

No supe qué hacer, me morí de la vergüenza. Apoyé el codo en el mostrador, cogí una acelga

que había encima y le di un bocado.

Ratna me miró de brazos cruzados, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? La pensaba comprar. —Me rasqué la nuca y miré hacia el póster de Jean-Claude Van Damme.

—Creo que se van a llevar bien... —murmuró Namgyal.

Ganesh nos miró a las dos con el ceño fruncido, pero enseguida volvió a sonreír.

—Tenía ganas de que os *conosierais* —dijo.

—¿Por qué? —le preguntó Ratna molesta.

—¿Y por qué no? —dijo Ganesh. Volvió a fruncir el ceño y la miró dolido.

Empecé a sentirme mal por él. No quería ser amiga de Ratna, pero ver a Ganesh así, con su brillante flequillo sobre un ojo y su bonita mandíbula tan tensa, hizo que hiciera el esfuerzo de tragarme el orgullo. Sonreí y le dije a Ratna:

—Encantada de conocerte. Eres una chica guapísima.

—Una diosa. Es igual que una diosa —dijo Namgyal.

—Me gusta un montón tu ropaje —le dijo Inma—. Se nota que en tu poblado sois unos grandes artesanos. ¿Lo has tejido tú? —Agarró el extremo de la amplia manga del sari rojo de Ratna y lo miró fascinada.

Me puse la mano en la boca y cerré los ojos, suplicando hacerme invisible.

—No. Ya se han inventado las máquinas —dijo Ratna. Miró a Ganesh horrorizada.

—Oh, claro. Las que van a pedal no necesitan electricidad —repuso Inma.

Le di un fuerte pisotón.

—¡Oye, qué pasa! —exclamó.

—Nada... ¡Qué va a pasar! —dije indignada.

Ganesh se dio la vuelta riendo, menos mal que todo se lo tomaba con humor.

—No todos los indios *vivimos* en chabolas —le dijo Ratna a Inma con retintín—. La televisión solo os muestra la *pobresa* más extrema, en mi casa siempre hemos tenido *electricidad*.

—Ah, genial. Entonces tendríais lavadora, ¿no? Me alegro, es un engorro tener que ir a lavar las bragas al río —dijo Inma.

—Los indios todo lo llevan al río... —murmuró Namgyal.

—No *empieses*. Qué sabrás tú, pakistaní —replicó Ratna.

—Claro que lo sé. Ese río está más *susio* que las cabras de mi tío Rashid.

—Me lo dijo Ginés. En la India hacen los muertos a la barbacoa y después los tiran al agua, ¿verdad? —bromeó Inma animándose.

—Y eso no es *todo*, después se lavan ahí —le dijo Namgyal.

—¡El Ganges es un río *sagrado*! —exclamó Ratna ofendida.

—Rana, no te creas todo lo que te cuentan, podría ser peligroso. Fíjate en esto —dijo Inma. Me quitó la bolsa del chino y sacó la figurita de Jesús—. ¿Crees que Pocholo te escucha? ¿Que está dispuesto a hacerte un favor? Míralo bien, ni siquiera tiene orejas.

—¿Qué es eso tan horroso? —dijo Ganesh riendo.

—A lo mejor vuestros dioses no os escuchan, pero los nuestros sí —le soltó Ratna.

Inma la miró compasiva y dijo:

—Ay, Rana... Espero que estuvieras alta de defensas cuando te bañaste en ese río. No va a haber dios que te cure la candidiasis.

—Deberíamos irnos ya. Se nos va a quemar el pescado que tenemos en el horno —le dije a Inma. Señalé con la cabeza hacia la calle y le guiñé el ojo.

—¿Estás asando un pescado? ¿Cómo? Si no tenemos horno —contestó.

Respiré hondo, apreté los puños dentro de los bolsillos de mi cazadora y dije:

—¡Sígueme y no rechistes más! Nos lo está asando la que vive en el quinto, ¿vale?!

Inma echó la cabeza hacia atrás.

—¿La choni esa del pelo de estropajo? ¡No me fío de ella, Gema, seguro que rasca la grasa del horno con él!

La agarré del brazo y la arrastré hasta la puerta. Todavía podía oír la risa de Ganesh mientras cruzábamos la calle a toda prisa.

## CAPÍTULO 16

Observé una patata frita con desgana y la acerqué a mi boca abierta, pero en el último instante la cerré y volví a dejarla en la bolsa. Había cogido las patatas por inercia, porque era algo que hacía cada tarde, pero estaba tan deprimida que tenía el estómago cerrado. Edu me había estado dando excusas para no quedar fuera del gimnasio desde que se lo propuse. Cada vez que lo hacía tenía una diferente: una reunión con sus jefes, un dolor de cabeza o una comida con Ruth. Nunca parecía tener tiempo para mí. Lo peor de todo era que estaba obligada a seguir viéndolo y me resultaba muy difícil romper con él si no podía apartarlo de mi vida diaria. Cada tarde, después de cambiarse de ropa para entrenar, Edu salía a escondidas de los vestuarios y me convencía de que aquella situación era circunstancial. Me decía que Ruth empezaba a mejorar de su depresión y que pronto estaríamos juntos, que nada nos iba a separar.

—Me has mentido —le dije la primera de esas veces. Podría habérselo soltado por teléfono pero quería verle la cara cuando lo hiciera—. Sé que Ruth tiene un hijo, no tiene ningún problema de fertilidad.

Edu meneó la cabeza, como si le infundiera compasión.

—Sí, tiene un hijo. Pero tuvo un problema ginecológico y ahora le cuesta mucho quedarse embarazada. Te ha engatusado. Lo sé, porque la conozco. No te fíes de ella, Gema. No caigas en su trampa, Ruth es una encantadora de serpientes.

—¿Qué trampa? La única trampa que veo aquí es la que me has tendido tú.

—Ella es así, se inventa la vida que los demás quieren oír. Los seduce hasta que caen en su red. Seguro que te ha dado consejos, que se ha hecho la mujer fantástica y ejemplar, ¿verdad? Lo hace con quien cree que la puede envidiar, necesita sentirse superior a los demás.

Eso me confundió. No quería permitir que Edu me engañara de nuevo, pero después de oír su explicación tampoco estaba segura de que debiera creer a Ruth. Era muy amable conmigo pero, ¿qué sabía yo? Apenas la conocía.

—¿Por qué crees que Ruth piensa que la puedo envidiar? Me parece muy ofensivo lo que acabas de decir, yo no soy menos que ella —le reproché.

—No soy yo quien cree que estás por debajo de Ruth, es ella la que lo piensa. Está jugando contigo. No tiene amigas por eso, en cuanto descubren cómo es en realidad no quieren volver a verla.

Le giré la cara y jugué con el pendiente en mi oreja. ¿Ruth me estaba engañando? ¿Esa solidaridad y la comprensión que me mostraba no eran sinceras? No tenía ni idea, no sabía qué pensar.

—Eso da igual, Edu, de todas formas no tengo interés alguno en ser amiga de tu mujer. Lo que me pregunto ahora es por qué no puedes separarte de Ruth si es tan arpía como quieres hacerme creer.

La pareja de amigas pijas que tanto me aburría pasó por delante de la recepción. Edu se puso erguido y las saludó mostrando naturalidad. Cuando desaparecieron de nuestra vista, miró su reloj y dijo:

—No debería contarte esto, es algo muy desagradable que no quiero que te condicione. Pero necesito saber que Ruth está bien antes de pedirle el divorcio. Intenté dejarla hace algo más de un año, y no pude... Se intentó suicidar.

—¿Qué?

—Se tomó una caja entera de pastillas. Si no llego a levantarme de madrugada para ir al baño ahora estaría muerta.

Lo miré atentamente, analizando su cara.

—No sé si creerte. Si eso es verdad, ¿por qué nunca me lo habías contado?

—Te lo acabo de decir, porque es algo demasiado delicado y ya hay suficiente con que lo sufra yo. No quería que te sintieras mal por tener una relación conmigo, que creyeras que tienes parte de responsabilidad en lo que le pueda pasar a Ruth. Pero ahora ya lo sabes, espero que eso no te haga cambiar de idea respecto a lo nuestro. —Dio una palmada sobre el mostrador y echó a andar hacia la sala de musculación.

La confesión de Edu no hizo que me sintiera mejor, que me ayudara a esforzarme a ser más paciente. Al contrario, me pareció un dato horrible y un problema más que añadir a la lista de inconvenientes para que pudiéramos estar pronto juntos. Se dispó la luz que a veces veía al final del túnel, era tan tenue que ya casi no podía verla.

Mastiqué una patata frita sin ganas, recordar aquella conversación con Edu me hundió más de lo que estaba. Me sentía en un callejón sin salida. No podía quitarme a Edu de la cabeza, pero tampoco podía tenerlo de la manera que quería. Me hubiese gustado tener un disco duro en el corazón que pudiera borrar.

—¿Otra vez comiendo patatas fritas? —me riñó Jordi.

—No son patatas fritas, son chips. Hay una gran diferencia. Las fritas se fríen en aceite y las chips se hacen en el horno. No tienen ni una sola gota de grasa —le mentí.

Di un respingo, Jordi había sacado el móvil del bolsillo de su pantalón de chándal y lo estaba consultando en Google. Lo supe porque levantó la vista furioso hacia mí un par de veces mientras tecleaba.

—¿Te has pensado que soy tonto? Un chip es lo que llevan los ordenadores.

—Un poco tonto sí que eres. ¿Cómo van a estar los ordenadores rellenos de patatas?

Me miró de medio lado. Como suponía, el inglés no era el fuerte de Jordi, lo suyo solo era machacarse con las pesas.

—¿Como estés intentando engañarme, ten por seguro que te despido! —me gritó.

Me agarré al cable del teléfono, Jordi había vuelto a sacar su móvil del bolsillo.

—¿Puedes sustituirme un minuto? Me estoy haciendo pis —le dije.

—Pues te aguantas.

—¡No puedo aguantarme, tengo cistitis!

¡Dios mío, no! ¡Iba a quedarme sin trabajo por culpa de una patata frita! Aquello ya era el colmo, la maldición de una tribu de Papúa Nueva Guinea pendía sobre mí.

—Chip significa ficha —dijo rabioso.

—Lo sé. Por eso las llaman chips, porque son redondas como las fichas del casino —me inventé.

Volvió a mirarme receloso. Por el sudor que empezó a brillar en su frente supe que estaba muy cabreado. Nunca lo había visto así, debí de haberlo cogido en un mal momento. Sacó de nuevo el móvil de su bolsillo y tecleó en él.

—Me estás hartando. Chip es un tiro de golf.

—Pues será un tiro de golf a una patata. Yo qué sé. ¿Qué quieres que te diga?

Esa vez ni siquiera guardó el móvil, volvió a consultar Google de corrido.

La situación empezaba a ser angustiada. ¿Cuánto iba a tardar Jordi en llegar a la traducción que tanto temía? Quizá ninguna maldición se cernía sobre mí porque no era normal que todavía no

hubiera dado con ella, estaba teniendo mucha suerte.

—Dame la bolsa, ahí salen los ingredientes —dijo con decisión.

—No tengo la bolsa, las he traído en una del pan Bimbo.

Jordi hizo un gesto chulo con la mano hacia él.

—Pues dame una, quiero saber si tienen aceite.

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¡Esto es ridículo! —me negué.

—No puede ser más ridículo que la trabajadora de un gimnasio que se alimenta con comida basura. —Se tiró sobre el mostrador y echó mano a la bolsa en la que, por suerte, había llevado las patatas al trabajo ese día. Las tenía en casa, a Inma también le habían apetecido y las tuvimos que repartir.

—¡Jordi, ya está bien! ¡Lo que haces conmigo es humillante! ¡Es acoso laboral!

—¿Qué pasa? —preguntó Ruth. —Iba de camino a la salida, con su caro bolso colgado en el hombro, y miró a Jordi con cara de muy pocos amigos.

Jordi bajó del mostrador, se infló al instante como un suflé y ladeó la cadera.

—Mi negocio se está llenando de cosas preciosas —piropeó a Ruth.

Ella ignoró su ridículo comentario y fue directa al grano.

—Me ha parecido ver que acosabas a tu empleada —dijo en tono laxante.

Jordi metió el culo para dentro de repente.

—¿Eh? Qué va. Es una broma que nos hacemos cada día.

—¿Sí? Pues a mí no me hace gracia —repliqué.

—Ya la has oído, no quiere que la trates así —dijo Ruth.

Jordi la miró entre sorprendido y asustado. Aunque yo también lo estaba un poco, el lenguaje corporal y el tono de voz de Ruth fueron tan intimidatorios que tuve miedo de que sacara una pistola del bolso y le pegara un tiro a Jordi en la cabeza.

—Bueno, vale. Qué humor —dijo Jordi riendo, para disimular. Levantó las manos en señal de rendición, como si él también pensara que Ruth era capaz de volarle los sesos. Después se giró hacia mí y dijo—: Recuerda que soy tu jefe y que yo pongo las normas. Que no vuelva a verte comer delante de los clientes.

—Dudo que lo haga, yo jamás la he visto —replicó Ruth muy seria.

—Porque se esconde, se come esa mierda bajo el mostrador —dijo Jordi.

Ruth dio un par de lentos pasos y se quedó a medio palmo de él.

—Entonces, cállate la boca. Lo que no se ve no existe —le dijo—. ¿Te permite hacer un descanso durante tu jornada? —me preguntó a continuación.

—No. Por eso como bajo el mostrador. —Miré a Jordi furiosa.

—¿Cuántas horas trabajas al día? —siguió preguntándome.

—Ocho. A veces más. —Volví a mirar a Jordi y le sonreí maliciosa.

—Lo suponía. No te da los quince minutos de descanso que te pertenecen por trabajar más de seis horas seguidas —dijo Ruth.

Para cuando llegamos a ese delicado punto de la cuestión, Jordi ya estaba pálido. Pero un instante después resucitó de manera súbita. Se dio cuenta de que Ruth lo tenía cogido por las pelotas, que estaba quedando en ridículo, y tuvo un brote de orgullo.

—¿Encima quieres descansar?! —me recriminó—. ¡Te pasas ocho horas sentada en...! —No terminó la frase, las aletas de la nariz de Ruth se habían desplegado y estaba a punto de ebullición. Jordi volvió a acobardarse, supo que era más prudente dejar las cosas así—. Mujeres... —dijo. Se dio la vuelta y se dirigió a los lavabos, directo a hacer una de sus muchas sentadas diarias en «el trono».

Miré a Ruth algo cortada y le dije:

—Gracias. Hoy está que trina, ha estado a punto de despedirme.

—¿Quería despedirte por comer? ¿Por tomar un tentempié después de, cuánto, seis horas sin probar bocado? No te achantes. No le tengas miedo. No puede despedirte por eso, es ilegal.

—En realidad han sido siete, hoy he entrado a la una. A veces hago horario partido pero... — Cerré la boca. Le agradecía que me hubiera echado una mano, pero no quería que supiera tanto sobre mí—. ¿Ya te vas hoy? Qué pronto —le comenté.

Ruth abrió su bolso y respondió, mientras miraba dentro rebuscando en él:

—Sí, ese imbécil no es el único que hoy no tiene un buen día... Quiero irme a casa, tomarme una pastilla para dormir y desconectarme del mundo.

¿Tomaba somníferos? ¿Había dicho «desconectarse del mundo»? Enseguida me fue a la cabeza la historia de su intento de suicidio, debía de estar acostumbrada a bloquear sus preocupaciones con pastillas.

—Vaya, siento que estés mal. Espero que mañana te encuentres mejor —dije.

Ruth sonrió.

—No es nada que no pueda superar. Bicho malo nunca muere. —Había encontrado lo que buscaba, las llaves del coche. Cruzó la puerta del gimnasio y salió a la calle, taconeando firme y segura.

Me quedé mirando a través del cristal de la entrada, intentando descifrar el misterio que envolvía a Ruth. Todo lo que me contaba Edu sobre ella era posible, pero también lo era lo que Ruth me hacía ver. No sabía a quién creer, entre los dos iban a volverme loca.

## CAPÍTULO 17

—No voy a ir a esa fiesta, Inma —le dije.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo ganas. Además, no somos bienvenidas.

—Anda ya. ¿Quién ha dicho eso? —me preguntó.

—No hace falta que alguien nos lo diga, es evidente que no le gusto a Ratna. Y estoy segura de que después de lo del otro día en El Paki tú tampoco.

—Eres muy negativa, además de dramática. No dije nada para que se ofendiera.

—¿Que no? Le dijiste que venía de un poblado —le recordé.

—¿Y qué tiene eso de malo? No es algo de lo que nadie se deba avergonzar.

—No. Pero suena despectivo, como si te creyeras superior a ella.

—No digas estupideces. La palabra poblado es sinónimo de población. Míralo en el María Moliner, si no me crees. No tiene una connotación negativa, como tampoco la tienen indio y tribu. ¿Es deshonroso pertenecer a una tribu? ¿Un indígena es menos persona que un indio de la India? Esto es ridículo, hemos llegado a un punto en el que ya no se puede abrir la boca. —Sacudió la cabeza indignada y se puso a mirar Instagram en su móvil.

Inma podía conmigo. Podía conmigo. ¿Por qué no entendía que debía tener más cuidado cuando se refería a ciertas cosas? Vivíamos en un barrio lleno de inmigrantes, su despreocupación al elegir las palabras podía resultarles ofensiva. No todo el mundo la conocía tan bien como yo, se lo podían tomar mal.

—Nunca te corregirás si no ves el problema —le dije.

—¿El problema de qué, de utilizar palabras inocentes que están en el diccionario? Creo que el problema lo tienes tú, Gema, te tomas las cosas demasiado a la tremenda.

Claro, cómo no, y me lo decía la que lloraba cuando se le rompía una uña. Palabras literales. Una vez me la encontré tirada bocabajo en el sofá cuando llegué de trabajar. Le colgaba un brazo hasta el suelo y tenía los ojos tan hinchados que pensé que se había pegado con alguien. Cuando me contó por qué había llorado casi le pego yo.

—Vale, no tengo ganas de discutir. Ya te acordarás de esta conversación cuando empiecen a llamarte xenófoba —le advertí.

—¿Qué? Para de decir tonterías. ¿Cómo van a creer que tengo prejuicios? ¡Me he acostado con los tres negros del rellano! Además, no deberíamos hablar de inmigración delante de Ivanka, podría ofenderse.

—Cuenta tú a mí, yo nunca estar con un negro —le pidió Ivanka emocionada. Le estaba depilando las piernas y se sentó junto a ella en la camilla, mirándola expectante—. ¿Cómo tienen salchicha? —le preguntó.

Inma hizo un chasquido con la lengua y dijo:

—Bah, no te creas lo del negro de WhatsApp.

Ivanka bajó los hombros chafada.

—Españoles no tener sentimientos, tú acabar de robarme un sueño —le recriminó.

Inma me miró, señaló a Ivanka y me preguntó:

—¿Ves? ¿Qué se supone que debería hacer yo ahora, eh? ¿Has oído lo que ha dicho? Acaba de llamar ladrones a todos los españoles. Ivanka, eres una xenófoba.

—Vete tú a cagar, mi novio ser español —replicó Ivanka divertida.

Sí, su novio era español, y entraba y salía de la cárcel como el que va a un *spa*.

—Oye, mira, haz lo que quieras, pero dame las llaves —le dije a Inma. Me las había dejado en casa y tuve que ir a buscarla para poder entrar.

—¿Qué prisas ser esas? —me dijo Ivanka—. Tú estar fatal. Pero fatal, fatal. Guarro esa te quita a ti ilusión por la vida.

Otra vez iba a darme un sermón. Si tenía ganas de salir de allí antes, ahora tenía muchas más.

—Anímate y vayamos a esa fiesta, seguro que lo pasamos bien —insistió Inma.

—No puedo, tú me das más miedo que Ratna. Sé perfectamente que en cuanto abras la boca me pondrás en un compromiso.

—¿Cuándo he hecho yo eso? —me preguntó asombrada—. Si lo dices por el comentario que le hice sobre la electricidad, no tienes razón. Es normal que me guíe por lo que veo en televisión. Trabajo de camarera en un bar, no tengo dinero para viajar y conocer tanto mundo. ¿Crees que Rana sabía antes de instalarse aquí que las corridas de toros están prohibidas en Cataluña? ¡No! ¡Tampoco! Seguro que pensaba que nosotras íbamos a verlas cada domingo con peineta y mantilla.

—¿Aquí no haber toros? —preguntó Ivanka.

—¿Ves? —me dijo Inma.

—Eso es diferente, no tiene nada que ver con lo que intento hacerte entender. Tienes que tener más cuidado con tu forma de expresarte, no es la correcta. No paras de soltar cosas que no debes, un día me dijiste que Ganesh venía de la selva —le recordé.

—¿Y? Estás muy poco puesta en geografía. ¿Es que no has visto *El libro de la selva*? ¿Dónde crees que está ambientada, en Benidorm?

—Inma tiene *rasón*. Niño que criarse con monos vivir en selva de India —dijo Ivanka.

—Y tú también hablas como un indio, Ivanka, espero que no te ofendas —dijo Inma. Soltó el móvil y se estiró cómodamente en la camilla.

—Dame las llaves ya, quiero irme a casa y ponerme cómoda —le volví a pedir.

Inma resopló y dijo:

—Desde luego... Encima de que lo iba a hacer por ti. Yo me encuentro indispuesta a más no poder, Gema, no creas que tenía ganas de meterme en el Diwali ese. Tengo el ánimo por los suelos, me han dejado otra vez. Nadie aprecia lo que hago por ellos, ni siquiera tú —dijo apenada.

—Pero no tienes que hacerlo por mí, yo no quiero ir.

—Pues te iría bien. No puedes ir cada día del trabajo a casa y encerrarte en tu cuarto a pensar en Edu. —Miró el fluorescente del techo y emitió un extraño sonido de congoja—. No sé para qué pienso tanto en los demás, nadie piensa en mí... —musitó—. Oye, Ivanka, ¿quién canta esto? Es Luis Miguel, ¿verdad? —Se incorporó en la camilla y levantó un dedo, sonriendo con la cabeza ladeada. Acto seguido se estiró de nuevo y bailó tumbada, meneándose feliz—. ¡Azul! Y es que este amor es azul como el mar, ¡a-zul! Como de tu mirada nació... ¡mi ilusión! —desentonó pletórica.

—No tener ni idea, novio mío baja a mí toda la música pirata —respondió Ivanka.

Seguramente Inma tenía razón, pero ir a la fiesta de Ganesh tampoco era la solución a mi problema, eso no iba a cambiar que no podía tener a Edu. Aunque tampoco era tan mal plan ir a una fiesta tradicional hindú, nunca había estado en una. Ganesh nos había invitado de buena fe y pensaba que íbamos a ir. Todavía le guardaba algo de rencor por los comentarios que me había hecho sobre mi vida amorosa, pero, para ser sincera, no podía quitarle la razón. Además, ¿quién se creía Ratna que era? ¿Melania Trump? Yo podía ir donde me diera la gana, el mundo no giraba

alrededor de ella.

—Vale, está bien. Iré —accedí—. Dame las llaves, te veo en casa.

—¿Qué te vas a poner? —me preguntó.

—No lo sé.

—¿Y si sacamos los disfraces de Carnaval? —me propuso ilusionada—. Yo puedo ir de Pocahontas y tú del mono de *El rey león*, entre tanto aborigen nadie se dará cuenta.

La miré anonada, no le había servido de nada todo lo que habíamos hablado. No pensaba meterme en la fiesta de la familia de Ganesh con Inma ni muerta, íbamos a salir de allí apaleadas.

—Mira, olvídalo. Lo he pensado mejor, no voy a ir —le dije.

—¡Que era broma! —exclamó riendo—. Cada día estás peor, desde que copulas tan mal con Edu has perdido el sentido del humor.

## CAPÍTULO 18

—¡Hola! —nos saludó Ganesh.

—¡Madre mía, vas hecho un pincel! —exclamó Inma. Se puso las manos sobre la boca asombrada.

Yo también me quedé de piedra, no esperaba verlo así.

—Oh. *Gracias* —dijo sorprendido—. No me gustan *demasiaddo* estas cosas, pero... mi madre echa de menos su país, solo me he vestido así para *haserla felís*.

Estaba atractivo y elegante, de una manera exótica. Llevaba una especie de casaca entallada sin solapas que le llegaba por encima de las rodillas, donde tenía algo más de holgura. Era de color morado, de un tejido satinado con un sutil estampado; le marcaba los hombros y la cintura y realzaba su complexión esbelta. Debajo llevaba un pantalón ajustado color crema que también parecía de raso y había sustituido sus chancas de natación por unas de piel negra muy estilasas.

—Pues estás espectacular. Pareces salido de una película de Bollywood —le dijo Inma.

Pestañeeé todavía asombrada y dije:

—Sí, pareces un príncipe de la India.

Ganesh dio un leve respingo y me pareció que se ruborizó. No estaba segura porque su piel morena no me lo permitía ver bien. Entonces me di cuenta de que se había levantado el flequillo en una onda y de cómo ese detalle acentuaba el encanto de su cara. Ganesh no era la escultura de un dios griego, pero tenía algo mejor, era muy resultón.

—Pasad. Estáis es vuestra casa. —Abrió la puerta del todo y se echó a un lado, extendiendo el brazo hacia el final del pasillo.

Entramos fascinadas. La casa de Ganesh no era nada del otro mundo, era un piso antiguo sin reformar. Pero el suelo del pasillo estaba iluminado por dos hileras de lamparillas de aceite, unos diminutos cuencos que me hicieron sentir que estaba en otro lugar. Creí haber viajado a otro continente sin coger el avión. No había ninguna bombilla encendida en la casa, pero no hacía falta porque aquel montón de pequeñas llamas alumbraban como la luz artificial. Al final del pasillo estaba el comedor, la entrada estaba enmarcada con una pesada cortina amarilla cogida por la mitad a la pared, y antes de llegar pude ver los coloridos farolillos con flecos que lo iluminaban. Sonaba una música hindú que me hizo sentirme en la India, el ambiente era tan hechizante que no reparé en el jaleo y las risas que provenían del comedor hasta que estuve dentro.

—*Atención toddo* el mundo, os presento a Inma y a *Gemma* —dijo Ganesh.

Como diez personas, todas las que estaban reunidas allí, miraron hacia nosotras. Se quedaron en silencio y nos observaron fijamente.

—Hola —los saludé.

—*Hao* —dijo Inma levantando la mano.

Una mujer vestida con un sari azul se levantó y vino hacia nosotras.

—Tú *debbes* de ser *Gemma*. —Cogió mi mano en las suyas y la levantó a la altura de su pecho.

—Sí. Yo soy la otra —dijo Inma.

La mujer le sonrió amable y me volvió a mirar.

—Ella es mi madre, Gowri —dijo Ganesh.

Le di a Inma un disimulado pellizco para advertirla. Sabía cómo funcionaba su cabeza y estaba segura de que iba a llamarla Gordi. Sin embargo, hubo suerte, en su lugar levantó la mano y saludó

a Namgyal.

—¡Qué pasa, Marcial! —exclamó. Echó a andar contenta hacia él.

—Eres una chica muy linda. Tu buen fondo se ve desde fuera y eso te *hase* aún más bonita — me dijo Gowri.

Al oír esas palabras en la agradable y calmada voz de la madre de Ganesh, me emocioné. Casi rompo a llorar. Fue como si se abriera una presa dentro de mí y salieran disparados un montón de sentimientos que tenía contenidos.

Ganesh y ella se miraron sonriendo.

—Gracias... Es usted muy amable —conseguí decir.

—No es *amabilidad*. Mi madre nunca se equivoca, además de ver con los ojos también ve con el *corasón* —dijo Ganesh.

No quería que siguieran adulándome, no iba a poder soportarlo. Estaba a punto de hacer pucheros igual que una niña. Vivía tanto menosprecio y desconsideración que había empezado a creermme que no valía nada. Que alguien me estuviera mostrando cariño me llegó al alma.

La madre de Ganesh ladeó la cabeza y me dijo:

—*Gemma*, ¿por qué estás triste? El Diwali es alegría. Hoy *empiesa* el año nuevo hindú. El anterior ya no existe, *pueddes* volver a *empesar*.

Me restregué los ojos e intenté disimular diciendo:

—No es nada. Es que hoy me he levantado muy temprano y tengo la vista cansada. —Me esforcé en mostrar una sonrisa y miré al suelo.

—Debes tener *cuiddado* con el poder de la mente —me dijo Ganesh—. Lo que somos hoy es a causa de lo que pensamos ayer, y los pensamientos que tenemos ahora *desidirán* nuestro mañana.

Lo miré confundida, intentando captar el mensaje que me quería dar. ¿Podía ser que Ganesh me leyera tan bien que supiera lo baja que tenía la autoestima? Debía de ser así, porque entendí que me decía que mi vida solo podía mejorar si cambiaba el chip. O que yo atraía malas experiencias a mi vida por culpa de mi actitud, algo así.

Las voces altas y las risas habían vuelto. No supe cuál fue el momento exacto, pero me di cuenta de que todo el mundo estaba a lo suyo, ya nadie tenía la mirada puesta en mí.

—Dale algo de comer, hijo, *parese* que no se alimenta bien —dijo Gowri. Soltó mi mano y volvió a su asiento, se puso a charlar con una mujer que debía de rondar su edad.

La madre de Ganesh tenía razón, había adelgazado cinco kilos en las últimas semanas. Estaba tan baja de moral que apenas tenía hambre.

—Prueba un poco de *toddo*, las chicas de mi familia han *trabajaddo* mucho y se van a ofender si los platos no se quedan *vasíos* —me dijo Ganesh.

Miré hacia la mesa y vi los grandes platos y cuencos que había encima, unos tenían grabados y los otros eran de cobre martilleado. Parecía un bufé libre, pero no reconocía nada de aquella comida. Entonces vi a Ratna, estaba sentada en el sofá junto a la mesa con Inma y Namgyal. Me miraba airada y al ver que yo también la estaba mirando me giró la cara.

—Tu hermana no se parece en nada a tu madre, parece que la haya criado otra persona —le comenté a Ganesh sarcástica.

Los tres se parecían físicamente, Ganesh, su madre y Ratna. Tenían esas facciones agradables y exóticas, el pelo negro y brillante y unos dientes blanquísimos. Pero Ratna era una borde, al menos conmigo, la ciruela agria de la caja.

—No le hagas caso. La ira es como una brasa *ardiendo* y quien se agarra a ella es quien se *quemma*. Ratna es la que sufre, no tú. Deberías sentir compasión por ella.

—Eso es del enterado ese de la sábana, ¿verdad?

Ganesh se rio como respuesta.

—Prueba algo, yo solo *pueddo* comer daal tarka —dijo.

—¿Eso qué es?

—Un guiso de lentejas. Es el único plato sin carne que hay, aparte de los *dulsas*.

—¡Esto está que te mueres, tía! ¡Pruébalo! —me gritó Inma con la boca llena. Estaba inclinada sobre un plato con pollo, tenía un muslo en la mano y la barbilla manchada de salsa.

Se me acercó y dijo:

—Toma. —Me pegó un muslo de pollo en la boca.

—Vale, ahora lo pruebo. No seas bestia. —Giré la cara y lo agarré por el hueso.

—Verás como te gusta. Es pollo tandoori —dijo Ganesh.

—No lo dudo. Es solo que me resulta incómodo que me abofeteen con comida.

Inma negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

Le di un bocado al pollo. Estaba muy sabroso, me gustó su sabor. Se notó que lo estaba disfrutando por mi sonrisa pero, de repente, sentí un picor horrible que me hizo apretar los ojos y hacer una mueca.

—¡¡¡Agua!!! —grité. No podía soportarlo. La boca me ardía, estaba a punto de sufrir una autocombustión.

—Sí. Venga, hala... ¡Traed también una botella de oxígeno y unas mantas! —gritó Inma—. Qué exagerada eres, por favor.

¿Exagerada? ¡Aquel pollo picaba como su puñetera madre!

No me notaba la lengua, la tenía lacia... ¡Me había dado un parálisis!

—¡No *buedo* hablar! —balbuceé.

—Mírala, cinco minutos aquí y ya habla como ellos —dijo Inma.

Miré a mi alrededor abanicándome la boca. Todo el mundo se estaba riendo de mí, sobre todo Ratna. Ella estaba disfrutando mi sufrimiento más que nadie, soltó una carcajada y me miró maliciosa.

—Dale un bocado a esto y *enseguidda* se te pasará —dijo Ganesh divertido. Me ofrecía algo redondo con un pétalo encima que parecía estar mojado.

—No. ¡Quiero agua, por favor! —dije desesperada.

—El agua hará que la lengua te arda *toddavía* más. *Nesesitas* esto.

Me retiré un poco de él y dije:

—No me fío. ¿Qué es?

—¿No te fías de mí? Yo nunca te haría daño... —dijo dolido.

Lo miré y me pareció sincero, así que agarré lo que me ofrecía y le di un bocado.

—Oye, pues está bueno. —Asentí con admiración y me zampé el resto del dulce.

—Es un gulab jamun, una masa frita *mojadda* en almíbar y agua de rosas.

—Vaya, suena precioso.

Ganesh me miró con una sonrisa. Lo observé intrigada porque parecía haberse quedado en trance, pero de repente forzó una desconexión.

—¿Qué lleva ese pollo? Picaba muchísimo —dije.

—Cayena. Solo era un poco de pimienta cayena, nada que te *puddiera* matar.

—Ya, ahora entiendo por qué te gustó tanto el pisto de Inma.

Un poco de pimienta, decía, si estuve a punto de que me saliera ardiendo el pelo del bigote.

—¿Qué tenía de malo mi pisto? —dijo Inma. Se había acercado a la mesa y había vuelto con más comida—. ¡Rana! —le gritó—. Hizo el mismo gesto que en el centro de estética de Ivanka, levantó un dedo y ladeó la cabeza sonriendo—. ¿Quién canta esto, un Manolo Escobar hindú? —

Caminó hacia el sofá y se tiró de culo en él, disfrutando al máximo de estar allí.

—¿Ya estás mejor? —me preguntó Ganesh.

—Sí, ahora sí. Vuestra comida está muy buena, pero es demasiado picante para mí.

—En la India todo es así, está llena de chispa y de color.

Le sonreí y él me guiñó el ojo.

Observé de nuevo la decoración. Vi cómo la gente charlaba feliz, con la alegre y exótica música de fondo. Nadie parecía tener problemas, y si los tenían los ignoraban, estaban viviendo tan solo el momento. Ganesh tenía razón, el ambiente de su cultura era tan vibrante que ni siquiera había echado de menos a Edu desde que llegué. Me sorprendí, porque empecé a sentirme más animada que en mucho tiempo.

## CAPÍTULO 19

—Feliz Diwali —le deseé a Ganesh.

—Tienes suerte. Este año *selebrarás* el año nuevo dos veces.

—Supongo que sí. Debo de ser una chica afortunada.

Apoyé los brazos sobre el muro del terrado y sonreí mirando los tejados. Me lo estaba pasando bien, había llegado a integrarme con todos los invitados de la fiesta a excepción de Ratna, pero agradecí que hubiéramos subido allí para hacer un descanso. Alguien había subido el volumen de la música y unos cuantos estaban bailando. Había un jaleo impresionante, sonaban palmas y escandalosas risas y ya llevaban así como una hora. Era sábado, pero no entendía cómo los vecinos no se habían quejado.

—Tu tío Varun es un bailongo. ¿Cómo se sujeta el turbante? No entiendo cómo no lo ha perdido ya con esos meneos —dije divertida.

A Ganesh le hizo gracia mi comentario.

—Tenemos un pegamento *especial*, es mucho más fuerte que el vuestro porque está hecho con excremento de gallina. Nunca habrás visto a una sola gallina agachándose para aliviarse. Es porque saben que si otra gallina las empujara con las patas y las *hisiera* caer nunca podrían despegar el culo del suelo.

Eché la cabeza hacia atrás y lo miré asombrada.

—¡Anda ya! —dije riendo.

—¿No me crees? —me preguntó.

—¡No!

Por supuesto que se lo había inventado, acababa de echarse a reír.

Suspiré y apoyé la barbilla en mis manos. Desde allí había unas vistas muy comunes, pero esa sencillez me parecía bonita. Estábamos rodeados de bloques de pisos, de antenas de televisión y de ropa tendida; pero nunca había visto mi barrio desde esa altura y disfruté contemplándolo en la intimidad.

—Hoy se ven las estrellas —dije. Levanté la cara y las admiré.

—Sí. El Diwali *empiesa* con la luna nueva y es la noche más oscura, por eso las puedes ver. Lo llamamos el festival de las *luses*, nosotros *ensendemos* pequeñas lámparas y el universo *hase* lo mismo, *ensiende* las estrellas.

—Oh... Eso ha sonado muy bonito.

—Sí. Tan bonito como este traje, pero me tira del escroto.

—¿Qué?! ¿Has dicho escroto? —Solté una gran carcajada, no me lo podía creer.

—Los indios también tenemos, ¿*sabbes*? No llevamos los testículos en una bolsa del *supermercaddo*.

Me fui agachando agarrada al muro, muerta de risa, hasta que mi culo estuvo a punto de dar con el suelo y me solté. No podía tenerme en pie, me hizo tanta gracia lo que dijo que me quedé floja.

—¡Yo pensaba que los llevabais en una bolsa del badulaque! —dije como pude.

Ganesh tampoco podía contenerse, ya se estaba riendo tanto como yo.

—Eso lo has *oído* en *Los Simpson*, ¿*veredad*? El badulaque de Apu. Pero no significa lo que crees, un badulaque es una persona *nesia*.

—¿Sí? Bueno, al menos reconoce que hablas igual que él, y también que tu paki es casi igual.

—Un poco, sí —dijo riendo.

Se sentó en el suelo junto a mí y apoyamos la espalda en el muro. Ganesh puso las muñecas sobre sus rodillas y jugó con un hilo del puño de su casaca.

—Me imagino por qué te tiran los pantalones. Te los has arreglado tú, a que sí.

Se rio en silencio sin mirarme, su cara de pillo me hizo reír a mí también.

Ganesh me estaba cayendo genial. Había empezado a descubrir que ese chico al que al principio evitaba —y que a veces me enervaba— tenía cosas geniales. Parecía inteligente, era amable, sensible y tenía un punto travieso que me divertía. Lo único que fallaba en él eran sus horribles chanclas de natación, y que era un chapuzas. Pero eso último no era tan grave, para las reparaciones ya estaban los electricistas y los fontaneros.

—Llevo un imperdible en la cremallera, lleva *todda* la noche clavándoseme en esa *sona* tan delicada. Pero ya me he *acostumbrado*, casi no lo siento.

Solté otra ruidosa carcajada.

—¿Nunca has tenido novia? —le pregunté.

Me miró asombrado.

—Claro. ¿Por qué no debería haberla tenido?

—Oh, no quería ofenderte. Es solo que no conozco cómo funciona tu cultura. —Me sentí fatal por haberle preguntado eso, me acababa de comportar igual que Inma.

—No me has *ofendido*, solo me ha *sorprendido* tu pregunta. Te nombro la cremallera de mi pantalón y automáticamente piensas en sexo —bromeó.

—¿Qué? No iba por ahí —me defendí riendo.

—Me alegro, porque eso nos lo *tomamos* muy en serio en mi país. Somos puros hasta que nos casamos, ni siquiera nos está *permitido* mirarles las ubres a las vacas.

—Ya... —dije asombrada—. Para vosotros las vacas son sagradas, ¿verdad? Me imagino que debe de ser el equivalente a mirar bajo el refajo de la Virgen.

Ganesh apretó los labios, pegó la cabeza al muro y se empezó a descujar. —

—¿Te estabas quedando conmigo? ¡Prepárate, te voy a denunciar a inmigración!

Le di un pequeño empujón y me eché a reír con él.

Estuvimos un rato así, cada vez que parecíamos recomponernos nos mirábamos y nos volvía a entrar la risa. Me encantó volver a sentir agujetas en el estómago, como la vez que me reí tan a gusto con él en la cocina de mi casa.

—El amor es universal. En la India la gente también se enamora —dijo cuando conseguimos ponernos serios—. Hay besos. Cariño. Hay pasión...

Giré la cara hacia él y descubrí que me estaba mirando. Se había quedado en silencio, pero parecía querer decirme algo sin palabras. De repente, sentí una atracción, una fuerza invisible que me empujaba hacia él. Ganesh debió de sentir lo mismo porque me di cuenta de que nuestras caras estaban cada vez más cerca. Nuestros labios casi se rozaron, pero hubo algo nos hizo echarnos rápidamente hacia atrás.

—¡Qué hacéis aquí! ¡Hace un frío que pela! —gritó Inma.

Ganesh meneó la cabeza para apartarse un mechón de su flequillo que le había caído sobre un ojo.

—Estoy descansando los oídos, se me estaba descolgando un tímpano —dije.

—Os habéis perdido la demostración de karate de Marcial —dijo divertida—. ¡Casi me meo encima! Ha querido hacer una especie de molinillo volador y el turbante le ha salido disparado. ¡Ha caído en las lentejas! —Se agarró el estómago y se dobló hacia adelante riendo histérica.

—¿Otra vez? —dijo Ganesh—. Mi *cuñado* no gana para turbantes, va a tener que pasarle los

tiques de compra a Jean-Claude Van Damme.

—Son gajes del oficio, que se los desgrave en la declaración de la renta —dije riendo.

Inma se refregó los brazos sobre su vestido de punto.

—Ay, yo me voy abajo. Aquí hace mucho frío —se quejó.

Ganesh me miró y dijo:

—Sí... Seguro que estás *heladda*.

Se levantó y me ofreció su mano para ayudarme a ponerme de pie. Todavía estaba un poco confundida por lo que había sentido hacía un momento. Bajé las escaleras detrás de él y, a medio camino, se giró hacia mí. Sentí que me besó, que me estrechó entre sus brazos sin ni siquiera tocarme. Vi en sus ojos algo chispeante que nos conectaba. Fue extraño darme cuenta de que nada me habría gustado más, de que no habría puesto ningún impedimento si hubiese subido los tres escalones que nos separaban y me hubiera besado de verdad.

## CAPÍTULO 20

Miré a través del cristal de la puerta de la sala de las máquinas y sacudí lentamente la cabeza. Edu estaba tumbado bocarriba levantando pesas, con la camiseta sudada y resoplando por el esfuerzo. No entendía cómo se preocupaba tanto por su cuerpo y tan poco por su inteligencia emocional. ¿De qué le servían esos bíceps aparte de para fardar? No ganaba nada con eso porque en cuanto lo conocías te defraudaba, te dabas cuenta de que no tenía ni una pizca de empatía. Aquel día por la mañana me había dejado plantada, habíamos quedado a las diez en una cafetería cerca de su trabajo y me tuvo esperándolo casi una hora. Solo entonces se le ocurrió enviarme un WhatsApp. No podíamos vernos, tan solo iba a poder desayunar algo rápido en su despacho, me escribió. Estaba muy cansada de Edu, que estuviera enamorada de él no quería decir que fuera tonta. Sabía que debía encontrar la manera de olvidarle, aunque tuviera que seguir tropezando con él cada día.

—¿Qué estás haciendo aquí —me exigió responder Jordi.

Me giré despacio y lo miré con cara de asco.

—¿No lo ves? Estudio el campo gravitatorio terrestre.

Jordi frunció el ceño.

—¿Eso qué es? ¿Intentas volvérmela a pegar?

—¿No sabes qué es el campo gravitacional de la tierra? —Me tapé la boca fingiendo que se me escapaba la risa.

—Sí sé lo que es, ¿vale? —dijo ofendido—. Es el rollo ese de los polos.

—Claro. ¿De naranja o de limón?

—Son blancos, así que serán de la mala leche que me entra cuando te veo gandulear.

—Estoy en mis quince minutos de descanso. A la única persona que veo dando vueltas por aquí sin hacer nada es a ti —le dije.

—Yo controlo esto. —Se dio un golpe en el pecho—. Hago de relaciones públicas, hacer sentir importantes a los clientes es bueno para el negocio.

—Ya... No lo dirás por el tufo que les dejas en el váter cada vez que entras. ¿Eso qué es, un regalo de fidelización?

—Fibra. ¡Eso es fibra! —dijo apuntándome con el dedo—. Lo que tú deberías comer en vez de hincharte de porquerías.

Qué absurdo era, por favor. Y pensar que mi salario dependía de él.

Sacudí la cabeza intentando salir de aquella escena del día de la marmota.

—¿Cuánto tiempo llevamos hablando aquí? —le pregunté.

—¿Eh? Y yo qué sé —dijo con desprecio.

—Es para calcular los minutos de descanso que he consumido por tu culpa. ¿No pensarás que te los voy a regalar?

—¿Qué estás diciendo.

—Es lo que hay. A ti no te doy ni un segundo de mi tiempo. Si te parece mal, la próxima vez no me hables.

Eché a andar hacia la máquina expendedora y saqué un refresco. Solo había sin azúcar, no me hacían demasiada gracia, pero me apetecía pasearme por allí para cabrear a Jordi. Cada día nos llevábamos peor. El incidente con Ruth me había proporcionado quince minutos diarios para hacer

una pausa, pero también había provocado que Jordi me odiara todavía más.

Calculé los minutos que Jordi me había entretenido con sus idioteces y los sumé a los que me pertenecían. Cuando llegó la hora fui a la recepción y me senté en mi silla. Suspiré resignada y ordené los folletos informativos que había sobre el mostrador.

—¡Viva la Perestroika!

Levanté la cara sorprendida.

—¡Ivanka! —exclamé.

Entró con una mochila colgada al hombro. Llevaba unos pantalones de camuflaje, una cazadora negra de plumón y un gorro de lana del mismo color; parecía que iba a trabajar a un almacén.

—Dónde estar sitio de pesas.

—Un hola al menos, ¿no? —le dije—. ¿A qué has venido? ¿Vas a hacerle las uñas a alguien?

Me resultó muy extraño verla allí. ¿Había hecho alguna especie de trato con Jordi? ¿Le había cedido una sala para que hiciera sus trabajos de estética a cambio de una comisión? Si era así, ¿cómo había surgido el tema? ¿Y de qué se conocían?

—Yo apuntarme esta mañana a gimnasio —me dijo.

—¿Qué? ¿Cómo te ha dado por ahí?

Ivanka separó los pies y se subió los pantalones. Estaba casi segura de que eran de su novio, me parecía recordar habérselos visto puestos una de las veces que había tenido un permiso penitenciario.

—Ivanka ya estar aquí. Tú no preocuparte por nada.

Fruncí el ceño y la miré recelosa.

—¿Qué quieres decir...? —le pregunté.

Resopló aburrida.

—Mirar a ti, tú estar patética. Tener toda la cara de Konstantín Tsiolkovski.

—¿Sí? No sé quién es ese, pero será porque está tan asustado como yo.

Aquello me olía mal, muy mal, Ivanka acababa de remangarse las mangas de su cazadora en actitud combativa.

—¡No, tú *pareste* a él por tu bigote! ¿Cuándo pensar en quitártelo? Tú no tardar mucho más, Gema, o tú tener que ir a barbería del moro a afeitarse con espuma y navaja.

Puse la mano bajo mi nariz y miré a mi alrededor. ¿Tanto vello tenía? No estaba segura, en mi cuarto de baño no había demasiada luz.

—Dejemos a mi bigote en paz y volvamos al tema que importa —le pedí.

—Por Alekséi Nikoláyevich, si tú *pareser* que tener ahí un conejo —dijo impresionada. ¿No darte vergüenza a ti? En pueblo mío había señora como tú, cuando ella morir hijo suya *haserse* un gorro con su mostacho para ir a *casar*.

—¿Quieres parar ya?! —Estaba intentando liarme, despistarme con lo del bigote. No podía tener tanto, acababa de recordar que me lo había depilado hacía tres semanas como mucho. Ivanka tramaba algo—. Dime la verdad, ¿a qué has venido? —insistí.

—Yo decir a ti ya. ¡Apuntarme a gimnasio esta mañana! —Se cruzó de brazos y añadió—: Mira tú ficha mía, si no creerme.

La miré desafiante y tecleé su nombre en el ordenador. Solo encontré a una Ivanka y tenía apellido ruso, solo podía ser ella.

—¿Por qué no te has apuntado en el de nuestro barrio? Este te coge más lejos.

—Porque tú estar aquí. Tú ir a centro mío y yo ir a gimnasio tuyo. No sé por qué extrañarte tanto, es lo que *hasen amigas*. —Me miró dolida—. Tú, RoboCop, dónde estar sitio de pesas —le dijo a Jordi.

—¿Ni siquiera puedes dar indicaciones a los clientes? —me recriminó furioso.

—¿Quién ser este? —me preguntó Ivanka—. Oh, sí. Ya saber yo... —Se crujió los nudillos y se dirigió hacia donde Jordi le indicaba, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Me sentí indefensa. No podía dejar mi puesto de trabajo para vigilar a Ivanka, solo podía confiar en que tuviera algo de cabeza. No quería ni pensar que pretendiera hacer alguna tontería, esperaba que no me estuviera mintiendo y que le hubiera dado de verdad por ponerse en forma.

## CAPÍTULO 21

—¿Puedes cambiar de canal?

—¡Por qué! —gritó Inma. Se incorporó en el sofá como si tuviera un muelle en la espalda, mirándome asustada.

—Porque estás dormida y no me apetece ver esta película. Dame el mando.

—No estaba dormida. —Se pasó la mano por la barbilla limpiándose la baba.

Unos segundos después, volvió a acomodarse en el sofá y los ojos se le cerraron ipso facto.

—Te estás quedando dormida otra vez —le dije.

La cabeza se le fue de lado y le rebotó sobre el hombro, estaba frita.

Me incliné de lado hacia ella y agarré el mando con sigilo. Tiré de él, pero justo antes de tenerlo en mi poder Inma volvió a incorporarse de repente.

—¡Qué haces! —exclamó. Me miró con los ojos de un búho.

—¿Qué voy a hacer? Intentar coger el mando a distancia, tú estás como un tronco.

—Eso no es verdad, estoy escuchando los diálogos.

—¿Qué diálogos? Si estamos viendo *Testigo mudo*, la protagonista no puede hablar.

—¿Qué? ¡Yo no estaba viendo esa película! —dijo sorprendida—. Seguro que la has cambiado, iba por lo más interesante de *Titanic*.

Si lo llego a saber me habría quedado en la bañera una hora más, aunque al salir me hubieran tenido que inflar con un compresor de aire.

Acerqué mi cara a la suya, la miré furiosa y le dije:

—Al final él muere. ¡La diña! ¡La palma! Se congela y hacen pastillas de caldo con él. Y todo por culpa de ella, ¡él no cabe sobre la tabla porque la muy egoísta se espatarra!

Inma soltó el mando de la tele y se abrazó a un cojín.

—¿Por qué me lo has contado? —me preguntó sobrecogida.

—Porque no la estás viendo, y todo el mundo sabe cómo acaba menos tú.

—No te creo. Leo no puede morir...

—Era su día. ¿Qué quieres que te diga? Todos vamos a irnos al otro barrio.

—Eso debería hacer yo, cambiarme de barrio y compartir piso con alguien más sensible que tú —me soltó.

Encima.

—Oye, ¿qué hacíais tú y Ginés en su terrado la otra noche? —dijo cambiando de tema, de repente de lo más animada.

Di un respingo y le aparté la mirada.

—Nada. ¿Por qué?

Seguía desconcertada con ese asunto. Cada vez que tenía que salir de casa bajaba la cara en el instante que pisaba la acera. Me inquietaba cruzarme con Ganesh, no sabía cómo comportarme con él después de lo que estuvo a punto de pasar entre los dos.

—Es muy majo, a mí me encanta —dijo Inma.

—Sí, claro, lo es —contesté, intentando sonar natural.

—Está enamorado de ti.

—¡¿Qué?! —exclamé.

—Venga ya, no me digas que no lo has notado. Tiene celos de Edu, y no puede ser más atento

contigo. Incluso quería que su familia te conociera, está loco por ti.

El pulso se me aceleró. No quería oír nada de eso. No sabía qué me había pasado exactamente la noche del Diwali con Ganesh, por qué había sentido esa atracción por él. Me parecía un chico genial, pero ahí quedaba la cosa, no necesitaba más problemas del corazón.

—Tengo pareja, Inma. No puede ser.

—Deja de engañarte, no tienes pareja. Edu está casado y nunca se va a divorciar.

Me dolió que me lo dijera, aunque yo imaginara que era la verdad. No hacía falta que Inma fuera tan sincera, yo ya me flagelaba lo suficiente.

—No importa lo que haga Edu, el problema es lo que siento yo —dije.

—Pues deja de sentirlo, puedes hacerlo. La mancha de mora con mora se quita.

Negué con la cabeza y dije:

—No, no, no. No voy a hacer igual que tú.

—Pues eres tonta. Puede que no consiga conocer al hombre adecuado, pero, ¿sabes qué? Que me hincho de chingar. Algunos no lo hacen tan mal, incluso te sorprenden.

—Toma. —Le pasé el mando de la tele—. Pon *Titanic*. ¿No querrás perderte cómo muere Leonardo DiCaprio?

—¿Para qué, si ya me lo has contado? ¿Crees que me apetece verlo estirando la pata? Soy poco exigente con los hombres, pero, desde luego, no soy tan morbosa.

—No muere de verdad, Inma. ¿Qué más da?

—Es el hecho en sí, Gema. Es el hecho. Miles de personas viajando en ese barco y de todos ellos tenía que morir él.

El timbre de abajo sonó.

—Qué ganas de dar por saco. ¿Tienen que repartir publicidad hasta en domingo? —me quejé.

—Ah, ya está aquí Ginés —dijo Inma.

—¿¿Qué??

—Ginés —repetió—. Viene a traernos una nevera, la va a subir con Marcial.

—¿Una nevera? ¿Con Marcial? ¿De qué estás hablando? —Me puse tan nerviosa que llamé a Namgyal como ella.

—¿Por qué te pones siempre tan histérica cuando no entiendes una situación? Hija, no es tan grave ni tan complicado. Su tío Varun se ha comprado una y ha sido tan amable de regalarnos la que tenía.

Le giré la cara y miré la nada boquiabierta.

—Voy a abrir la puerta, ya que en ti no detecto intención. Después querrás meter tus lacas de uñas en nuestra nueva y fantástica nevera. Como vea un solo bote entre los huevos, me lo quedo. —Se dirigió a la puerta con decisión, pero antes de salir del salón se señaló los ojos con dos dedos y los apuntó hacia mí.

Meneé las piernas nerviosa, me rasqué la cabeza y busqué diferentes posturas para colocar las manos. Iba a encontrarme con Ganesh por primera vez desde el día en que casi nos besamos y no sabía cómo manejar el tema. Ya podía oír jaleo en la escalera, voces altas en otro idioma que competían por dirigir la operación. El encuentro era inminente, en un instante cruzaría la puerta y lo tendría frente a mí. Sabía que algún día tenía que ser, pero no podía evitar sentirme incómoda.

Vi asomar la nevera por el pasillo, y con ella un turbante. Alguien la llevaba tumbada sobre su espalda. Era Varun, el tío de Ganesh.

—¡Gollum, pero qué fuerte estás! ¡Eres igual que el Increíble Hulk! —exclamó Inma.

Me levanté y miré la escena preocupada. Ese hombre iba a morir aplastado. Varun era un hombre bajito y enclenque, muy poca cosa, su turbante abultaba más que él.

—No tiene tanta *fuersa*, nosotros la tenemos *agarradda* por detrás. El *primmo* Jean ya la tendría *enchufadda y funsionando* —dijo Namgyal.

—¡*Argghhh*, uh! —exclamó Varun. Hizo un súbito levantamiento de la nevera con su espalda. Tuve miedo de que le fallaran las rodillas y quedara como una masa de pizza.

—¿Dónde la dejamos? —preguntó Ganesh.

Lo miré fugazmente y bajé la cara. No era mi intención, pero sonreí. Sentí una mezcla de emoción y timidez que ni yo misma comprendí.

—Dejadla en el salón, todavía no hemos sacado la nevera vieja —dijo Inma.

Ganesh y Namgyal le quitaron a Varun la nevera de encima, la pusieron de pie y la empujaron hasta la pared.

Observé la nevera asustada, estaba peor que la nuestra. Parecía de tercera mano, estaba amarilla y tenía las esquinas desconchadas. Namgyal empujó la puerta del congelador un par de veces y vi que no se cerraba.

Inma dio una palmada y dijo satisfecha:

—Bien, ya tenemos nevera.

No me lo podía creer. ¿Es que nadie veía cómo estaba? ¿Era yo la única que se daba cuenta de que aquella nevera estaba para tirarla?

—A lo mejor no nos cabe en el hueco de la otra, esta es más ancha —dije.

—No. Estoy segura de que es igual —dijo Inma.

—Qué va, esta es muchísimo más grande —insistí. No sabía cómo decirle a Varun que no la quería sin ofenderle.

—Pero si incluso es de la misma marca que la nuestra. Son iguales —dijo Inma.

—Que no, esta mide diez centímetros más por lo menos —me inventé.

Varun se acercó a la nevera y comenzó a medirla a palmos.

—¿Dónde está la *cosina*? —preguntó.

Inma encabezó el camino y todos fuimos detrás.

Paré delante de la puerta del salón para que Ganesh saliera antes que yo, quería ir detrás de él para que nuestras miradas no se cruzaran, pero no íbamos tan separados y el balanceo de su brazo al caminar hizo que su mano rozara la mía. Me sobresalté y retiré la mano con rapidez. Él me miró sobre su hombro con una sonrisa. Le sonreí de manera escueta y lo dejé caminar delante con más distancia. Ese día el jersey le pegaba con las chancas, era de rayas gruesas azul marino y blancas. Pero llevaba un vaquero negro que le quedaba muy bien y, como siempre, su aire medio hortera, medio actual me aturdió.

Cuando me asomé a la cocina Varun estaba midiendo nuestra nevera con el mismo método rudimentario de antes, a palmos, y lo vi asentir convencido.

—¿Ves? Son iguales —me dijo Inma.

Me crucé de brazos y suspiré. Lo único que podía hacer era fingir que quería la nevera de Varun y deshacerme de ella de madrugada, con nocturnidad y alevosía.

—Ese grifo es muy corto —observó Varun. Se acercó al fregadero y lo abrió. El agua salió por el trozo de manguera verde que tenía empalmado y le salpicó el jersey, provocando que se echara de repente hacia atrás.

—Lo puso Ginés, es muy apañado —le comentó Inma.

—Pero no va bien aquí, es para lavarse los bajos —dijo Varun.

—Estaba en el local cuando lo *alquilamos*. Pero aun así es mejor que el que tenían, al menos *funsiona*, el otro estaba tan *oxidado* que no se podía abrir —le explicó Ganesh.

—*Puedde* ser, pero se puede *haser* mejor —dijo Varun.

—¿Qué *esperabbas* de tu sobrino? Pegó la tira de papel que faltaba en el *resibidor* con agua y harina —le dijo Namgyal.

—Pero está bien sujeta, ¿*veredad*? Pues eso es lo único que debería importar —dijo Ganesh. No muy convencido, por cierto, agachó la cara para que no le viéramos reír.

Varun continuó inspeccionando la cocina. Detectó las dos puertas medio descolgadas de los armarios y las abrió para mirar las bisagras. Después pasó la mano por los azulejos rotos y remendados de la zona del fregadero.

—¿Esto también lo has hecho tú? —le preguntó a Ganesh.

Él alzó un instante los hombros y dijo:

—Sí, pero ya estaban rotos, y no tenía otros iguales para *reemplazarlos*.

Observamos los azulejos en silencio y, como cada treinta y siete minutos y doce segundos exactos, la nevera comenzó a emitir su sonido aterrador: un sutil y amenazante «piii» que se elevó hasta convertirse en una especie de alarma nuclear.

—¡Todos a cubierto! —gritó Inma.

Namgyal se pegó a la pared con los ojos fuera de las cuencas y Varun dio un salto con su enclenque cuerpo desde el fregadero hasta la ventana; el turbante se le ladeó.

Inma se dobló hacia adelante y juntó las rodillas muerta de risa.

—Era broma. ¡Es inofensiva! —dijo entre carcajadas—. Pero te queda poco de vida, guapa... —amenazó a la nevera—. Al final hemos sido nosotras quienes hemos acabado contigo.

Varun se colocó bien el turbante, todavía con la cara descompuesta, y volvió a acercarse a nosotros.

—Os diré lo que *haremmos*. Voy a *haser* una lista con las cosas que *nesesito para* arreglar este desastre y las vais a ir a comprar. Cuando termine, no *reconoseréis* vuestra *cosina* —nos dijo.

No... No quería que lo hiciera. ¡Era una locura! ¡Si ni siquiera era capaz de darse cuenta de cómo estaba su nevera!

—¡Hecho! —respondió Inma.

—No hace falta, de verdad —intervine rápidamente—. Además, en este momento nos va mal gastar dinero. Dentro de nada será Navidad, es época de hacer regalos.

—¡No vais a gastar tanto! —exclamó Varun. Hizo una mueca de despreocupación—. Solo *nesesito* un grifo y alguna cosa más. Confíad en mí, he construido muchas casas.

—¿Qué clase de casas? —pregunté desconfiada.

—El tío Varun ayudaba a gente sin recursos en mi país. No era mucho, pero al menos tenían cuatro paredes *torsidas* entre las que cobijarse —dijo Ganesh.

Íbamos a tener la cocina de una barraca, ahora de verdad...

—Esta cocina no es nuestra, Varun. Te agradecemos tu buena intención, pero el piso es de alquiler, cualquier día de estos ya no estamos aquí —dije apresurada.

—¿Piensas mudarte? —me preguntó Inma—. ¿Desde cuándo llevas planeando abandonarme? ¿Qué te hecho yo? —dijo dolida.

—No es eso, Inma. Lo digo porque algún día progresaremos, ¿no? —respondí.

Inma me miró recelosa, se cruzó de brazos y dijo:

—Haz esa lista, Gollum. Yo compraré lo que necesites. Puede que Gema se vaya, pero yo no tengo planes de moverme de aquí en mucho tiempo.

Era obvio que me había malinterpretado y, conociendo lo dramática que era, no sabía cómo la iba a convencer de que solo había dicho eso para que Varun desistiera de arreglar los desperfectos de la cocina. En realidad Inma y yo estábamos condenadas a vivir juntas, los

alquileres en Barcelona eran carísimos, no se podían pagar y además comer con un solo sueldo.

—Dame una hoja y un *lapisero* —le pidió Varun.

Inma me lanzó una última mirada triste y salió de la cocina.

—*Hasía* días que no te veía —me dijo Ganesh.

—¿Qué? —Me había quedado ausente, mirando el vacío que había dejado Inma. Era buena persona, y también buena amiga. Sus locuras puntuales no eran un gran problema, a veces incluso me resultaban divertidas. Quizá era demasiado dura con ella.

—*Desía* que no te he visto por el barrio en varios días —dijo Ganesh. Me sonrió como si le hiciera ilusión tenerme delante por fin.

—Oh... Sí, es verdad. He tenido horario partido y salía de casa muy temprano.

Eso no era del todo cierto. Había hecho horario partido un par de días, pero Ganesh no me había visto porque salía disparada de mi portería para que no pudiera hacerlo. Sin embargo, yo sí que lo había visto a él una vez. Me disponía a salir un mediodía cuando lo vi detrás del cristal de El Paki. Estaba de perfil, barriendo el suelo, y me quedé mirándolo en secreto. Tenía la cara agachada y el flequillo le colgaba frente a los ojos. Su mona expresión de concentración me hizo sonreír.

—Aquí solo falta un poco de agarre para los tornillos, es *fásil* de arreglar —le estaba diciendo Varun a Namgyal. Había abierto una de las puertas del mueble que había que reparar y Namgyal se acercó a observarla con interés.

—¿Qué *hases* esta tarde? —me preguntó Ganesh.

—¿Qué? —Me hice la tonta para ganar un poco de tiempo. Estaba segura de que iba a invitarme a salir y no sabía qué excusa inventarme para rechazarlo con delicadeza.

—¿Te gustaría tomar un café? No sé, *quisá* podríamos ir a esa cafetería nueva que han abierto en la *plasa*.

—Ya, eso estaría bien, pero... hoy tengo cosas que hacer —contesté.

—Oh, claro. No había pensado que habrías *queddado* con tu novio. —Me apartó la mirada desilusionado.

Con mi novio...

Ni de lejos era Edu nada de lo que implicaba esa palabra. No salíamos juntos a ninguna parte, no podía contar con él cuando le necesitaba y desde que Ruth apareció en escena ni siquiera nos habíamos dado un simple beso. Era como si lo que fuera que habíamos tenido estuviera en pausa, aplazado hasta nuevo aviso, aunque en el fondo yo sospechara que nunca lo íbamos a retomar. No entendía a qué estaba jugando Edu, por qué fingía que no quería perderme.

—No he quedado con él, en realidad no me encuentro bien —murmuré.

Ganesh me miró comprensivo, como si conociera mi historia de cabo a rabo sin que se la hubiera contado. Incluso me pareció ver compasión en su cara. Apretó los labios y asintió, diciéndome sin palabras que no me angustiara más intentando excusarme.

—No pasa *nadda*. Solo era una idea —dijo.

—Lijas. Que no se te *olvidden* las lijas. Van a *pareser* nuevas —le estaba diciendo Varun a Inma.

—Gollum... no sabía cuánto te necesitaba hasta que te he conocido —le dijo ella.

—Me voy. Ratna está mirando *hasia* aquí con una cara que me da *mieddo* —dijo Namgyal. Estaba mirando a través del cristal de la ventana, un poco retirado para no ser visto desde fuera.

Me acerqué a él y eché un ojo a la calle a una distancia prudente. Ratna estaba en la puerta de El Paki mirando hacia mi piso, tenía los labios fruncidos y las manos en las caderas. ¿Qué le pasaba conmigo? Me había cogido una manía totalmente injustificada.

—No le gusta *hacerse* cargo de la tienda. Si no volvemos ya, es *capás* de bajar la persiana — dijo Ganesh.

—Tendrá las hormonas revolucionadas, como está embarazada —dijo Inma.

Namgyal la miró de repente y exclamó:

—¿Qué?!

Ganesh y él se miraron pasmados. A juzgar por sus caras, era la primera noticia que tenían sobre el tema.

—¿No os lo ha dicho? Bueno, pues nada, ya lo sabéis —dijo Inma.

Me froté la frente y negué con la cabeza. ¿Cómo podía quedarse tan ancha después de destriparle a Ratna esa importante sorpresa? ¿Le parecía normal que fuera ella, alguien del barrio a quien solo había visto un par de veces en su vida, quien le comunicara a su marido que estaba embarazada?

—¡Felicidades, Marcial! —exclamó con alegría. Le dio unas palmadas en la espalda—. Entonces tampoco sabías que va a ser niña. ¿Cómo la vais a llamar?

Al oír esa nueva noticia, Namgyal se volvió a sobresaltar.

—No lo sé... —musitó. Miró al suelo asombrado—. Bianca... ¡La llamaremos Bianca! La hija del *primmo* Jean se llama así.

—¿No te *parese* que somos *sufisientes* de familia? ¿Por qué te buscas otro primo? —le dijo Varun.

Namgyal, Varun y Ganesh iniciaron su retirada. Inma los acompañó a la puerta y yo los seguí de brazos cruzados, a unos pasos por detrás. Ganesh se giró en el descansillo de la escalera y me miró con una triste sonrisa. Se iba decepcionado, supe que había esperado algo más de mí.

## CAPÍTULO 22

—¿Qué estás haciendo, Inma?

—Tú qué crees. Alguien tiene que intentar que las cosas vayan mejor en esta casa.

Fue seca y cortante, ni siquiera me miró.

—No vas a poder, esa nevera pesa una tonelada —dije.

—Tú siempre con el no por delante. Quizá sea mejor que te vayas pronto del piso, no creo que me convenga vivir rodeada de tanta negatividad.

Se iba a descoyuntar. Estaba de rodillas sobre la encimera intentando empujar la nevera desde la parte trasera y su cuerpo estaba tenso. Tenía las mangas del jersey subidas y se le marcaban los tendones de los brazos, lo mismo le pasaba en el cuello. La mandíbula la tenía apretada y su cara estaba roja por el esfuerzo.

—No voy a irme, solo intentaba que Varun no dejara la cocina peor de lo que está.

Inma bajó de la encimera, se retiró el pelo de la cara y puso los brazos en jarras.

—Esta cocina nunca podrá estar peor de lo que está. Y no conoces a Varun de nada, pero tú nunca le das a la gente un voto de confianza —me soltó.

Era la primera vez que llamaba a Varun por su nombre, que se hubiera puesto tan formal me hizo saber que la discusión iba en serio.

—Es verdad, no lo conozco. Pero la nevera que nos ha dado debería darte una pista de lo que va a hacer —dije.

—La nevera que nos ha dado no hace el ruido infernal que hace la nuestra —replicó, levantando un dedo entre las dos—. Como siempre, prefieres quedarte con lo malo que probar algo nuevo que es mejor. Yo quiero una nevera fea que funciona, mientras que tú te conformas con un trasto inservible solo porque luce más.

Me quedé algo desconcertada. Visto así, no le faltaba razón.

—Pero la puerta del congelador ni siquiera cierra. ¿No te has dado cuenta? —le pregunté.

Inma salió de la cocina y se dirigió con paso decidido al comedor. La seguí, y al llegar allí vi que tenía algo grande y cuadrado en la mano.

—Es el cajón de las verduras. Era tan fácil como sacarlo del congelador para que la puerta cerrara. —Lo metió en la nevera y volvió a la cocina.

Volví a seguirla hasta allí.

—Vale, Inma. Está bien. Déjala, pediremos ayuda para tirarla y nos quedaremos la de Varun.

No me hizo caso, estaba tan enfadada que no me quería escuchar.

—¿Me has oído? —le recliné, empezando a encenderme yo también.

—No es solo la nevera, Gema. Estoy harta de que me trates como si estuviera loca, siempre pones mala cara cuando me ves feliz. Lo único que intento es transmitirte energía positiva, hacerte ver que nada es tan importante como para que nos quite la sonrisa todo el día, pero tú te has amargado tanto que ahora reír te parece una tontería.

Yo no estaba tan segura de que pasar del llanto a la risa en cuestión de segundos fuera una cosa tan normal, si era eso a lo que se refería.

—No te trato como si estuvieras loca, es solo que esos cambios de humor que tienes son demasiado repentinos.

—Pues antes te hacían mucha gracia —replicó—. Es más, decías que envidiabas lo poco que

me dura un mal rollo. Y tú también tienes tus cosas, ¿sabes? No vayas a creer que eres Doña Perfecta.

La miré con la boca abierta. Fruncí el ceño y le dije:

—Yo aguanto de ti mucho más que tú de mí.

—Ah, ¿sí? ¿El qué? ¿Que te echo una mano siempre? ¿Que intento que en nuestra casa no se respire el ambiente de un tanatorio? No sé qué te ha pasado. Bueno, o sí, está claro que estar con Edu te ha vuelto tan aburrida y previsible como él.

—¿De verdad? O sea, que debería parecerme gracioso tener un grifo de bidé en la cocina. — No lo dije en broma, pero casi me río, un poco de gracia sí que tenía.

—Al menos se puede abrir —respondió.

—Y también debería haberme tronchado cuando le has contado a Namgyal que su mujer está embarazada.

—¡No sabía que Ratna no se lo había dicho! —se defendió.

—Encima le has contado que va a ser niña.

—Eso se me ha escapado, pensé que le haría ilusión. Y se ha ido contento, no sé cuál es el problema.

—El problema es que no tienes filtro.

—¿Y el tuyo cuál es? —me retó.

La miré de medio lado, amenazante. Estaba abriendo el mueble para coger la lata del café pero lo hice de manera demasiado brusca y me quedé con la puerta en la mano. Se acabó de descolgar, tuve que hacer equilibrios para que no se me cayera al suelo.

—¿Te parece poco? ¿Ves cuál es mi problema? —dije.

Inma agrandó los ojos, se puso la mano sobre la boca y comenzó a reír.

—La realidad supera a la ficción. ¿Has visto esa película de Tom Hanks, *Esta casa es una ruina*? —dijo divertida.

—Sí, la he visto. Predijo nuestro futuro. La cosa es que visto en la pantalla tiene gracia. —Yo también empecé a reír—. ¿Te apetecen unas tostadas? Somos dos, quizá podamos cazarlas antes de que se estrellen contra el techo.

—Pobre Ginés, hizo lo que pudo con la tostadora. Lo que cuenta es la intención.

Dejé la puerta del mueble apoyada en la pared, retiré una silla y me senté a la mesa. Suspiré aliviada, parecía que se había disipado la tensión que había habido entre Inma y yo.

—Deja de agobiarte por tonterías, anda —me dijo—. Esto no es tan grave, no tiene ni punto de comparación con lo mío.

—No te creo. ¿Qué es lo tuyo hoy? —le pregunté.

—El tío con el que salí anoche me robó la tarjeta de crédito.

—¿Qué? —Eché la cabeza hacia atrás.

—Estábamos cenando en un restaurante y me entraron ganas de miccionar. Cuando volví del lavabo se había esfumado con mi tarjeta. La anulé al momento con la aplicación del banco, no pudo gastarse ni un euro, pero te puedes imaginar cómo me sentí.

Inma se sentó frente a mí y la miré perpleja.

—¿Cómo te pueden pasar siempre esas cosas? —dije alucinada.

—No lo sé. Supongo que confío demasiado en la especie humana. —Juntó las manos sobre la mesa y bajó la mirada.

Sentí compasión por ella. Inma no tenía remedio, sabía que nunca aprendería.

—¿Por qué sigues empeñándote en tener pareja a toda costa? —le pregunté—. ¿No crees que serías mucho más feliz sola? No busques a los hombres para sentirte realizada, eso no es bueno.

Lo tienes todo para poder escoger, ellos deberían buscarte a ti.

—¿Crees que se provechan de mí? —me preguntó.

—Hombre... Un poco. Un montón. Sí.

—Es este cuerpo —murmuró—. ¿Por qué no habré nacido deforme? ¿O fea? ¡O mellada! Estoy demasiado buena, cuando los tíos me ven solo piensan en hacerme el acto sexual.

—Mellada naciste, los dientes te salieron después —le recordé.

—No tiene gracia, Gema. No tiene gracia —me reprochó—. ¿Has visto el salto que ha dado Gollum cuando la nevera se ha puesto a chirriar? —me preguntó justo a continuación—. ¡Casi me meo! ¡Con lo flacucho y bajito que es! Parecía un bicho de esos de silicona que los lanzas a los cristales y se quedan pegados —dijo muerta de risa.

El momento *drama queen* había expirado. La verdad es que la capacidad de recuperación de Inma era de admirar, ya la hubiese querido yo para mí.

—No me fio de Varun. Sabes que podemos acabar haciendo de comer en un hornillo de camping, ¿no? —le dije.

—¿Y qué? La cocina no es nuestra, que le den al dueño del piso.

—Mira, en eso tienes razón —admití.

—¿Lo ves? Bueno, una que se va a levantar el país —dijo poniéndose de pie.

—Muy bien. Hala, adiós. —Sacudí la mano en el aire y acabé haciéndole una peineta. A Inma le hizo gracia el gesto y se echó a reír.

Me quedé sentada en la cocina, observando el mueble que no tenía puerta. Veía la lata del café, me apetecía tomarme uno, pero las risas de Inma y darme cuenta de que lo que le pasara a la cocina no era mi problema me había animado. De repente, preferí que me diera el aire, tomarme el café fuera.

Me levanté y miré la calle a través de la ventana. Vi los pies de Ganesh cruzando de un lado a otro de El Paki. En un momento Inma se iba a trabajar, ¿qué iba a hacer en casa sola un domingo por la tarde? Fui a mi habitación, me cambié de ropa y antes de salir me di un toque de color en los labios frente al espejo del recibidor.

## CAPÍTULO 23

—Ese té es más apetecible que el que te hice yo.

—Claro, porque este es un té medio *desente*, lo que tú me diste era cualquier cosa menos eso —me dijo Ganesh.

—Eres muy desagradecido, me costó muchísimo encontrarlo —bromeé.

—Hubiese *preferido* que no lo encontraras, no sabes lo que me costó acabármelo.

Nos reímos un instante y la camarera apareció con nuestras tartas. La mía era de zanahoria y la de Ganesh de plátano, eran de esas de varios pisos bien recubiertas por encima que se comen con los ojos. En cuanto las vi expuestas en sus soportes con tapas de cristal supe que no iba a ser la última vez que aparecería por allí.

—¿Quieres probarla? —le ofrecí.

—No, *gracias*. He *vivido* en Londres el tiempo *suficiente* como para que el pastel de *sanahoria* me salga por las orejas. —Cortó un trozo de su tarta con el tenedor y al saborearla sonrió asintiendo, debía de estar tan deliciosa como la mía.

—¿Cómo acabaste allí? —le pregunté.

—¿En Londres? Mi tío Varun ya llevaba unos años *instalado* con su familia. Inglaterra es un país de oportunidades y el idioma nos *facilita* adaptarnos.

Fruncí el ceño confundida.

—El inglés es uno de los idiomas *oficiales* de la India. Mi país fue una colonia británica —me aclaró al darse cuenta.

—Oh... Claro. Vaya, así que hablas inglés.

—Sí. ¿Por qué te extraña?

Acababa de meter la pata, lo había subestimado mostrándole mi sorpresa.

—Por nada. Es que yo nunca he conseguido pasar del Intermediate, tengo un cupo de palabras extranjeras que no consigo superar.

—¿Quieres que te enseñe? No tengas *mieddo*, se me da mejor que las *reparaciones*.

—Eso espero. Hay que reconocerte el empeño que le pones, pero eres un completo desastre arreglando cosas.

Ganesh se recostó en su silla fingiendo asombro.

—Eh... ¿A qué viene eso? No te quejarás de lo bien que quedó tu tostadora.

—¿Que quedó bien? ¿Es que no la probaste? No, ¿verdad? —comprendí—. La primera mañana que la utilicé estuve a punto de perder un ojo. Estaba inclinada sobre ella, mirando la ranura medio dormida, y el pan salió disparado con tanta fuerza que me depiló una ceja —exageré.

Ganesh se echó a reír, deslumbrándome con su blanca y bonita dentadura. No le daba la más mínima vergüenza que sus apaños fueran chapuzas sin sentido. Pero así era él: inteligente pero torpe, noble y granuja a la vez, un chico resultón con un pésimo gusto para vestir.

—Vuelve a darme la tostadora, *solucionaré* ese pequeño inconveniente.

—Ni hablar. ¿Qué piensas hacer, ponerle la alarma de un despertador? No te preocupes, el mes que viene compraré otra.

—Hay que *resiclar*, *Gemma*. Somos huéspedes en este maravilloso planeta que nos da agua y oxígeno para existir. Debemos cuidarlo y devolverle el favor, no podemos vivir en él como si nos

*perteniesiera.*

—Lo sé, pero voy a llevarla al punto limpio. Su cometido en la tierra está más que acabado, ya ha cumplido su función.

—Pero...

—Que no —le corté.

Levantó las manos y dijo divertido:

—Vale, está bien.

Me removí en mi silla y volví a ocuparme de mi tarta. Había pasado del rechazo y la inseguridad de un rato antes a sentirme muy a gusto de nuevo con Ganesh. Me alegré de haberme repensado aceptar su invitación. No sabía por qué siempre lo evitaba. O sí, quizá me daba miedo acabar sintiendo algo por él.

—¿Por qué parece siempre tan feliz? —le pregunté.

Me fascinaba ese halo de serenidad que era tan típico de él, con solo mirarlo me contagiaba su paz. Ganesh tenía la extraña habilidad de hacerme sentir que todo era muy sencillo, que el mundo iba bien.

—¿Te *pareasco felís*? Será porque lo soy, no tengo motivos para no serlo —dijo.

—¿De verdad? Qué suerte.

—No es suerte, todo el mundo tiene esa *opsión*.

Arqué una ceja y sonreí incrédula.

—A ver, explícame cómo funciona eso en tu planeta —le pedí.

Ganesh retiró su plato hacia un lado y apoyó los brazos sobre la mesa.

—Así que te *pareasco* de otro planeta.

Pinché un trozo de tarta y contesté, con la boca llena:

—Sí. Bueno, más bien de otra galaxia. Creo que eres demasiado idealista.

—No soy idealista, lo que crees que es fantasía en realidad es sentido común. ¿Sabes por qué siempre sonrío? —me preguntó.

—No, eso es exactamente lo que me gustaría saber.

—Bien. Dime, si un problema tiene *solución*, ¿por qué llorar? Y si no la tiene, ¿de qué sirve llorar?

Pensé un poco antes de hablar, no quería responder cualquier estupidez.

—Vale, creo que sé por dónde vas. Supongo que sonreír es la opción inteligente.

—Ajá, es una *opsión*.

—Sí, pero es imposible conseguir que los problemas no te importen —dije.

—No, es más *sensillo* de lo que crees. El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es *opsional*.

—No creo que sea opsional, no se puede evitar sufrir —discrepé.

—Claro que se puede, todo está en tu *cabesa*. La clave de la *felisidad* es el desapego. Si dejas ir lo que te *hase* daño, evitarás sufrir.

Lo miré en silencio, analizando su teoría. Ganesh apoyó el codo en la mesa y se rascó su incipiente barba.

—¿Qué es lo que no te deja sonreír? —me preguntó. Pero no esperó mi respuesta—. Es el apego. Aferrarte a lo que ya no tienes, a lo que querrías tener y a lo que no *sabbes* si tendrás. *Aseptas* los problemas tal como vienen. *Responsabilízate* de tus errores, perdónate y sigue adelante. Lo de atrás ya no existe, y no puedes saber qué es lo que vendrá porque el futuro solo existe en tu *imaginación*. Si pasas el tiempo pensando en el ayer y en el mañana no vivirás, estarás *dejando* pasar el momento presente, lo único que es real.

Me recosté en mi silla impresionada, sorprendida porque fuera Ganesh, que en teoría provenía

de un país menos desarrollado, quien me estuviera dando aquella lógica y sensata lección. Secretamente me sentí fatal, comprendí que, a pesar de que Inma decía cosas que no debía, la que realmente tenía prejuicios era yo.

—Yo solo quería tomarme un café —bromeé. No sabía qué decir.

—Perdona, me he puesto demasiado *trasendental*. Te estoy aburriendo.

—No, todo lo contrario, creo que esta es la conversación más interesante que he tenido con un chico en toda mi vida.

Ganesh me miró con una afectuosa sonrisa.

—A lo mejor deberías haberme *conosido* antes —dijo.

—¿Antes? Céntrate, el pasado ya no existe. Lo único real es el ahora.

—Vale, ahí me has *pillado*. Veo que estabas atenta —dijo riendo.

Suspiré y acabé mi último pedazo de tarta. Hice nota mental de pensar seriamente en lo que había dicho Ganesh porque intuía que tenía toda la razón. ¿Qué era lo que me hacía infeliz? Edu. Echar de menos lo que había tenido con él, negarme a aceptar que ya no lo tenía y sufrir porque imaginaba que no iba a tenerlo. Vivía del pasado, me angustiaba por el futuro y con ello me perdía el presente. Era verdad, sufría porque me aferraba a lo que me hacía daño, esa estaba siendo mi opción.

—¿Una rosa para tu novia? Si no se la compras pensará que no la quieres.

Levanté la vista sorprendida.

—No, gracias. No quiero rosas —le dije al vendedor.

El hombre llevaba en la mano como una docena de ellas envueltas en papel celofán. La venta ambulante de rosas no era algo nuevo para mí, pero me resultó una escena curiosa porque era evidente que Ganesh y el vendedor, como poco, eran paisanos.

—No te lo ha preguntado a ti, me lo ha preguntado a mí —dijo Ganesh. Echó mano al bolsillo trasero de su vaquero y sacó la cartera.

—No vayas a comprarla, no la quiero —le avisé.

—Pero él quiere comprártela porque es un buen novio —dijo el vendedor.

—No le lées, ni siquiera somos novios —le informé.

—No me está *liando*, la quiero comprar —dijo Ganesh.

Sí que eran paisanos, comenzaron a hacer la transacción en un idioma común para los dos. Me dio la risa porque me pareció absurdo, un indio le estaba encasquetando una rosa a otro indio. Era igual de disparatado que un bar de playa vendiéndole una paella precocinada a un valenciano.

—También tengo mecheros con *lus* —dijo el vendedor.

—No te molestes, no fumamos —dije.

—Tienen música —insistió. Sacó uno de su riñonera y nos hizo una demostración. Al encenderlo, una cursi musiquilla sonó.

—Es muy bonito, sí, pero se me está enfriando el café —dije como indirecta.

Ganesh le sonrió con amabilidad y le hizo un gesto con la mano indicándole que ya podía marcharse. El vendedor se acercó a otra mesa e intentó venderles rosas a una pareja con el mismo absurdo argumento.

—¿Por qué lo has hecho? Te he dicho que no la quería —dije.

Iba a coger la rosa de la mano de Ganesh, pero él la retiró y me miró apurado.

—Oh... Lo siento. Has *pensado* que era para ti.

—¿Eh?

—Es para Ratna, por lo de su *embaraso*.

Encogí el brazo y esboqué una estúpida sonrisa.

—Claro, sí. Es un buen detalle —dije cortada.

Ganesh sonrió incómodo, y eso hizo que me sintiera más avergonzada aún.

—Qué bonito es este sitio, lo han decorado muy bien. Parece una cafetería de los años treinta —disimulé.

—Sí, tiene encanto. Las cosas bonitas ni lo pierden ni pasan de *modda*.

—Estoy de acuerdo, lo actual no siempre es mejor. —Apoyé el codo en la mesa, la barbilla en mi mano y miré hacia la calle.

Me moría de ganas de que acabara aquel momento embarazoso, pero el silencio que se hizo no lo permitía. Había dado por hecho que Ganesh había pretendido seducirme regalándome aquella rosa y resultaba que ni siquiera había estado pensando en mí.

—Parece que va a llover —dije por decir.

Ganesh se recostó en su silla, se cruzó de brazos y asintió mordiéndose el labio.

—Qué triste es el otoño, ¿verdad? Se hace de noche enseguida —volví a probar. Meneé un pie inquieta y miré a mi alrededor.

Por el rabillo del ojo, vi que Ganesh cogía la rosa y me la acercaba con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo? ¡Eres un tramposo! —exclamé.

—Oh. No la querías, no la querías. ¿Verdad? —se burló de mí—. ¿Quién puede *rechasar* algo tan bonito como una flor?

—Es que es algo muy anticuado —me defendí riendo.

—Pero si acabas de darme la *rasón* cuando te he dicho que las cosas bonitas no pasan de *modda* —replicó divertido.

—No me lées, ¿vale? ¡No me lées! Y dame esa rosa.

Se la arrebaté de la mano y me la acerqué a la nariz para aspirar su olor. Su perfume no era natural, olía a ambientador. Pero, a pesar de ello, de repente me sentí feliz por haber sido obsequiada con aquella flor. Me di cuenta de que era lo más sencillo, pero bonito, que un chico había hecho por mí en mucho tiempo.

—Gracias —le dije.

Ganesh asintió satisfecho, y el brillo de sus exóticos ojos negros me encandiló. Nos miramos en silencio demasiado tiempo, hasta que no pude soportar las cosquillas en el estómago y cada uno miró a un lado sonriendo.

## CAPÍTULO 24

—Buenas tardes, Ruth —la saludé animada.

Paró frente a la recepción y me miró con curiosidad.

—Buenas tardes... —dijo extrañada.

Continué tecleando en el ordenador. Estaba redactando un aburrido documento para los monitores que Jordi me había encargado y sin embargo no lo estaba haciendo con desgana. Me sentía inusualmente enérgica y productiva.

Ruth se acercó al mostrador y apoyó un brazo en él.

—Qué bonito color de uñas. ¿Es granate o violeta? —le pregunté risueña.

—Creo que es un poco de los dos. —Se miró las uñas y me devolvió la sonrisa—. Hoy noto muy buen ambiente por esta zona —me comentó. Hizo un círculo con el dedo enmarcando la recepción.

—Bueno, ¿para qué revolcarse en el fango? Recrearse en lo negativo no sirve de nada, ¿no crees? —le pregunté.

—Claro, para nada en absoluto.

Suspiré complacida y dije:

—Darle vueltas a lo que nos hace daño solo trae sufrimiento. Si no lo podemos cambiar, lo inteligente es ignorarlo. Aferrarnos a lo que deseamos desgasta la mente y debilita el alma. Debemos entender que la vida está en un proceso de cambio constante, que todo es transitorio y nada nos pertenece.

Ruth me miró sorprendida.

—Sí, hay cosas que debemos aceptar... ¿Qué has hecho este fin de semana? Parece que lo hayas pasado en un taller de yoga o algo así.

—No, pero casi. En mi barrio lo mismo te leen el Corán que te bailan una polka.

—Suenan divertido —dijo riendo.

Edu cruzó la puerta del gimnasio en ese instante y al vernos charlar tan amistosas ralentizó el paso. Ruth, al notar que yo tenía la vista puesta en algún punto por encima de su hombro, se giró hacia atrás.

—Ah, ya estás aquí —le dijo a Edu sin ganas—. ¿Dónde has conseguido aparcar?

—A cinco manzanas, esta zona de la ciudad se está volviendo imposible. —Paró en la recepción y nos miró receloso.

—Qué —le dijo Ruth.

—Nada. ¿Vamos? Se está haciendo tarde —respondió Edu.

—¿Tarde para qué? Si tanta prisa tienes, cámbiate y ponte a entrenar. ¿Para qué me necesitas, no sabes atarte los cordones de las zapatillas? —lo humilló Ruth.

Alcé las cejas y miré hacia otro lado, apretando los labios para no reírme. Quería a Edu, sí, pero me daba un gusto enorme ver que recibía lo que se merecía. Él se lo buscaba, si no le convenía aquella situación, solo tenía que dejar a Ruth.

Edu se pasó los dedos por el pelo, me lanzó una fugaz mirada de terror y echó a andar hacia los vestuarios.

—Pobrecillo, has sido un poco dura con él —le dije a Ruth jovial, sin sentirlo.

—¿Tú crees? Pues yo pienso que me he quedado corta. Este se cree que soy imbécil.

Agrandé los ojos asustada. ¿A qué se refería? ¿Qué era lo que Ruth creía saber?

—Piensa que me gusta el monitor de zumba. Ya sabes, ese rubio tan cuadrado que siempre va marcando paquete con las mallas —dijo.

—Oh. —Todos los músculos de mi cuerpo se relajaron a la vez. Había sido una falsa alarma, no tenía nada que temer. Pero, de repente, se me volvieron a tensar—. Así que tienes un marido celoso —le comenté.

¿De qué iba Edu? ¿Por qué tenía celos de nuestro monitor de zumba si se suponía que Ruth no le importaba? Y aunque no fuera así en realidad, ¿se podía tener más cara que él? Le había estado poniendo los cuernos conmigo durante todo un año. ¿Qué derecho tenía a pedirle fidelidad a Ruth?

—Patético, ¿verdad? —me dijo Ruth—. No hay nada menos atractivo en un hombre que la inseguridad. Me resulta imposible estar enamorada de alguien a quien no pueda admirar.

—Sí, bueno, supongo que el amor tiene mucho de admiración.

Cada vez entendía menos a aquel par. ¿Qué hacían juntos si no se aguantaban?

—Bien, me alegro de verte tan feliz. Me voy a liberar tensión —se despidió.

—Claro, que tengas buen entrenamiento. —La observé mientras se alejaba, pero algo hizo que mirara súbitamente hacia la entrada.

—¡Camarada Ruth! —gritó Ivanka.

—¡Mi bolchevique favorita! —exclamó Ruth—. ¡Esta sí que es una mujer de armas tomar, no se anda con tonterías! —me comentó.

Forcé una sonrisa y dije:

—Lo sé... Tengo el gusto de conocerla.

Ivanka paró frente a la recepción, me miró de reojo y sonrió de medio lado. Me encogí en mi silla y le susurré amenazante:

—¡Ni se te ocurra!

Puso cara de no entender a qué me refería, pero dudé mucho de que fuera así. Se reunió con Ruth en el pasillo y se alejaron charlando, con tanta complicidad que, en cuanto las perdí de vista, las piernas me comenzaron a temblar.

—¿Qué te pasa, Gema? ¡Vas a estropearlo todo!

—¿Qué?

—Creí que remábamos en la misma dirección. Que lo nuestro era especial. ¡Joder, casi rompo mi matrimonio por ti!

Miré a Edu confundida. ¿A qué venía eso? ¿De repente lo nuestro le importaba? Sus palabras no concordaban con su actitud de las últimas semanas.

—¿De qué estás hablando? Lo nuestro hace mucho que no existe. ¿No te atreverás a llamar relación a lo que estamos teniendo? Es decir, ¡a la nada! —le reproché.

—Dios... ¿Por qué siempre me haces esto? —dijo agobiado.

—¡¿Que te hago el qué?!

—Que parece estar de acuerdo conmigo, pero en realidad nunca lo estás. Hacemos planes, decidimos cómo actuar y después siempre me lo acabas echando en cara, como si no hubieras sabido que iba a ser así. Hazme un favor, deja de jugar con mi vida. ¡Me juego mucho, mucho con esto! —dijo furioso.

Pestañeeé perpleja, aquella conversación me parecía irreal.

—¿Qué te pasa? ¿Te duele algo? —le pregunté.

Se había echado una mano a la cadera y había puesto una mueca de dolor.

—No es nada, me he caído haciendo pesas. Había un charco resbaladizo en el suelo.

Mierda, esperaba que Jordi no se hubiera enterado o me haría culpable de algo tan absurdo

como no haber sabido de antemano que alguien iba a derramar algo ahí.

—Yo nunca he estado de acuerdo con esta situación, me la impusiste tú. ¡Lo que yo quería era que dejaras a Ruth! —le recordé.

Edu me miró de medio lado, con desconfianza.

—¿Solo me lo parece o para ti lo nuestro ha acabado? —me preguntó—. Si tienes algo que decirme, dímelo ya, no me hagas perder el tiempo.

No entendía nada. ¿Qué era lo que Edu pretendía, intentaba provocar que lo dejara o en realidad quería que lo nuestro siguiera adelante? Por más que lo intentaba, no era capaz de adivinar su verdadera intención.

Me acomodé en mi silla cruzada de brazos, exhalé sonoramente y dije:

—Vale... tienes razón. Supongo que tengo algo que decirte. —Edu asintió atento, con la mandíbula tensa—. No sé si te acuerdas, pero me debes sesenta euros.

—¿¿Qué?!

—Ya sabes, un billete de cincuenta y otro de diez. O tres de veinte, como prefieras.

Sacudió la cabeza boquiabierto, le costó reaccionar.

—No te reconozco, Gema. No puedo creer que saltes con eso en medio de una conversación tan importante —me recriminó.

—Mis sesenta euros también lo son, cómo se nota que a ti no te faltan.

—Está bien, lo capto. Veo que ya no significo nada para ti. —Me dio la espalda, se puso las manos en la cintura y levantó la cara hacia el techo.

Lo observé suspicaz. No podía ver su expresión, pero su lenguaje corporal era de agotamiento y tristeza, parecía realmente dolido por mi impasibilidad.

—¿A qué viene esto, Edu? ¿Por qué de repente te molesta que pase de ti? ¿No ha sido eso lo que siempre has querido?

Se dio la vuelta hacia mí y negó lentamente con la cabeza.

—Esto es increíble —murmuró—. ¿Cómo puedes decirme eso? Sabes lo que me arriesgo saliendo de ahí para verte cada vez que tengo ocasión —dijo señalando hacia la sala de las máquinas—. Yo soy el único en esta relación que está haciendo algo para que no muera. ¡Si no te escribiera cada día, por lo que a ti respecta, no mantendríamos el contacto!

—Un WhatsApp de buenos días no es suficiente, eso no demuestra que me quieras.

—¿Y lo tuyo sí? —me preguntó—. ¿Qué haces tú que demuestre que te importo? ¿Hacerte amiga de mi mujer? ¿Ponérselo fácil para que nos acabe descubriendo? A lo mejor si no te doy tanto como querrías es por tu culpa, ¿no lo has pensado?

Me dejó algo descolocada. Suponía que no era buena idea tener aquella especie de amistad con Ruth, y que mi falta de interés por hablar con él de los últimos días no ayudaba a que lo nuestro continuara. Pero era debido a su comportamiento, sentía que merecía mucha más atención por su parte.

Bajé la vista a mi teclado. Sin quererlo, me vinieron a la cabeza momentos de felicidad y esperanza que había tenido al comienzo de nuestra relación, cuando quería a Edu de manera incondicional y creía ciegamente en él. Las lágrimas empezaron a nublar me los ojos y el pensamiento, me hicieron dudar si estaba haciendo lo correcto, si debía rendirme ya después de todo lo que había luchado por estar con Edu. Habría sido en vano. No sabía qué hacer, quizá debía darle una última oportunidad...

—Yo no quiero una relación por WhatsApp, ni tener que seguir escondiéndome —dije finalmente—. Si no estás dispuesto a renunciar a nada por mí, lo nuestro se ha acabado. Por favor, dímelo ahora, y escoge bien tus palabras.

—Pero qué estás diciendo.

Levanté la cara y vi a Jordi frente a mí. ¿Dónde estaba Edu...?

Me sequé los ojos rápidamente y miré por encima del mostrador, tras el brazo de Jordi. Edu se alejaba por el pasillo haciéndome señas, había visto a Jordi acercarse y se había escabullido.

Jordi soltó una carcajada y dijo:

—Menuda pava. ¿Se te ha terminado de ir la olla?

No supe qué me dio más rabia, si que Edu se largara sin avisarme o que Jordi creyera que me había pillado haciendo el ridículo. Para ridículo él, que medía un metro de hombro a hombro y tenía la cabeza más pequeña de lo normal.

—Te pareces a Batman —le dije.

Me señaló con el dedo y dijo, sonriendo con chulería:

—No, me parezco a Iron Man.

—¿Tú crees? Yo no estaría tan seguro, tienes la misma cara que un murciélago.

Dio un respingo ofendido.

—¡Qué quieres decir! ¡Para fea tú!

Me recosté en mi silla y me crucé de brazos, sonriendo de manera cínica.

—Bueno, no sé... Quizá podrías operarte —dije dubitativa—. Oye, ¿cómo consigues ligar? Tendrás una buena colección de pasamontañas.

Volvió a poner cara de haber recibido un inesperado bofetón.

—¿Dónde está lo que te he mandado redactar! —me exigió furioso.

—Oh. Aquí —dije con despreocupación. Levanté la mano de manera cursi, agarré el documento con dos dedos y se lo pasé sobre el mostrador—. ¿Desea algo más, señor? Veo que no. Pues hala, que corra el aire.

Jordi frunció los labios, me arrebató el folio de la mano con rabia y se fue.

—Ah, hola. —Levanté la mano y saludé al novio de Ivanka a través del cristal.

Estaba apoyado en un coche. Alzó la barbilla devolviéndome el saludo y entró.

—Qué tal —le dije.

—*Pos* ya ves, aquí. —Se frotó la nariz y al aspirar emitió el sonido de una trompetilla.

—Claro, muy bien. No creo que tarde.

—Ya...

—Sí —dije por decir.

—Eso es así.

Sonreí un instante y me puse a teclear en el ordenador. No me apetecía darle conversación porque hablar con Justo, que así se llamaba el novio de Ivanka, era muy complicado. De su boca solo salían frases hechas y sin motivo. Con él a su lado, no me extrañaba nada que Ivanka todavía no hubiera aprendido a hablar español.

—Vaya, vaya... *Pos* nada, aquí estamos —dijo.

—Eso parece, será porque hemos venido.

—Ya, uno está donde debe estar.

—Supongo —convine.

—Y sin en cambio venimos porque queremos.

Madre mía... Necesitaba una excusa para escapar de allí.

—Voy a ver si le falta mucho —dije poniéndome en pie.

Salí de detrás del mostrador y Justo se acercó a la máquina expendedora.

—¿No vendéis cerveza? —me preguntó.

Me hice la sorda y continué caminando hacia los vestuarios de chicas.

—Eso saberse, nosotras siempre acabar descubriendo —le estaba diciendo Ivanka a Ruth—. Tíos ser tontos del culo, ellos no saber disimular.

¿Qué?

¿Nosotras...?

¡Descubrir el qué!

—¡Te están esperando! —le grité asustada.

Ivanka se llevó la mano al pecho, cerró los ojos y exclamó:

—¿Tú querer matar a mí o qué?!

Pue sí. ¡Sí, quería matarla! ¡Menos mal que había entrado en el momento justo!

—¿Qué es lo que pasa? —me preguntó Ruth.

—Nada... Nada. Que el novio de Ivanka está fuera y parece que tiene prisa.

Ivanka arrugó el entrecejo y dijo:

—Él saber esperar muy bien, pasa mucho tiempo en una *selda* tocándose pelotas.

—Por eso mismo, querrá aprovechar al máximo sus momentos de libertad. —La miré furiosa, pero Ivanka hizo una mueca de despreocupación y continuó vistiéndose con irritante tranquilidad.

—Como yo decía a ti, camarada Ruth, hombres no saber mentir.

—Lo sé, son muy previsibles. La culpa se les refleja en la cara —dijo Ruth.

Ivanka hizo un chasquido con los dedos diciendo:

—Eso yo adivinar así.

—¿Estaba calentita el agua de las duchas? —pregunté para distraer a Ruth—. Ha habido gente que se ha quejado de que estaba fría.

—Sí. Sí, estaba bien —respondió Ruth. Se restregó la toalla por su melena mojada y continuó hablando con Ivanka—. Intentan esconderse todo lo que pueden y más, pero no paran de dejar pistas demasiado fáciles de seguir. Ni siquiera se dan cuenta de que nos hacemos las tontas, los hombres son el género más estúpido que existe —dijo con desprecio. Giró la cara ligeramente hacia mí y me miró de reojo.

Un temblor incontrolable se apoderó de mi cuerpo. ¿Cómo lo había podido dudar? Si estaba claro desde el principio, ¡Ruth siempre había sabido lo mío con Edu! Nunca debí dejar que se acercara a mí. ¡Por una vez en la vida, Edu tenía razón! Ruth empezaba a darme miedo, no sabía hasta dónde era capaz de llegar. ¿Qué tipo de persona fingía una amistad con la amante de su marido? ¿Qué clase de loca se infiltraría en su trabajo?

El corazón me latía con tanta fuerza que creía que se me iba a salir por la boca. Todo lo que Edu me había contado sobre ella era verdad. Ruth era una serpiente. ¡Una pitón! ¡A saber con qué oscuras intenciones se había apuntado al gimnasio! Ahora podía esperarme cualquier cosa, alguien que se tomaba una caja de pastillas solo para salirse con la suya era un peligro, una amenaza muy real. Estaba aterrorizada, jamás me había visto en una situación similar.

—Yo jugar contigo cien euros a que saber cuándo pedírmelo —le dijo Ivanka a Ruth.

Ruth se echó a reír y contestó:

—No me los voy a jugar porque sé que me los vas a ganar.

—Tú ser lista, camarada Ruth, tú *hases* bien no jugando —dijo Ivanka—. La próxima *ves* que tú verme a mí, yo tener anillo en dedo este. —Levantó la mano y meneó el dedo anular.

Ladeé la cabeza extrañada. ¿Habían cambiado de tema? ¿Cuándo? Me pareció que me había perdido parte importante de la conversación.

—Disculpad, ¿de qué estáis hablando? —pregunté con tacto. No sabía si hacía bien, pero necesitaba asegurarme.

—El novio de Ivanka va a pedirle que se case con él —dijo Ruth—. Se supone que es una

sorpresa, pero... En fin, los hombres no saben darlas. Somos demasiado listas para que consigan sorprendernos.

Asentí con la boca abierta.

Ruth frunció el ceño, puso su mano en mi brazo y me preguntó:

—¿Estás bien?

Parecía realmente preocupada, en su cara no había ni rastro de la supuesta maldad y los planes maquiavélicos que había creído que urdía contra mí.

—Sí, estoy bien —respondí.

—¿De verdad? —insistió—. Hace un momento te he mirado por el rabillo del ojo y me ha parecido que estabas pálida.

Me sentí furiosa conmigo misma. Y estúpida, muy estúpida al darme cuenta de que aquello había sido una nueva falsa alarma. Ruth no me había lanzado una indirecta, si me había mirado de medio lado era porque me estaba comportando de manera extraña. Tener a aquellas dos en el mismo espacio que ocupábamos Edu y yo me provocaba demasiado estrés, temía que en el momento menos pensado la bomba estallaría y lo nuestro se acabaría sabiendo. No entendía cómo algo que para mí había sido tan bonito y sincero me había complicado tanto la vida. El único mal que yo había hecho era enamorarme, no creía merecer un castigo por eso.

Necesitaba relajarme, no podía vigilar a Ruth e Ivanka cada segundo que pasaban juntas. Lo que tuviera que ser, sería. Debía aceptar que había cosas que se escapaban de mi control.

Señalé con el pulgar sobre mi hombro y le dije a Ivanka:

—Bueno... Voy a decirle a Justo que ya sales.

Las dos asintieron sin quitarme ojo de encima, preguntándose qué narices me pasaba. Me di la vuelta y salí deprisa de allí, el vapor caliente de las duchas se había concentrado y necesitaba respirar aire fresco.

—Ivanka saldrá enseguida —le dije a Justo.

Estaba dándole un trago a un batido junto a la máquina expendedora y al verme dio un respingo. Sonrió para disimular, pero enseguida detecté que la caja de cartón que había en el suelo junto a la máquina, detrás de él, estaba abierta. No había comprado aquel batido, lo había robado.

—Vale, guapa, la espero fuera.

Lo miré alucinada mientras se dirigía a la calle. Iba a recriminárselo porque me ofendió que se largara saboreando el batido con tanta tranquilidad, pero entonces recordé que a quien había robado era a Jordi, no a mí, y sonreí con satisfacción. Jordi no me pagaba las horas extraordinarias, y quien roba a un ladrón...

Cogí la caja de los batidos y la llevé al despacho de Jordi, tal como me había ordenado que hiciera cuando la trajera el repartidor.

## CAPÍTULO 25

El sonido de unos golpes insistentes me despertó. Somnolienta, despegué la cabeza de la almohada y puse atención, pero enseguida sospeché quién debía de ser el autor de aquel molesto ruido, me pareció recordar que Varun empezaba a arreglar la cocina ese día. Me senté en la cama unos segundos, intentando reunir fuerzas para activarme. Me puse mi chaqueta de lana sobre el pijama, me re Coloqué mi moño deshecho frente al espejo del ropero y me restregué la máscara de pestañas que tenía corrida bajo los ojos. Con las mismas pintas que antes de arreglarme, asomé la cabeza al pasillo, miré de izquierda a derecha y corrí de puntillas hacia el salón.

—Ah, ya estás en pie —me dijo Inma.

La miré con sorpresa, se estaba tomando el tema de la cocina muy en serio. Se había hecho una especie de despacho sobre la mesa de centro que estaba compuesto por catálogos de IKEA, una caja de rotuladores, el ordenador portátil y folios con anotaciones manchados de aceite. Me imaginé que la mancha la había provocado el sándwich de salchichón que tenía en la mano.

—El del ruido debe de ser Varun —dije abrazándome a mi chaqueta.

Inma asintió sonriente.

—Sírrete un café y siéntate a mi lado, tenemos cosas importantes que concretar. —Señaló la mesa del salón y vi que había preparado un pequeño desayuno bufé, había construido un verdadero centro de operaciones.

—¿No estás exagerando un poco? Me parece que tienes las expectativas demasiado altas. — Inma frunció el ceño, reprobando mi actitud—. Vale. Vale... Mente positiva. —Me serví un café, cogí una magdalena de chocolate y me senté junto a ella en el sofá.

—Yo me decantaría por un rosa chicle. ¿Qué dices tú?

—¿Rosa? ¿Una cocina rosa? —dije arrugando la nariz.

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

—No sé, me parece un color tirando a ñoño —contesté—. Pero, la verdad, ni siquiera había pensado darle a la cocina un cambio tan radical, creí que Varun solo iba a arreglar lo indispensable —añadí.

—No te pongas barreras mentales, Gema. Podemos crear algo maravilloso. Una obra de arte... —dijo con pasión.

—Estás de broma, ¿no? —dije riendo.

—¡No, jamás me habrás oído hablar tan en serio! Esta es nuestra oportunidad. Podemos hacerlo, ¡lo sé!

La miré asombrada. ¿Cuántos cafés llevaba Inma encima?

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

Inma hizo un chasquido con la lengua.

—No seas aguafiestas, claro que estoy bien. Solo intento hacerte ver el inmenso abanico de posibilidades que se ha abierto frente a nosotras. Mira más allá de los problemas, Gema, céntrate en el objetivo y encuentra el camino para llegar hasta él. —Le dio un trago a su café, cogió un catálogo y comenzó a pasar páginas. Fue hacia adelante y hacia atrás hasta encontrar lo que quería enseñarme. —Mira este azul turquesa, ¿no es precioso? —dijo señalando una foto—. Solo tenemos que pintar los armarios y cambiar los tiradores. Ya lo hemos hecho una vez, si funcionó en el salón, funcionará en la cocina.

Cogí el catálogo de su mano, le di un bocado a mi magdalena y observé la foto mientras masticaba. No tenía planeado meterme en tal cantidad de trabajo. Para ser sincera, no había pensado mover un dedo. Pero ahora que consideraba la idea tampoco podía negar que Inma, aun pareciendo estar sufriendo una sobredosis de ilusión, no estaba diciendo ninguna tontería. Teníamos a Varun, él podía guiarnos. La cocina no iba a quedar como si fuera nueva, pero podía lucir bastante mejor.

—¡Buenos días! —exclamó Varun. —Se acercó a la mesa del salón y se sirvió un café.

—Buenos días —lo saludé.

Iba vestido con una camisa de franela de cuadros rojos, un pantalón de pana beis que le quedaba grande y una cuerda de esparto que le hacía de cinturón. Era una mezcla entre indio escuchimizado y campesino catalán: en los pies llevaba unas alpargatas de tiras cruzadas y en la cabeza su inseparable turbante.

—Ya tenéis un grifo que *funciona* —dijo.

Inma me miró sonriente, intentando contagiarme su entusiasmo.

—Vayamos a ver cómo ha quedado —me animó.

Nos pusimos de pie y seguimos a Varun hasta la cocina. O lo que quedaba de ella. Faltaban los azulejos del salpicadero, todas las puertas de los muebles estaban apiladas contra una pared y en la parte derecha del marco de la ventana se veían los ladrillos desde arriba hasta abajo.

—¿Qué ha pasado ahí? —pregunté asustada.

—¿No habíais notado el aire? Se *colabba* por una rendija —dijo Varun.

—Sí... Puede ser. Pero ahora es mucho más evidente, falta media pared —respondí.

—Tenía que saber hasta dónde *llegabba* el problema. No te preocupes, cuando tape el ladrillo *pareserá* que nunca pasó algo ahí.

—¿Seguro? —dije con desconfianza—. Inma me miró torciendo el gesto. —Vale, lo siento. Es que no esperaba ver el ladrillo de esa pared, me he sentido como si invadiera su intimidad. Pero estoy segura de que quedará genial, Varun, confiamos en ti.

Varun asintió complacido.

—No me digas que no es maravilloso. ¿Cómo hemos podido vivir sin él? —me dijo Inma acercándose al grifo—. Agua caliente, agua fría. Agua caliente, agua fría —repitió sonriente, accionando la palanca una y otra vez.

Hacía tiempo que no la veía tan contenta, desde que un bombero con el que salía la trajo a casa en el camión cisterna con la sirena puesta. Con qué poco se conformaba, su felicidad por algo tan simple como un grifo me hizo sonreír. Pero tenía razón, el grifo que había escogido era ideal, se estiraba y podías dirigir el chorro de agua a cualquier rincón del fregadero. Varun había redirigido la tubería para poner el nuevo grifo de pie, en el agujero del fregadero que le correspondía, y ese detalle me hizo saber que sabía lo que hacía, me convenció de que era apto para encargarse de todo lo que había que reparar.

Miré a mi alrededor pensativa, se me estaba ocurriendo algo.

—Varun, ¿podrías esperar para poner los azulejos del salpicadero? —le pregunté—. No sé, quizá quedarían bien en otro color. Podríamos cambiar la caja que hemos comprado para reemplazar los que estaban rotos.

Inma me miró esperanzada.

—Claro que sí —dijo Varun—. Me ocuparé primero de la ventana. Y todavía tengo que arreglar las bisagras de las puertas de los *muebbles*, tenéis tiempo para *desidir* lo que queráis *haser*.

Un salpicadero de baldosas hidráulicas... O de pequeños azulejos metalizados... Madre mía,

pues sí, la cocina podía quedar muy bien. Quizá podíamos tapizar las sillas, y darle otro color a la mesa. Con lijas, pintura y tela podíamos conseguir una gran transformación. Necesitaba saber cuánto costaban los materiales, hacer cálculos para asegurarme de que nos lo podíamos permitir. Era posible, no debía de salir tan caro. Necesitábamos volver inmediatamente al centro de operaciones.

—¿Sigue aquí la pistola de grapas? —le pregunté a Inma.

—Se la devolví a mi padre, pero puedo volver a pedírsela. ¿En qué estás pensando?

—Bueno, no sé. En que ya mismo cae la paga de Navidad —le insinué.

—Dios, ¿qué he hecho? ¡He creado un monstruo! —dijo feliz.

El frío invernal se estaba acercando. Se notaba la bajada de temperatura dentro de casa, pero el cielo estaba despejado y el sol brillaba radiante, entraba por la ventana iluminando parte del salón. Atraída por el calor de los rayos me acerqué a la ventana, cerré los ojos y suspiré. Me quedé un instante así, de brazos cruzados, disfrutando el cálido abrazo del sol. Al abrirlos vi a Ganesh en la puerta de El Paki, estaba haciendo lo mismo que yo. Levantó la vista a mi ventana y, al verme tras el cristal, se mordió el labio y sonrió. Un agradable escalofrío me recorrió el cuerpo y tuve que mirarme los pies para disimular, esperaba que Ganesh no hubiera podido ver mi boba sonrisa.

## CAPÍTULO 26

—¡Me encanta el bricolaje! ¡No solo ejercita el cuerpo, también la mente! ¡Es mucho más completo que la natación! —grité contenta.

—¿Qué?! —me gritó Inma.

—¡Trabajar la madera da mucho gustirrinín, no puedo parar! ¡Ahora entiendo cómo se sentía El Pájaro Carpintero!

Inma abrió la boca arrugando la nariz, el ruido de mi lijadora eléctrica no le permitía entenderme. Pero daba igual, en realidad no hablaba con ella, solo pensaba en voz alta.

Estaba poseída por el rubio de *Bricomanía*, incluso tarareaba la sintonía del programa. Lijar las puertas de los muebles con aquel aparato me estaba creando adicción. El piso estaba que daba pena, nos despertábamos cada mañana con la nariz atascada de polvo, por más que lo intentábamos no conseguíamos ganarle la batalla; y el salón parecía un mercadillo, estaba lleno de ollas, sartenes y el resto de menaje de la cocina. Pero aquel caos no me molestaba, era un mal necesario que iba a ser pasajero. Sentía mucha ilusión por ver el resultado final y estaba disfrutando tanto el trabajo que no me importaba que ese momento todavía estuviera lejos.

Había recuperado el sentido del humor, volvía a apetecerme bromear y reír. Acerqué la lijadora a la cara de Inma y le grité:

—¡Este cacharro es alucinante! ¡¿Quieres que aproveche para hacerte un *peeling*?! ¡No te va a quedar un solo punto negro!

—¿Te has vuelto loca?! ¡Baja eso! —exclamó asustada. Fue hasta la pared y le dio un tirón al cable de la lijadora—. Por favor, qué descanso... Hagamos una pausa, ¿vale? La contaminación acústica es nociva para la salud.

—Vaya, cómo se nota que estás saliendo con un biólogo.

—No es biólogo, es alergólogo —me corrigió—. Lo que es bastante contradictorio, la verdad, creo que estoy empezando a tenerle alergia.

—¿Cómo? ¿Por qué? Hasta hace dos días te parecía maravilloso —le recordé.

Inma se puso los dedos sobre la boca y cerró los ojos compungida.

—No significa nada para él... Solo le interesa mi curiosa reacción a los ajos —dijo llorosa—. Supongo que eso es en lo único que pensaba cuando nos conocimos, me vio como una rata con la que experimentar.

—¿Qué?! —exclamé riendo.

—¿Te parece gracioso? —me recriminó—. ¡He pasado de ser dos tetas con ojos a ser poco más que una cepa microbiana! Ningún hombre me toma en serio, es como si mi nacimiento hubiera estado marcado por una maldición.

—A lo mejor te pinchaste con la punta de un *eyeliner*, como La Bella Durmiente.

Se me escapó la risa. Inma era la reina del disparate y sus historias absurdas volvían a parecerme súper cómicas. Me miró con los ojos entrecerrados y frunció los labios. Pero no me disculpé, le di la espalda y me puse a contar en silencio. Tal como esperaba, antes de llegar a cinco Inma exclamó:

—¡Toma ya, somos unas máquinas! ¡Chupaos esa, gemelos Scott! —Soltó una carcajada acompañada de un pequeño baile de celebración.

—Pero si solo has pintado un cajón —dije riendo.

—No. No, no, no, no. Eso no es un cajón.

Cómo que no, claro que era un cajón. El del popurrí, donde guardábamos todas las cosas de la cocina que no tenían un lugar mejor. Y hasta cosas que no tenían nada que ver con la cocina, una vez encontré en ese cajón los cordones de mis zapatillas de deporte mientras buscaba el pitorro de la olla exprés.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté—. Conozco muy bien ese cajón, es la sección de objetos perdidos de esta casa.

—Te equivocas, Gema. Míralo otra vez, pero ahora con el tercer ojo. —Me agarró los hombros por detrás y me giró hacia el cajón.

No sabía qué debía hacer, yo sabía bien que solo tenía dos ojos y lo que seguía viendo era un cajón recién pintado sobre la mesa de la cocina.

—Deberíamos haber comprado mascarillas, creo que has aspirado serrín —le dije.

—¿Recuerdas cuando vimos esta cocina por primera vez? —Se cruzó de brazos y sacudió la cabeza lentamente, rememorándolo—. Al poner un pie en ella nos tuvimos que persignar. Era una horrible estancia marrón, una zona oscura y hostil. Estaba cargada de energía negativa, supimos al instante que aquí se habían churruscado infinidad de croquetas y empanadillas.

Me eché a reír, recordaba ese momento, cuando el agente inmobiliario abrió la puerta de la cocina soltamos una exhalación y dimos un rápido paso hacia atrás. Era sumamente fea y lúgubre, había una pesada cortina vieja en la ventana que no dejaba pasar la luz, y sospechamos que podía haberle servido al antiguo inquilino —un posible psicópata— para vigilar al vecindario. Con el tiempo nos habíamos acostumbrado, pero el desagradable sonido de la nevera había continuado jugando con nuestra imaginación. Por suerte, Inma me había convencido de que nos deshiciéramos de ella, reconocía que era un descanso no volverla a oír.

Miré a mi alrededor sintiéndome orgullosa, ahora se respiraba serenidad allí dentro, ya no había rastro del marrón agobiante que se te echaba encima y te robaba el aire. Habíamos pintado los azulejos en blanco con una pintura especial para ese tipo de superficies y de repente se había hecho la luz, era como si después de una tenebrosa noche de tormenta el día hubiera amanecido soleado.

—Creo que entiendo lo que dices, la nota de color de ese primer cajón grita la palabra «victoria» —dije.

—En efecto. No es solo un cajón, es la prueba palpable de que hemos cumplido nuestro sueño. Con algo de imaginación, puedes visualizar cuál va a ser el resultado final.

Era verdad, ya podía asegurar que la cocina iba a quedar genial. Al menos, actual y luminosa. Estaba deseando sentarme allí a desayunar.

—Quién nos lo iba a decir... —musité.

—¿Por qué no lo habremos hecho antes? Hemos sido un par de lerdas, qué manera más tonta de sufrir —dijo Inma—. Ese debe de ser Varun con los tornillos. —El timbre de abajo acababa de sonar y fue a abrir la puerta.

De nuevo estaba de acuerdo con Inma. ¿Qué brujería era aquella? Últimamente le estaba dando la razón demasiado a menudo. Nos habíamos pasado dos años quejándonos de cómo estaba la cocina, cuando podríamos haber solucionado el problema mucho antes. Sabíamos casi desde el principio que el dueño del piso nunca iba a cumplir su promesa y habría sido igual de sencillo que ahora reemplazar lo que no funcionaba y pasarle la factura. Habíamos estado recreándonos en nuestro malestar demasiado tiempo en vez de actuar, y lo peor de todo era que intuía que podía aplicar esa teoría a cualquier aspecto de mi vida.

—He *fichado* a un ayudante —oí decir a Varun.

Asomé la cabeza al pasillo y vi a Ganesh caminando detrás de él.

Me metí para dentro y me pegué de espaldas a la pared. El latido de mi corazón se aceleró y una sonrisa involuntaria apareció en mi cara. Me puse nerviosa, pero de manera agradable, su inesperada visita me hizo ilusión.

Me despegué de la pared y lo miré mientras se acercaba a la cocina. Iba caminando con la cara agachada, su negro y brillante flequillo le colgaba frente a los ojos. Su sonrisa estaba desviada hacia un lado en una atractiva mueca, y me afectó, me pareció lo más sexi que había visto en mucho tiempo. Acababa de descubrir otra faceta de Ganesh que había evitado reconocer, su lado atrayente y sensual.

—¡Hola! —me saludó.

Su habitual alegría al verme, que al principio siempre me incomodaba, en ese momento lo entendí como un gesto sensible con el que pretendía hacerme sentir valiosa. Me pareció curioso cómo lo había interpretado de una manera u otra dependiendo de mi predisposición, con mi nueva actitud, todo me parecía mejor.

—¿Te han reclutado a la fuerza? ¿Por qué no te has negado? Deberías haberte resistido un poco más —le dije.

—No pasa *nadda*. Ya *sabbes* que esto es lo mío, no hay nada que me guste más que tener herramientas en las manos.

Sonreí de oreja a oreja, pero de repente me puse tensa. El trabajo que llevábamos hecho había quedado perfecto, ¿era prudente que el rey de las chapuzas se uniera a nuestro equipo?

—¿Le has dado un curso rápido a tu sobrino mientras subíais las escaleras? Dudo que podamos fiarnos de él —le dije a Varun.

—Eh... Qué manera más fea de ofender —bromeó Ganesh.

Despegué el brazo de mi costado, señalando el fregadero, y le dije:

—Lo que es una ofensa es ese grifo que pusiste ahí.

Se puso frente a mí con las manos en las caderas.

—¿*Sabbes*? Nunca he *conosido* a una chica más *desagradesida* que tú.

—Ni yo a un fontanero con menos conocimiento del sistema hidráulico —repliqué.

Levantó las manos y exclamó divertido:

—¡No *hase* falta que te muerdas la lengua, di lo que piensas!

—No lo estaba haciendo, pero también podría recordarte que empapelas con agua y harina.

—Me quedé sin cola. A eso se le *llamma* ingenio y *resolución* —se defendió.

—No te lo crees ni tú, ¡eso es hacer un churro! —dije riendo—. Y nunca mejor dicho, con un poco de sal habrías completado la receta.

—¿Qué *reseta*? No sé qué es un churro... —dijo extrañado.

Quise aguantarme la risa apretando los labios y me salió una pedorreta.

—Es un dulce que se fríe en aceite —le expliqué—. Si haces bien tu trabajo, te llevaré una mañana a comerlos para desayunar.

—Me *parese* un plan estupendo —respondió.

Nos miramos con una sonrisa, intuí que de manera demasiado íntima porque al oír el sonido de los tornillos moviéndose en la mano de Varun desvié la mirada hacia él y me di cuenta de que tanto Varun como Inma nos miraban intrigados. Varun carraspeó y se puso a buscar un destornillador, e Inma suspiró y me sonrió. Sentí cómo me ruborizaba. Miré al suelo rascándome la cabeza.

—Ganesh va a ocuparse de la nevera. Siento habéroslo *entregaddo* así, pero no teníamos a quién dársela y *pensábbamos* llevarla a *resiclar* —dijo Varun.

—¿Qué pensáis hacer? ¡Vamos a forrar la puerta con vinilo —le dije.

—¡No, eso es una *chapusa*! Se acabará *despegando* tarde o temprano. Masilla, lija y pintura; hay que *haser* las cosas bien —dijo Varun.

Ganesh asintió convencido, en total acuerdo con él.

Inma y yo nos miramos con las cejas arqueadas, felizmente sorprendidas porque íbamos a tener una nevera restaurada como era debido. Nunca debí dudar de Varun, no solo me había demostrado que era un profesional, también que odiaba las cosas mal hechas tanto o más que yo. Me sentí mal al recordar el concepto que tuve de él el día que nos trajo la nevera, al darme cuenta de cómo lo prejuzgué.

—Prepara la masilla. Y extiéndela bien con la espátula —le dijo a Ganesh—. *Haslo* con mucho cariño, piensa que no voy a quitarte un ojo de *ensima* —le advirtió.

Ganesh puso los ojos en blanco y murmuró:

—Porque una *ves* maté a un pollo ya me llaman matapollos...

Inma soltó una estruendosa carcajada. Se apoyó en la mesa, quedándose floja, y el cajón recién pintado se le pegó en la manga del jersey.

—¡Qué has hecho! ¡Ese cajón era muy importante en nuestras vidas! ¡Lo has llenado de pelusas! —le grité. Pero yo también estaba partiéndome de risa, la nueva versión del dicho que había hecho Ganesh me pareció lo más.

—¿Qué pasa? —preguntó confundido.

—¡Cuéntaselo tú, que yo no puedo! —Estaba doblada con una mano en el estómago y los ojos llenos de lágrimas.

—¡No es un pollo! —exclamó Inma—. ¡Es un perro, una vez maté a un perro y me llamaron mataperros! —le explicó como pudo.

—¿De *veredad*? —dijo Ganesh.

Inma y yo nos miramos y explotamos en una nueva carcajada. Sabía que estábamos pensando lo mismo porque lo habíamos comentado alguna vez, Ganesh hablaba igual que Apu de *Los Simpson*.

—Me alegro de que os lo paséis tan bien a mi costa. Pero recordad una cosa, la *vengansa* se sirve fría. —Sonrió de medio lado y señaló la nevera con la cabeza.

—Eso no ha sonado muy de Buda... —dije recelosa.

Sin que me diera tiempo a pararlo, cogió un pegote de la masilla que estaba preparando y lo lanzó a la puerta de la nevera.

—¡No! ¡Para! —le grité.

Inma y yo nos abalanzamos sobre él intentando quitársela, pero se escabullía muy bien y su risa contagiosa no nos dejaba tomárnoslo en serio. Lo que empezó como una lucha se convirtió en un pitorreo, con Ganesh levantando el bol de la masilla sobre su cabeza y nosotras tirándole de la sudadera mientras dábamos saltos para alcanzarlo. Parecía que estábamos jugando un partido de baloncesto.

—¡Vais a tener una nevera con una puerta por la que escalar! —nos pinchó.

—¡No te molestes! ¡Nosotras no venimos de la selva como tú, no sabemos trepar! —dijo Inma. La miré alucinada, pero lo dejé pasar porque vi que a él le hizo gracia el comentario.

—¡Nunca deberías haberme *dejaddo* entrar, quedará peor de lo que *estabba*! —nos amenazó.

—¡Lo sabía! ¡Eres un terrorista del bricolaje, deberían prohibirte la entrada en Leroy Merlin! —exclamé.

—¡Se acabó! —gritó Varun.

Nos quedamos inmóviles, como si nos hubieran puesto en pausa con un mando a distancia, pero al verlo tan serio de brazos cruzados nos entró un nuevo ataque de risa. Con su vestimenta de

albañil de estar por casa, su cuerpo bajito y escuálido y su gran turbante no transmitía ninguna autoridad. No me quería reír de él, pero no era para menos, era igual que un teleñeco.

—*Toddo* el mundo a trabajar —nos ordenó.

Conseguimos serenarnos, aunque con bastante esfuerzo, ahora tenía los brazos en jarras y se le había ladeado el turbante.

No cabíamos todos en la cocina, así que Varun e Inma se fueron al salón con sus respectivas tareas. Enchufé la lijadora y me puse a trabajar con Ganesh junto a mí. Él estaba de espaldas, alisando la masilla en las partes desconchadas de la nevera con máxima precisión. Estábamos en silencio, pero no necesitaba oírle hablar para saber que estaba ahí, notaba su atractiva presencia sin tener que mirarle. Sin embargo, lo hice más de una vez, perdía la concentración en lo que estaba haciendo y se me iban los ojos hacia él. Por más que lo intentaba no me conseguía autoengañar, bajo esa sudadera amarilla de imitación de Reebok se intuían unos brazos masculinos entre los que me apetecía estar.

## CAPÍTULO 27

—Oh, has venido. Hoy llegas muy tarde, ya no te esperaba —le dije a Ivanka.

Entraba en el gimnasio dando furiosas zancadas. Algunos pelos se le habían fugado de la coleta y flotaban encrespados alrededor de su cabeza.

—Yo casi no venir, pero necesitaba despejar *cabesa*. ¡No aguantar más a novio mío!

—¿Qué ha pasado? ¿Has discutido con él? —le pregunté.

Me la imaginé persiguiendo a Justo armada con el palo del recogedor. Ya le había afeado otras veces su manera incivilizada de discutir, pero sabía que Ivanka se pasaba por el moño todo lo que le decía. Justo no era un santo, era un delincuente bien aplicado, pero eso no la excusaba, Ivanka tenía la costumbre de matar moscas a cañonazos.

—¡No, mucho peor! —exclamó.

—¿¿Mucho peor??

¿Existía algo peor que una discusión con Ivanka? ¿En qué contexto? ¿Comparado con qué, con una manifestación de antisistemas? No me lo podía imaginar.

Se llevó la mano a la frente y dijo:

—Él todo el día cagando. ¡Todo el día! Ni siquiera le da tiempo de llegar a váter.

Ah... Pues sí que había algo peor que discutir con Ivanka, sí.

Le giré la cara haciendo un mohín, no pude evitar imaginarme a Justo corriendo hacia el cuarto de baño con un peso sospechoso en la parte trasera del pantalón. La curiosidad mata al gato, me arrepentí muchísimo de haberle preguntado.

—Mujer, habrá cogido un virus —le dije.

—¿Y eso ser culpa mía? ¡Por qué tener yo que aguantar a hombre cagando! Yo no soy su madre. ¡Ella ser fea como un dolor! Tiene solo dos dientes, uno arriba y otra abajo. ¡Esa mujer ser más fea que hijo suya cagando!

Me incliné hacia adelante y le dije:

—Una cosilla... —Se acercó sobre el mostrador y me miró con curiosidad—. ¿Te importaría parar de decir «cagando» a grito pelado? —Acababa de descubrir que el morenazo trajeado que hacía dos horas de musculación cada tarde era gay, al oír esa palabra había dado un respingo y se había llevado una mano al pecho con más pluma que un pavo real—. No sé, quizá podrías utilizar un sinónimo. Prueba con «evacuar» —le sugerí.

Se giró y miró al moreno del traje. Se adentraba en el pasillo escandalizado, miró un par de veces hacia atrás con cara de espanto.

Ivanka apoyó el brazo en el mostrador, bajó la cara y me miró bajo sus cejas.

—Tú ser muy fina para tener tan poco dinero, no pega nada a ti.

—Vaya, gracias —dije sarcástica—. Ah, otra cosa...

Resopló y dijo:

—Quéee.

—Sé lo que intentas acercándote a Ruth. No soy tonta. No le cuentes nada, ¿de acuerdo? Esto no es un juego, Ivanka, puedes meterme en un lío muy gordo.

—¿Por quién tomarme tú? —Sacudió la cabeza boquiabierta—. Yo ser tu amiga. A mí duele mucho que tú desconfías de mí. No puedo creer. ¡Yo no puedo creer! No sé qué tener que *haser* para que tú creer en mí. —Dio un suspiro bajando los hombros y miró al suelo taciturna—. Adiós,

yo *nesesitar* galopar por cinta andadora como caballo de Nikolái Románov para poder superar este dolor.

—Venga ya, no será para tanto.

—Sí lo es. Yo quererte a ti mucho, pero tú no *apresias* nada a mí. —Se colocó bien su mochila en el hombro, se dio la vuelta y se fue.

—Ivanka... —la llamé.

La observé mientras se alejaba. No sabía qué me desconcertaba más de ella, si su sospechosa actitud o el hecho de que conociera tantos nombres de personajes rusos. A veces creía que se los inventaba, pero el apellido Románov me sonaba real.

Me estaba haciendo pis, pero Jordi pululaba por allí y no hacía mucho que había hecho mi pausa diaria, sabía que si encontraba la recepción desatendida me iba a recriminar que no hubiera aprovechado entonces para ir al lavabo. Seguíamos en pie de guerra, Jordi se agarraba a cualquier cosa para llamarme la atención y yo buscaba cualquier resquicio por el que colarme y saltarme sus normas. En el fondo me divertía la situación, jugársela sin que se diera cuenta me hacía sentir una satisfacción perversa.

Ahí estaba, Jordi se acercaba por el pasillo. A medio camino su móvil comenzó a sonar y se dio la vuelta para atender la llamada en su despacho. En cuanto cerró la puerta me levanté y me escapé. Iba corriendo directa hacia los lavabos, pero al pasar por delante de la sala de las máquinas Ruth me saludó con la mano. Frené, di un paso atrás y le devolví el saludo. Estaba pedaleando sobre una bicicleta estática cerca de la puerta, que estaba abierta, y Edu estaba de pie frente a ella, secándose el sudor del cuello con una toalla. Al ver que era a mí a quien saludaba le cambió la cara, puso esa fugaz expresión de terror que ya le había visto más de una vez. Ruth se señaló la boca con el pulgar e hizo un doble círculo con el dedo índice en el aire, gesto que entendí a la primera, me estaba proponiendo ir a tomar algo después.

Miré a Edu de reojo, me encogí de hombros y dije:

—Emmm... No sé.

—¡Venga! ¡Ivanka, tú y yo! —dijo Ruth.

Edu dio un paso hacia atrás, me miró con los ojos muy abiertos y negó con la cabeza.

—No sé, es que... Tengo trabajo en casa, estoy de obras.

—Anda ya, ¡ánimate! Eso puede esperar —insistió Ruth.

No sabía qué hacer. Por un lado seguía sin fiarme de Ivanka, así que no me gustaba la idea de que saliera a tomar algo con Ruth si yo no iba con ellas. Pero por otro lado no me apetecía ir, quería desligarme de todo lo que tuviera que ver con Edu.

—Luego te digo algo, necesito ir al lavabo —le dije para ganar tiempo.

Edu bajó los hombros con cara de frustración, y Ruth estuvo a nada de verlo, pero, justo cuando desviaba la mirada hacia él, se puso erguido y se pasó la toalla por la cara.

Entré en los lavabos deseosa de cumplir mi objetivo, me había tomado un refresco de cola grande y ya no me aguantaba más. Al acabar me lavé las manos y salí disparada de allí, casi la palmo del susto cuando choqué de frente con unos anchos pectorales.

—¡Joder! —exclamé. Me llevé la mano al corazón. No tuve tiempo de reconocer a Edu y por un instante pensé que podía ser Jordi.

—Lo siento, no sabía que ibas a salir tan lanzada.

Me dolía la nariz, me la había aplastado contra su pecho. La arrugué para ver si respondía las órdenes de mi cerebro y me la inspeccioné palpándomela, como si fuera una bocina.

—Espero que no se me inflame, no puedo trabajar de cara al público con la nariz de un mono de Borneo... —dije asustada—. ¿Qué tienes ahí? ¿Te has rebozado el pecho en cemento? Deberías

dejar las pesas y empezar a comer cocidos.

—Vaya, ¿eso ahora te molesta? Me parece recordar que antes te encantaba.

Era posible, pero antes era idiota y ahora parecía que estaba recuperando la razón.

—De todas formas, ¿dónde ibas? —le pregunté—. Estos son los aseos de chicas.

Edu puso sus manos sobre mis hombros y me hizo dar un paso atrás.

—Necesitaba verte... —Se giró un segundo hacia el pasillo y, de repente, me cogió entre sus brazos y me besó.

Me pilló tan por sorpresa que lo único que pude hacer fue parpadear. Estaba atrapada en su abrazo, viendo los detalles de su cara espachurrada contra la mía, con las manos aprisionadas entre los dos. Me revolví y Edu aflojó los brazos. Paró de besarme y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —me preguntó.

Lo miré perpleja.

—No puedes besarme cuando te dé la gana. Así, como si nada.

—¿Qué? Creí que esto era lo que querías.

—¿Lo que quería? ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

Se colocó las manos en las caderas y me apartó la mirada boquiabierto.

—¿Te has dado cuenta de que no hay quien te entienda? —me recriminó—. El otro día me pedías más atención, te quejabas de que no te demostraba que te quiero. ¿Y ahora te molesta que te bese?

—Sí, claro que me molesta. Te recuerdo que te largaste. Me dejaste con la palabra en la boca y no me diste una contestación.

—¿De qué estás hablando?

—¿Por qué te haces el tonto? Te hablo de la última conversación que tuvimos. ¡Hace pocos días, en la recepción!

—Quieres bajar la voz —me pidió. Se giró hacia atrás para comprobar que no había pasado nadie que nos pudiera haber oído. Estábamos justo en la entrada de los aseos y si dábamos un paso hacia afuera se nos veía desde cualquier ángulo del pasillo—. Creo que la que se hace la tonta eres tú. No sé por qué sigo dándote oportunidades, está claro que a ti no te interesan. Tú ya has pasado página sin ni siquiera decirme que lo ibas a hacer —me acusó.

—Tú eres el que está haciendo su vida sin haber roto antes conmigo.

—Te pregunté qué era lo que querías, y todavía estoy esperando que te aclares.

Solo encontré una explicación a que los dos nos estuviéramos echando en cara lo mismo, que Edu no oyó el ultimátum que le di, porque en realidad se lo di a Jordi sin darme cuenta. Y ahora ni siquiera sabía si me apetecía dárselo otra vez, estaba hecha a la idea de que lo nuestro había acabado.

—Tengo que irme, no quiero que Jordi vea que no estoy en la recepción.

Intenté dar un paso al frente, pero Edu me agarró del brazo y dijo:

—Necesitamos hablar, Gema, no podemos dejar las cosas así.

—Sí, vale, ya hablaremos.

—Me estás dando largas, ¿verdad? —Arrugó la frente, mirándome con tristeza—. Te echo mucho de menos, no puedo dejar de pensar en ti. Sé que estás molesta porque Ruth nos ha robado nuestro espacio. Pero podemos superarlo, esto es solo un bache. Tenemos que quedar para hablar, fuera de aquí.

¿Ahora? ¿Después de todas las veces que yo se lo había pedido ahora quería que nos viéramos fuera? ¿Por qué? ¿Porque ya no me dejaba manejar y eso le ponía? ¿Le iba que se lo pusieran difícil? No puedo negar que me gustó sentir que me necesitaba, que se rebajara y me suplicara.

Todavía le quería, pero empezaba a tener la cabeza bastante ordenada y sabía que no me convenía dar un paso atrás.

—Ya es tarde para hablar —le dije.

—No es tarde si todavía nos queremos. Hemos pasado por mucho, Gema, sabes que podemos con esto y con más.

—Quizá pueda, el problema es que creo que ya no quiero.

Levantó la cara hacia el techo y cerró los ojos con fuerza.

—Solo te estoy pidiendo una última conversación...

No creía que llegados a aquel punto necesitaríamos tenerla, pero me estaba mirando implorante y su desesperación era evidente. No podía fiarme de Edu, me la había jugado las suficientes veces como para saber que aquello podía ser otro de sus chantajes emocionales. Pero, aun así, no entendía qué ganaba con que habláramos si en realidad no sentía nada por mí. ¿Para qué iba a querer arreglarlo si no me quería? Sentí una chispa de ilusión, pero evité mostrárselo y no cambié mi serio semblante. A lo mejor accedía a hablar con él, aunque solo fuera por curiosidad. Sin embargo, lo tenía que pensar, las cosas habían dejado de ser cómo y cuándo Edu quería.

—Muy bien, hablaremos, pero tengo que irme ya. —Todavía no lo había decidido, pero sentía que estaba a punto de convencerme y creía que lo más conveniente era huir.

La expresión de inquietud de su cara se transformó en una de alivio.

—Bien. ¿Cuándo? —me preguntó.

—Cuando pueda.

Volví a intentar marcharme, pero Edu volvió a agarrarme del brazo y me rogó:

—Por favor, Gema, no dejemos que algo tan bonito como lo nuestro acabe.

Cada nueva cosa que decía me aturdí más. ¿Me estaba volviendo loca? ¿Había visto en él un desinterés que nunca había existido? A lo mejor había sido demasiado ansiosa, podía ser que romper un matrimonio fuera menos sencillo de lo que creía, que requiriera más tiempo y planificación. Edu me estaba confundiendo tanto que empezaba a sentirme tan responsable como él de la situación a la que habíamos llegado.

Oí la voz de Jordi acercándose a la puerta de su despacho, que estaba justo al lado de los lavabos, y supe que iba a salir. Se estaba despidiendo al teléfono, necesitaba llegar a la recepción antes de que me viera.

—Te llamo esta semana. —Me solté de la mano de Edu y salí disparada al pasillo, pero él corrió detrás de mí—. ¿Dónde vas? ¡No me sigas! —le susurré.

—No te sigo. ¡Iba al coche! Creo que me he dejado la cartera en el asiento.

Nos separamos en la recepción sin despedirnos, yo rodeé el mostrador y me tiré de culo en mi silla, y Edu cruzó la puerta y desapareció. Me sudaba la frente y me faltaba la respiración por aquella insignificante carrera, nadie habría dicho que trabajaba en un gimnasio.

—¿Te crees que soy idiota? ¡Sé que lo haces para joderme! —me gritó Jordi. Ya no se cortaba lo más mínimo, comenzaba a emplear unas maneras conmigo que sobrepasaban el límite.

—¿Te importaría desarrollármelo? No tengo ni idea de qué estás hablando —dije.

Pensé que me había descubierto, que me había visto, prácticamente, planeando sobre el mostrador y aterrizando de culo en mi silla. Pero no se lo demostré, cogí mi boli y repiqueteé con él sobre el escritorio ofreciéndole una sonrisa.

—¡Lo sabes muy bien! ¡No te importa sudar a chorros si con eso me sube la factura de la luz!

—¿¿Qué?? —Me eché hacia atrás levantando el labio.

—¡Baja la calefacción! ¡Ahora mismo! ¡O te descontaré de la nómina los kilovatios de más!

—¡Pero qué dices! —exclamé riendo.

Parecía que le iba a dar algo. Yo estaba un poco sofocada por la carrera, pero lo suyo no tenía justificación. Estaba empapado en sudor, parecía que acababa de salir de la ducha.

—No he subido la temperatura de la calefacción, y aquí no hace nada de calor. Estás paranoico, deberías contárselo al médico —dije.

—¡Y por qué estás así! —insistió.

Iba a soltarle alguna para sacarle de quicio todavía más, pero no me dio tiempo, Edu entró en ese momento, maldiciendo entre dientes.

Jordi y yo lo miramos intrigados.

—¿Qué te pasa, tío? —le preguntó Jordi.

—Las ruedas del coche. ¡Me han pinchado las putas ruedas del coche!

Estaba irreconocible. Nunca le había visto con la cara tan desencajada ni le había oído ese tipo de lenguaje, Edu era un burgués al que había que traducirle las expresiones de barrio. Los tendones de su cuello parecían cables en tensión que en cualquier momento se iban a romper y nos iban a dar un latigazo. Me eché hacia atrás por precaución, por si se daba el caso.

—¿Estás seguro? Me cuesta creer que haya gente con tan mala leche —le dijo Jordi.

¿Cómo que no? El ejemplo más claro era él.

—¡Claro que estoy seguro, joder! ¡Alguien me las ha pinchado! ¡Las cuatro!

La situación empezó a volverse incómoda. Los dos estaban demasiado rígidos y alterados, como si estuvieran al borde de una crisis nerviosa. Se palpaba la tensión, presenciarlo me estaba resultando perturbador.

Jordi hizo un esfuerzo por relajarse, respiró hondo y rotó el cuello sacudiendo los brazos. Le pasó el brazo sobre los hombros a Edu y le dijo:

—Bueno, tío, tranquilo. Todo tiene solución. Llamaremos a la grúa.

—Vale. Sí... —dijo Edu.

Los miré atónita mientras salían a la calle. Edu tenía la cabeza prácticamente sobre el hombro de Jordi, y Jordi le daba palmaditas en la espalda. No sabía que se hubieran hecho tan amigos, cualquiera habría dicho que se conocían de toda la vida. Aunque en el fondo no era tan raro que se llevaran bien, Jordi y Edu eran como los de *Dos tontos muy tontos*, hacían una pareja ideal.

## CAPÍTULO 28

—Sigo sin entender qué haces aquí. Que yo sepa, no has movido un dedo en esta obra. —Me puse las manos en las caderas esperando la respuesta de Namgyal.

—Claro que sí, subí una nevera por la escalera.

—Estoy bastante segura de que la subió Varun. Recuerdo cómo cargaba con ella sobre su espalda, todavía tengo esa espeluznante imagen grabada en la retina.

—Pero yo la *sujetabba* por detrás. Era el *encargaddo* de guiar la *operasión*.

—¿La operación? Tú has visto muchas películas de Jean-Claude Van Damme.

—*Toddas*, las he visto *toddas* más de *sien veses*. No es justo que todavía no le hayan *daddo* un Óscar.

—¡Suelta esa tortilla! —le sorprendí. Le di un toque en la mano y él la encogió asustado—. Voy a cortarla, mejor llévate el pan —añadí riendo.

—Oh, qué tramposa... —Cogió el plato con el pan que había cortado en rebanadas y se dirigió al salón, pero, antes de salir de la cocina se giró, se señaló los ojos con dos dedos y los apuntó hacia mí.

Los dos nos echamos a reír. Contra todo pronóstico, habíamos acabado llevándonos bien. Habíamos descubierto lo mucho que nos divertía pincharnos mutuamente y no perdíamos ocasión de hacerlo cada vez que nos veíamos.

—¡Marcial! —lo saludó Inma. Le dio una palmada en la espalda y Namgyal, que no se lo esperaba, tuvo que hacer equilibrios para que no se le cayera el pan—. Siento el malentendido. Es la primera vez que fallo la predicción del sexo de un bebé, estaba segura de que iba a ser niña —se disculpó.

—No importa, cualquier cosa es *bienvenidda* —dijo Namgyal.

—¿Qué? ¿Te lo inventaste? Creí que te lo había dicho Ratna —dije pasmada.

—No me lo inventé, lo predije.

—¿Cómo que lo predijiste? ¡Se lo dijiste al padre del bebé como si fuera un hecho y resulta que solo era una suposición! —exclamé.

—No era una suposición, fue una visión.

—¿Pero quién te ha dicho a ti que puedes ver el futuro?

—No hace falta que nadie me lo diga, eso se siente.

—¿No estarás hablando en serio? —dije, riendo asombrada. No podía enfadarme con ella por algo que al afectado parecía no importarle, Namgyal estaba mirándonos como una vaca viendo pasar un tren, degustando tranquilamente su segundo pincho de morcilla—. ¡Deja ya de picar, vas a acabar con toda la comida! —le regañé.

—De eso se trata, he venido a *senar*.

—Fuera de aquí —dije señalando la puerta.

Namgyal hizo ademán de marcharse, pero, justo antes de salir, cogió rápidamente un trozo de queso y se lo metió en la boca.

Inma apoyó su brazo en mi hombro, suspiró y dijo:

—¿No te dije que lo lograríamos? Para que luego digas que no puedo ver el futuro.

Permanecemos en silencio, observando satisfechas la cocina.

—La verdad es que ha quedado mucho mejor de lo que esperaba —admití.

—¿Mejor de lo que esperabas? Ha quedado fantástica.

Todavía me costaba creer que aquella transformación hubiera sido obra nuestra. Habíamos acabado agotadas, teníamos la piel de las manos reseca y las cutículas levantadas, pero nuestro esfuerzo había merecido la pena. Habíamos pintado los muebles de un bonito verde claro y les habíamos puesto unos tiradores con forma de concha. Para la zona del fregadero habíamos escogido unos azulejos blancos estilo metro, como el de los antiguos andenes, y del techo colgaba una lámpara metálica de estilo industrial. Habíamos lijado el sobre de la mesa y los asientos de las sillas hasta dejar la madera en su color natural, pero habíamos pintado las patas y los respaldos en blanco y el conjunto parecía otro, uno nuevo. Nos habíamos entretenido en hacer algunas manualidades de decoración, como unos cuadros con cubiertos y un colgador de madera para nuestras tazas, y habíamos construido un jardín vertical junto a la ventana con pequeños tiestos metálicos llenos de hierbas aromáticas. Ahora todo tenía un aspecto limpio y luminoso. Nos encantaba, la cocina se había convertido en nuestro lugar preferido de la casa. Tenía el aire de una acogedora cocina de granja en la que te apetecía sentarte a charlar tomando café.

—El bajo de la cortina está torcido —observó Inma.

—Demasiado bien ha quedado, yo no sé coser. Considéralo un toque personal, como el cajón recién pintado que dejaste lleno de pelusas.

Inma se echó a reír. Se acercó a la nevera, pasó la mano por la puerta y dijo:

—No me lo puedo creer, parece nueva. Nadie diría que la ha pintado Ginés.

—¿Qué quieres *desir*?

—Oh... Le estaba diciendo a Gema lo mucho que confiaba en ti. Voy a llevarme esto a la mesa —dijo Inma. Me guiñó el ojo haciendo una mueca, cogió un par de platos con comida y se fue con ellos al salón—. ¡Gollum, prueba un pimiento de Padrón! ¡Algunos llevan sorpresa! —la oí exclamar.

Dudaba mucho que a un indio le sorprendiera el picante de un pimiento de Padrón. Había probado el pollo de la familia de Ganesh y se podía usar perfectamente como arma de destrucción masiva.

—¿Te ayudo a algo? —me preguntó Ganesh.

—No, ni hablar. Sois nuestros invitados, tu única misión es sentarte a cenar.

Aquel festín de tapas era lo mínimo que les podíamos ofrecer para agradecerles lo mucho que nos habían ayudado. El trabajo de Varun había sido totalmente desinteresado, una verdadera muestra de generosidad. Estábamos tan acostumbradas a que todo tuviera un precio que nos sentíamos culpables, nos costaba entender que se negara a cobrarnos.

Ganesh apoyó el hombro en la nevera cruzado de brazos, sonrió y dijo:

—Espero que hayas *pensaddo* en mí...

Estaba cortando caña de lomo sobre la encimera y di un respingo que hizo que se me resbalara el cuchillo. Sonreí nerviosa, sin saber qué decir.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No como carne ni *pescaddo*.

—Oh... Sí, claro —dije cortada—. Hay tortilla de patatas y croquetas de setas. Tranquilo, ningún animal ha muerto para alimentarte a ti.

Ganesh asintió riendo. Pero no estaba segura de saber qué era lo que le parecía gracioso, si había sido mi respuesta o aquella especie de malentendido.

—No entiendo cómo puedes ser defensor de la cadena alimenticia y no comer carne —le comenté—. Es decir, ¿un pájaro puede comerse a una araña y tú no puedes comer caña de lomo? No tiene sentido.

—Claro que lo tiene. ¿Has visto alguna vez cómo viven y mueren los animales de la industria cárnica? —me preguntó.

—No. Bueno... puede ser, pero prefiero no pensarlo.

—Es una gran crueldad. No es lo mismo *casar* para comer que tratar a otros seres vivos como si fueran *mercansía* que no siente ni *padese*.

—Ya, eso no está bien. Pero yo no podría cazar, tengo mala puntería. —Me estaba sintiendo culpable, tenía en la mano aquella caña de lomo que estaba hecha de cerdo, un animal indefenso que se podía domesticar debido a su inteligencia. Me imaginé sus ojillos tristes e implorantes mirando a su verdugo justo antes de ser sacrificado—. ¿Era necesario que me recordaras eso ahora? —Solté la caña de lomo horrorizada y me limpié la mano sin pensar dónde lo hacía, en la parte frontal de mi jersey.

—El tema lo has *sacaddo* tú, querías saber por qué no como animales. Pero me alegro de que lo hayas hecho. Sí, me has *confirmaddo* que estaba en lo *sierto*, eres buena y compasiva.

Me quedé mirando las rodajas de lomo.

—Bueno, este pobre ya ha pasado a mejor vida... —reflexioné—. Tampoco es lógico haberle hecho sufrir para nada, ¿no crees? Ya que está muerto, me lo voy a comer—. Cogí una rodaja y me la metí en la boca—. Deberías probarlo, está muy bueno —dije saboreándola.

—Oh, venga ya. ¡Qué *desepsión*!

—No te resistas, pruébalo —dije ofreciéndole una rodaja.

—¡No! No pienso *haserlo*.

Empezamos a forcejear riendo. Ganesh me agarraba las muñecas girando la cara mientras yo intentaba meterle la rodaja de lomo en la boca.

—¿Entonces qué quieres que hagamos con él? No podemos organizarle un funeral. ¿Has ido alguna vez al entierro de una caña de lomo? —le pregunté.

—Aparta ese *serdo* de mi cara.

—¡Venga, solo un bocado! No permitas que su muerte haya sido en vano.

—¡Eso es solo una excusa! No pienso ser *cómplise* de su sufrimiento.

Conseguí soltarme de una de sus manos, pero él fue más rápido que yo y antes de acercarle la rodaja de lomo a la boca volvió a agarrarme la mano.

—Vale, eres una persona íntegra e insobornable. Me gusta. —Dejé de hacer fuerza con los brazos y él aflojó la presión en mis muñecas.

—Tú me gustas más.

El ambiente cambió. Oía las voces y las risas en el salón mientras nos mirábamos en silencio, pero era como si Ganesh y yo estuviéramos muy lejos, en un mundo que era solo nuestro. Ganesh puso su mano en la parte baja de mi espalda y yo puse las mías en su pecho. Me apartó el flequillo con un dedo, mirándome los labios, y entonces sucedió. Nos besamos, nos dimos un intenso beso que ninguno de los dos parecía querer que acabara.

—Eh, ¿a qué esperáis? —nos sorprendió Inma. Aunque ella se sorprendió todavía más, se quedó parada en el marco de la puerta—. Ah, ya veo... Bueno, dejad eso para luego, tenemos hambre. —Levantó las cejas mirándome con ilusión, se dio la vuelta y se fue.

—Deberíamos hacerle caso, he visto cómo miraba Namgyal las croquetas —dije. Estaba un poco abrumada, pero sentía que mis ojos brillaban alegres.

—Sí, no sé dónde mete *toddo* lo que come.

Le sonreí con timidez. No sabía cómo llevar aquel momento tan íntimo que se había creado entre los dos y bajé la cara. Me arreglé el pelo y la ropa a pesar de que no era necesario, cogimos los platos que faltaban en la mesa y nos fuimos al salón.

—¿Dónde está el vino? —me preguntó Inma—. No podemos brindar sin alcohol, da mala suerte.

—Creía que lo habías traído tú, no lo he visto en la cocina —contesté.

—A que no lo has comprado. Te dije que no me daba tiempo de hacerlo yo.

—Te lo habrás imaginando, no me dijiste nada.

—¿Cómo que no? Te lo he dicho esta mañana antes de irme a trabajar, cuando te he zarandeado en la cama.

Recordaba que me había despertado, pero no tenía constancia de que me hubiera dicho algo sobre el vino. Ni siquiera la estaba escuchando, estaba medio dormida.

—Eso tiene *solución*, aquí enfrente hay una tienda —dijo Varun.

—¿Han abierto una tienda? ¿Dónde? —dijo Namgyal. Ganesh giró la cara lentamente hacia él —. Oh, sí. Ya... El Paki.

—Vuelvo enseguida, no me dejéis sin gambas —les advertí.

—Te acompaño —dijo Ganesh.

—No, empieza a comer, la comida se está quedando fría.

—Voy contigo —insistió—. Quiero saber cómo lo está *llevando* Ratna, ni siquiera sabe dónde están la mitad de los productos.

¿Ratna estaba al frente de El Paki? Qué bien... Entonces sí, prefería ir con escolta.

Me puse la cazadora y bajamos a la calle. Mientras esperábamos que pasaran los coches para cruzar, nos miramos. Ganesh me tocó la punta de la nariz y ambos sonreímos. No necesitamos hablar, empezábamos a tener una conexión tan especial que sobraban las palabras.

—Menos mal, ya me *pueddo* ir —dijo Ratna.

—Solo he *bajaddo* a comprar —le dijo Ganesh.

—¡*Gemma!* —me saludó Gowri.

No vi a la madre de Ganesh al entrar. Estaba al final de la tienda, recolocando refrescos en la nevera. Me asomé al pasillo central y la saludé con la mano.

—Hola —dije risueña.

Gowri se acercó a nosotros, puso sus manos en mis brazos y dijo:

—Me alegro de verte, siempre le pregunto a Ganesh por ti.

Ratna puso los ojos en blanco.

—Felicidades por tu embarazo. Dicen que los bebés llenan la casa de alegría, seguro que te viene bien —dije irónica.

Ella se cruzó de brazos y me sonrió sarcástica.

—Solo faltas tú, hijo, a ver cuándo me das un nieto —le dijo Gowri a Ganesh. Lo estaba mirando a él, pero seguidamente me miró a mí, como si la cosa también fuera conmigo.

Ganesh dio un respingo y miró hacia la calle, con las manos metidas en los bolsillos traseros del pantalón.

—La juventud de hoy en día tiene hijos a la edad de tener nietos —bromeé cortada.

Ratna ladeó la cabeza, sin dejar de mirarme.

—La juventud de hoy en día ni siquiera respeta el matrimonio —dijo.

¿Qué estaba insinuando? Eso no iría por mí. Esperaba que solo fuera una casualidad. En cualquier caso, me puse nerviosa.

Gowri percibió la tensión entre las dos, miró de Ratna a mí extrañada.

—¿Dónde está el vino? —le pregunté a Ganesh.

—En el pasillo de la *isquierda*.

Asentí incómoda y fui a por el vino, pero antes de llegar al pasillo Ratna gritó:

—¡Eso, escápate! ¡No te conviene hablar del tema!

Me giré y la miré pasmada. Ganesh también la miró, pero él lo hizo molesto.

—Te estás *pasando* de la raya, ya está bien —le dijo a Ratna.

—No, no está bien. ¡Está mal! ¡Muy mal! Está *jugando* contigo. ¿Es que no lo ves? ¡No te quiere a ti, está con ese hombre *casado*!

Gowri me miró perpleja.

—No es verdad, ya no estoy con él.

Ganesh arqueó las cejas sorprendido, le hizo feliz oírme decir eso.

—No es asunto tuyo, ocúpate de tus cosas —le dijo a Ratna.

—Oh, qué *desagradado*. ¡Solo me preocupo por ti!

—Pues no *hase* falta, soy mayor para saber lo que hago. Como tú, cuando te casaste con un pakistaní.

—¡Ganesh! —le reprendió Gowri.

Ratna lo miró boquiabierta.

—Vaya, hermano... Eso ha *sido* muy bajo.

Vale, quería coger el vino y largarme de allí. Me sentía fatal por ser el detonante de aquella discusión. No sabía qué problema había con que Ratna se hubiera casado con Namgyal, pero estaba segura de que no me concernía, así que me metí en el pasillo de los vinos y puse la oreja desde allí.

—No dije *nadda* a pesar de que nuestro padre nunca lo hubiese *consentido* —dijo Ganesh—. Incluso dejé que nuestra tienda se llamara El Paki, como si fuera solo *propiedad* de Namgyal. *Serré* la boca para que fueras *felís*, no me importó lo que habría dicho nuestro padre porque sus *prejuicios* eran estúpidos. Para mí *todo* el mundo tiene algo bueno, las vidas de *toddas* las personas tienen el mismo valor, pero creo que tú no puedes *desir* lo mismo.

Se hizo un silencio, Ganesh había dejado a Ratna sin palabras. Me acerqué a la entrada del pasillo y me quedé escuchando escondida allí. Tenía la cintura ladeada, un pie en el aire y el cuello estirado. Era una postura incómoda, pero también la mejor para que mi oreja derecha captara bien el sonido.

—No tengo *prejuicios* —dijo Ratna—. Pero no me gustan los valores de esa chica, y tú tampoco deberías *aseptarlos*. Sabes que te va a *hacer* sufrir. —Volví a hacerse un silencio—. ¡*Pueddes* venir a enterarte de la *conversación*, vas a coger tortícolis!

¿Me lo decía a mí? ¿Cómo podía saber que estaba escuchando en aquella dolorosa postura? Miré hacia arriba y lo descubrí, me estaba viendo por el espejo de seguridad.

Cerré los ojos y solté un pequeño bufido. Cogí dos botellas de vino y las puse sobre el mostrador.

—Vamos, nos están *esperando* —dijo Ganesh. Cogió las botellas y no dejó que las pagara, levantó una mano y negó con la cabeza cuando abrí el monedero.

—Adiós... —me despedí de Gowri.

Ella solo asintió, me miró con una mezcla de tristeza y decepción.

## CAPÍTULO 29

—Siento lo que ha *pasaddo* —se disculpó Ganesh en la intimidad de mi portería.

—No quiero que te sientas mal, no es culpa tuya.

Por fin había entendido por qué Ratna me tenía tanta manía. Era por la conversación, por aquella conversación sobre Edu que debió de oír entre Ivanka y yo en su centro de estética. Sabía mi historia con él y no le gustaba que su hermano andara con «una chica como yo», alguien sin escrúpulos que estaba «rompiendo un matrimonio».

Empezó a rondarme una idea que me incomodó. Ni siquiera yo sabía qué iba a haber entre Ganesh y yo, ¿por qué Ratna y Gowri trataban el tema como si nos fuésemos a casar? Era como si yo hubiera sido la elegida y mi opinión no contara. ¿Dónde me estaba metiendo? Comencé a sentir ansiedad.

—No sabía que ya no *estabbas* con él.

—¿Qué? —dije distraída—. Oh... sí. Era de esperar, lo nuestro no tenía futuro.

Ganesh apretó los labios y asintió comprensivo.

—Ya *sabbes*, un *corasón* honesto...

—Lo sé, no puede pertenecer a dos personas a la vez.

Estaba de acuerdo con él. Sin embargo, ¿en qué lugar me dejaba eso? Todavía sentía algo por Edu, pero acababa de besarme con Ganesh. Y me había gustado. Sí, me había encantado. Reconocía que había deseado hacerlo muchas veces. Me sentía atraída por él, me fascinaba el encanto exótico de Ganesh.

Subí las escaleras hecha un lío. Tenía mucho en lo que pensar y se me hacía un mundo tener que sentarme a cenar como si no pasara nada.

—Eh... —dijo Ganesh. Me acarició la mejilla y sonrió—. No te asustes, ¿vale? No te preocupes por *nadda*. Deja que las cosas sigan su curso, no hay que *forsarlas*. La vida nos va *disiendo* en cada momento dónde *debbemos* estar.

Eso me tranquilizó, me alivió que no tuviera intención de presionarme. Solo había sido un beso, nada más, si iba a haber algo entre Ganesh y yo solo lo diría el tiempo. Me estaba martirizando sin razón, el incidente con Ratna había conseguido desestabilizarme.

Le devolví la sonrisa y dije:

—Vale. De acuerdo.

Metí la llave en la cerradura y, mientras la giraba, oí algo al otro lado de la puerta que me impactó. Me quedé inmóvil, no me atrevía a abrir. No podía ser. Esperaba que solo fuera cosa de mi imaginación.

—¿Qué pasa? —me preguntó Ganesh.

—Nada...

—¿Y por qué no abres? —Frunció el ceño, puso la mano en la puerta y la empujó.

—Dile que se vaya, ya le he dicho que no quieres hablar con él —me pidió Inma.

Edu se dio la vuelta y me miró. Miró a Ganesh y volvió a poner sus ojos en mí.

—Tenemos que hablar —me dijo.

Me quedé helada, no podía reaccionar. ¿Qué hacía Edu en mi casa? ¿Cómo sabía dónde vivía? Nunca había estado allí.

O quizá sí...

Recordé una vez que lo hicimos en su coche al salir del gimnasio. Me dejó justo en la puerta de casa, solo había tenido que buscar mi nombre en los buzones. Fue una noche dolorosa para mí en la que no sé cómo le justifiqué. Tuve que pedirle que me trajera porque no salió de él, pretendía que me arrojara la ropa a toda prisa para que no perdiera el autobús.

—Estamos de celebración, no es el momento —le dije.

Edu miró a Ganesh con cara de asco, pero él no le devolvió el gesto de desprecio. Ganesh era mucho más profundo y tenía más seguridad en sí mismo que Edu, para él los cuerpos de gimnasio y la ropa cara no eran señales de superioridad.

—Te espero en el salón —me dijo Ganesh.

Esperé hasta que cruzó la puerta del salón y le dije a Edu:

—¿Es que no me has oído? No puedes estar aquí.

—No, no vamos a aplazarlo más. Me dijiste que me llamarías y no lo has hecho.

—No quiero hablar contigo. ¡No tengo nada que decirte!

—Pues a mí me parece que sí. ¿Quién es ese? —me preguntó.

Me crucé de brazos y le dije:

—A ti qué te importa.

—Claro que me importa, tengo que saberlo. ¿Por eso estás así? ¿Has tirado lo nuestro por la borda por ese? —Arrugó la frente, mirándome con tristeza.

A pesar de mi fachada de dura, sentí algo de compasión por él. En realidad, creía que Edu no lo hacía adrede, simplemente no se daba cuenta de lo egoísta y desconsiderado que era. ¿Por qué si no estaba reaccionando así? ¿Por qué se mostraba tan vulnerable ante mí? Solo había dos posibilidades: o me quería de verdad o verme con Ganesh había herido su orgullo.

—Vale, te prometo que hablaremos. Pero tienes que irte, este no es el lugar.

—¿Que no es el lugar? Es tu casa —dijo dolido—. El sitio más adecuado para hacerlo. Al que, por cierto, nunca me has invitado —me reprochó.

—¿Para qué iba a hacerlo? ¡Nunca querías verme fuera del gimnasio! ¿Por qué estás haciendo esto? ¡Yo ya me estaba olvidando de ti!

—¿Por qué va a ser, Gema? Porque te quiero... —dijo angustiado.

Madre mía. ¿Había cometido un error? ¿Edu siempre me había querido? Todo parecía apuntar a que sí, su cara de desconsuelo parecía real. ¿No era aquello lo que siempre había querido, un final feliz con él? Pues ahí lo tenía, se había plantado en mi casa para recuperarme.

—Un momento —dijo Inma. Nos había estado mirando como el que ve un partido de tenis, girando la cara de uno al otro al ritmo de nuestro enfrentamiento dialéctico. Me agarró del brazo y me preguntó—: ¿Puedo hablar contigo a solas?

Miré a Edu un segundo y la seguí.

—¿Qué estás haciendo? ¿Es que eres tonta? —dijo cuando entramos en mi habitación—. ¡Te va a convencer! ¡Te lo estoy viendo en la cara! Y sabes perfectamente que ese tío es un imbécil que no merece ni un segundo de tu tiempo.

Le aparté la mirada, probablemente no podía quitarle la razón.

—¿Y si las cosas no iban tan mal como creía? ¿Y si he sido demasiado impaciente?

—Mira, puede que Edu te engañe a ti, que se aproveche de lo que sientes por él para manipularte. Pero conmigo no puede, yo no siento ningún afecto por Edu —me dijo.

—Quizá ese sea el problema, que no eres objetiva con él porque te cae mal.

—No digas tonterías. ¡Eso no tiene nada que ver! Cualquier persona a la que se lo cuentes te dirá lo mismo que yo.

Me froté la frente agobiada, sentí que empezaba a saturarme.

—Vale, déjame pensarlo con tranquilidad... —le pedí—. Me han pasado demasiadas cosas esta noche, estoy sobrepasada.

—No tienes nada que pensar, lo que te pasa es que tienes miedo de lo que sientes. Hacía tiempo que no te oía mencionar a Edu, creo que solo estás intentando coger un desvío para no caer en los brazos de Ganesh.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo? No intento escapar de nada —le negué.

—Sí lo haces, te interesa creer a Edu porque tienes prejuicios.

—Intenta no pasarte, ¿vale? No vayas por ahí —le advertí.

—Ganesh te encanta, pero no te ves saliendo con él porque es indio.

Me enfureció que dijera eso. Estaba insinuando que era una racista, una inculta intolerante. ¿Cómo se atrevía? Era yo quien tenía que recordarle siempre que tuviera cuidado con lo que decía.

—Te imaginas paseando de la mano con él y no te sientes capaz, te avergüenza cómo viste —me acusó.

La miré amenazante, conteniéndome para no explotar.

—Venga, dime que es mentira —me desafió.

No quería planteármelo, era un dato embarazoso que podía hablar mal de mí.

—No reduzcas el problema a esa tontería, a ti tampoco te gusta cómo viste —le dije.

Inma se cruzó de brazos y respondió:

—A mí no me importaría ese detalle tan superficial si estuviera enamorada.

Ya no podía más, me estaba poniendo en una situación demasiado incómoda. No quería verbalizar las pequeñas cosas de Ganesh que me preocupaban, algunos detalles que no iban con mi estilo de vida ni mi forma de ser. Tensé todo el cuerpo y le grité:

—¡Ya está bien! ¿Quién te ha dicho que estoy enamorada de Ganesh? Pero, ¿sabes qué? ¡Que aunque lo estuviera sería para pensármelo! No tenemos nada en común. ¡Su cultura y la mía son completamente opuestas! Su familia es de lo más retrógrado que existe, no podría tener una relación con él.

Inma cerró los ojos con los labios apretados y giró lentamente la cara hacia la puerta. No necesité que me dijera qué le pasaba, me lo imaginé, ya no estábamos solas.

Ganesh estaba apoyado en el marco de la puerta. Miró al suelo y dijo:

—Será mejor que me vaya. No me *apetese* tener que hablar de esto.

Inma se tapó la boca horrorizada, pero más lo estaba yo. Me quedé clavada al suelo, no había sentido un espanto más grande en toda mi vida.

La puerta de la calle se cerró, Ganesh se había ido. Pero todavía no podía moverme, me habría quedado allí de pie toda la noche de no haber recordado que Edu estaba en el recibidor.

—Bien, le has dicho que aquí sobra —dijo aliviado.

Ya ni siquiera me seducía la idea de que Edu pudiera quererme de verdad, después de lo que acababa de pasar me daba igual. La situación con él volvió a provocarme tanto rechazo como días atrás, por mucho que intentara conmoverme no dejaba de ser el mismo Edu de siempre, alguien que no me convenía. Era como si estuviera atrapada en un lodazal y cada vez que sacaba un pie Edu me empujara hacia dentro. Lo estaba llevando muy bien hasta que había aparecido en mi casa, sabía que mi vida era mejor sin él. Debía ponerme firme, acatar la decisión que yo misma había tomado.

—Te estás equivocando —le dije—. No se trata de escoger entre tú y él. Esto es por mí, porque lo poco que me dabas ya no me interesa. Tú no podrías competir con Ganesh, perderías antes de empezar. Te va demasiado grande.

Edu me miró sorprendido, no era lo que esperaba oír.

—Pero a ti qué te pasa... ¡Pensé que nos estábamos reconciliando! ¿Me has hecho esperar aquí como un idiota para esto? —me recriminó.

—Vaya, no sabes la pena que me das. Yo he estado esperándote todo un año.

Comenzó a revirarse. Su ira creció rápidamente, fue de cero a cien en un segundo. Entrecerró los ojos, apretó los dientes y dijo, levantando un dedo:

—Mira, pedazo de choni, ¡estoy hasta los huevos de ti! No te creas tan importante. ¡Para mí nunca lo has sido! Si he pisado hoy tu mierda de barrio es porque no puedo permitir que le cuentes lo nuestro a Ruth.

Inma me dio con el codo y dijo:

—Qué te decía yo...

Ni siquiera la miré, estaba tan impactada que no podía girar la cara.

Edu se tiró de las mangas de la cazadora con rabia y añadió:

—No se te ocurra abrir la boca, ¿me oyes? Tú no tienes futuro, siempre serás una estúpida que se lo hace con cualquiera en las duchas de un gimnasio. Pero yo sí, yo sí lo tengo.

Lo miré impresionada, nunca imaginé que Edu me pudiera hablar así. Pero en el fondo me alegré, finalmente estaba mostrándome su verdadera cara, aunque solo fuera porque había tenido un arrebató de dignidad. De repente entendí por qué últimamente parecía importarle, por qué me había perseguido y rogado fingiendo que me quería. Estaba cagado de miedo, creía que tenerme contenta era lo más seguro para él.

—Mira, pedazo de picha floja —le dije, en el mismo tono desagradable que él había empleado conmigo—, sal de mi casa ahora mismo. ¡Tú no me llegas a mí ni a la suela de mis zapatillas de estar por casa! Puedes largarte tranquilo, me daría vergüenza contarle a Ruth que me he estado acostando contigo, sabe tan bien como yo que esa cosa arrugada que tienes ahí no se te levanta.

Edu miró a Inma. Con su cara de horror confirmó lo que le acababa de decir.

—¡Dios, qué asco! —exclamó Inma—. ¿Es como una lombriz, como esos gusanos asquerosos que salen de la tierra cuando llueve? —dijo riendo.

—Eso mismo, algo así. Y encima la llama Bratwurst. ¿Te lo puedes creer? ¡Bratwurst, como las salchichas! —dije muerta de risa.

Edu se irguió, intentando adoptar una postura elegante, y dijo:

—¡Mientes!

—Ah, ¿sí? —le reté—. ¿Sabes que le habla en alemán, como si esa cosa suya tuviera orejas? —le dije a Inma—. No sé qué le dice pero, créeme, es lo más ridículo que he visto nunca.

Inma se apoyó en mi brazo y nos echamos a reír histéricas. Edu se puso tan colorado que no se sabía dónde empezaba el cuello rojo de su jersey.

—¡Recuerda lo que te he dicho, ni una palabra a Ruth! —me volvió a amenazar.

—Bueno, ya veremos... —dije tranquila.

Salió de mi casa dando un portazo. Oí cómo bajaba las escaleras dando zancadas. Cuando dejé de oír sus pasos sentí un alivio inmenso, mi mente y mi cuerpo parecían más ligeros. Fue como si me hubiera liberado de un gran peso. El nubarrón que siempre estaba sobre mi cabeza y me perseguía allí donde iba había desaparecido. Por fin podía avanzar. Me sentía capaz de pensar con claridad.

—Sienta bien, ¿eh? —dijo Inma.

—Sí, la verdad es que me he quedado muy a gusto.

—Pues no te relajes tanto, a ver cómo les explicamos esto a nuestros invitados.

El estómago me dio un brinco al recordar a Varun y a Namgyal, debían de estar alucinando en

el salón. Pero eso no era lo que más me angustiaba, me mataba haber ofendido de manera tan grave a Ganesh. No podía soportar la idea, me morí de la vergüenza al recordarlo. Debía de estar tan decepcionado conmigo que entendía que no quisiera volver a saber de mí.

Se me hizo un nudo en la garganta al recordar nuestro beso. Pensé en nuestras risas de aquella noche y sonreí con tristeza. Me di cuenta de que algo grande estaba creciendo en mí, tan solo hacía unos minutos que Ganesh se había ido y ya le echaba de menos.

## CAPÍTULO 30

—Uy, ¿qué hora es? ¡Se me ha pasado la mañana volando! —exclamó Eva.

—No te hagas ilusiones, todavía te falta una hora para salir. —Me acerqué a la recepción y puse mi bolso sobre el mostrador.

—¿Entonces qué haces aquí? Llegas muy pronto.

—Quería hablar contigo. ¿Está Jordi? —le pregunté.

—Se ha metido en su despacho a comer. Acaba de entrar, todavía estará pesando el pollo y la pasta.

Menudo chupacables. Pesaba dos veces los gramos de comida que ingería, una en su casa y otra en el gimnasio, para asegurarse de que tomaba la cantidad exacta de hidratos de carbono que su cuerpo necesitaba. Era como si un gramo de más lo pudiera matar. El cerebro de una oveja era capaz de procesar información más compleja que el suyo.

—Verás, necesito pedirte un favor —dije toda sonrisas.

Eva arrugó el entrecejo y frunció los labios, mirándome recelosa.

—¿Un favor? ¿Pero tú qué te crees, que yo soy Cofidís?

Intentaba ser graciosa, pero no lo era. Eva era demasiado repipi, además de más sosa que un pan sin sal. A pesar de ello me reí, necesitaba ganármela.

—No te preocupes, no voy a pedirte dinero. ¿Por qué iba a hacerlo? Jordi nos paga muy bien.

—Rodé los ojos socarrona, para que entendiera que no lo había dicho en serio.

—Bueno, desde que nos subió el sueldo tampoco nos podemos quejar.

¿Qué? ¿Jordi le había subido el sueldo a aquella ameba que nunca le quitaba el precinto a la tinta de la impresora? ¿Y por qué a mí no? Hijo de su madre... Le deseé que se le fuera un espagueti por la nariz.

—Ya, a veces nos quejamos por gusto.

Eva me dio la razón, asintió efusivamente.

—Quiero preguntarte si te importaría cambiarme el turno durante una temporada. Me gustaría hacer un curso y solo se imparte por las tardes —le mentí.

No tenía pensado estudiar. Alguna vez había me había dicho a mí misma que debía terminar los créditos de la carrera que me faltaban, pero ese no era mi plan en aquel momento. Lo que me había propuesto era encontrar otro trabajo, cualquiera, y hasta que lo consiguiera evitar compartir espacio, e incluso oxígeno, con Edu.

—Uy, eso que me pides es mucho pedir. El turno de mañana es muy codiciado.

—Solo serán dos meses, lo que dura el curso.

No sabía cuándo iba a conseguir dejar el gimnasio, si es que encontraba otro trabajo, pero poner una fecha resultaba más creíble.

—¡Dos meses! ¡Jesús, eso es una barbaridad! —exclamó.

—Bueno, yo también hago jornada partida los días que tu hijo se pone enfermo, y no creas que es un horario cómodo. No me permite hacer nada más en todo el día.

—Pero eso es por necesidad. Casos de fuerza mayor. Mi bebé se resfría con mucha facilidad, es de moco fácil. ¿Cómo quieres que lo lleve malito a la guardería? —me preguntó ofendida—. Tengo que ocuparme de él hasta que mi suegra llega de la residencia. No sabes con qué tranquilidad se lo toman todo estos ancianos, como allí se lo ponen todo por delante pierden la

costumbre de mover el culo. Anda que no viven bien en los asilos.

Me entraron ganas de estrangularla con el cable del teléfono. Pero además de ser un delito no me convenía, si Eva moría, me iba a tocar hacer el turno de las dos.

—No te estoy echando en cara que tu hijo se ponga enfermo, solo intento hacerte ver que ambas nos necesitamos. Hoy por ti y mañana por mí.

—De verdad, qué egoísta eres, como todos los solteros —me soltó—. Y los ancianos. Sí, esos también se creen que tenemos que sacrificar nuestras vidas por ellos y que todo tiene que girar a su alrededor.

La conversación no estaba yendo como había esperado. Eva no era santo de mi devoción, ni siquiera me caía bien, pero creí que se sentía agradecida por los puentes que la había sustituido, por los meses de agosto que le había cedido para que sus vacaciones coincidieran con las de su marido y todos los turnos partidos que había hecho para que pudiera cuidar a su hijo. Pero no, daba por hecho que lo tenía que hacer por sistema, que era mi obligación salvarle su culo de princesa.

—La única egoísta que hay aquí eres tú —me revolví—. Sí, como muchos casados con hijos que creen que los solteros no tenemos problemas. ¿Qué te piensas, que todo tiene que girar alrededor de ti porque estás casada y tienes un bebé? Si tanto te complica eso la vida, divórciate y da el niño en adopción. O lo metes en un asilo, como has hecho con tu suegra, esa pobre mujer a la que solo llamas cuando necesitas algo de ella.

Eva me miró boquiabierta, parecía que la mandíbula se le iba a desencajar.

—¡No tienes ningún derecho a hablarme así! —me gritó.

—Ni tú de ser tan insensible y desagradecida.

—¡Los favores se hacen de corazón, no para que te los devuelvan!

—Muy bien. Pues la próxima vez búscate a otra tonta que te sustituya a primera hora de la mañana. A ver si la encuentras, porque en esta recepción solo trabajamos tú y yo. A partir de hoy, como no tengo preocupaciones por ser soltera, no pienso poner un pie fuera de la cama antes de las diez. Quien tenga que hacerlo, que se jorobe —le solté—. Oh... Lo siento, esa eres tú —me puse los dedos sobre la boca fingiendo esconder una risita.

Sabía que me había pasado, sobre todo por haberle dicho que diera a su hijo en adopción. Pero no pude contenerme, estaba harta del gimnasio y de tener que aguantar que tanto Eva como Jordi me subestimaran. Lo hice por mí y por la suegra de Eva, estaba segura de que si pudiera haberme oído habría aplaudido.

—¡Eres una bruja! ¡Veó que es verdad todo lo que Jordi me dice de ti!

Estaba llegando a la puerta, pero me di la vuelta y contesté:

—Me imaginaba que Jordi hablaba contigo. Era evidente que os podíais llevar bien, los dos sois igual de cortos.

Salí a la calle y me apoyé de espaldas en la fachada. Resoplé furiosa, intentando sacar mi agobio y mi frustración. Debía hacerme a la idea de que me tenía que resignar, así que me dije a mí misma que no pasaba nada. Pasaría el tiempo que me quedara trabajando allí lo más centrada y calmada posible. No sabía cuánto iba a ser, pero todo llegaba. No debía hacerme mala sangre porque no me quedaba otra que aguantar.

## CAPÍTULO 31

—Quién te ha dicho que puedes cambiar tu horario sin consultármelo.

Jordi había entrado en la recepción y se había plantado junto a mi silla. Estaba demasiado cerca de mi brazo, en una actitud que casi se podía tildar de agresiva.

—Retírate, no me acerques tanto el asqueroso bulto de tu pantalón de chándal.

Se miró la entrepierna sorprendido, se la agarró y dio un paso atrás.

—Eva me ha contado lo que ha pasado. ¡Cómo te atreves! ¡Hablarle así a una compañera!

—¿Compañera, dices? Eva no tiene ni idea de lo que es el compañerismo.

—¡No tiene obligación de cambiarte el turno! —Entrecerró los ojos y me apuntó con el dedo—. Intentas aprovecharte de ella porque tiene buen corazón. Pero no... No lo voy a consentir.

Lo miré de arriba a abajo, haciéndole saber lo ridículo que me parecía. Cuando se cansó de ponerse en evidencia se irguió, se miró en la pantalla de su reloj y le dio un trago al batido que llevaba en la mano.

No iba a molestarme en replicarle. ¿Para qué? Jordi era demasiado previsible cuando se trataba de mí.

—No voy a discutir contigo sobre Eva, ni tampoco sobre mi horario. Sé que de todas formas se hará tu estúpida voluntad —dije—. ¿Puedes irte ya? Estás entorpeciendo mi trabajo.

—Para de decir tonterías. ¡Estás loca!

Jordi y yo miramos al frente al mismo tiempo. Edu y Ruth estaban discutiendo en la entrada del pasillo de manera acalorada. Intentaban hacerlo en susurros, pero los dos estaban demasiado alterados, hacían aspavientos y subían el tono sin darse cuenta.

—A mí no me llames loca, pedazo de imbécil. Sabía muy bien el rollo que te traías aquí. Por qué te crees que empecé a venir. Sé cómo te comportas en esa situación, recuerda que no es la primera vez —le dijo Ruth.

—Después no quieres que te llame loca. Cómo quieres que no lo haga, ¡lo estás! —exclamó Edu. La miró con incredulidad, pero Ruth se puso las manos en las caderas en actitud desafiante y él se acobardó. Carraspeó nervioso, abrió el batido que llevaba en la mano y le dio un trago.

Las manos me empezaron a temblar. Finalmente estaba pasando lo que tanto había temido. Pero, ¿por qué ahora? ¡Por qué! No era necesario, ¡ya no había nada entre Edu y yo! El karma... El karma existía y no se había olvidado de mí, a pesar de que yo no era quien le había debido fidelidad a Ruth. Por lo visto, el rencoroso karma contemplaba la responsabilidad solidaria, como el Código Penal.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero no me vas a convencer. Te conozco bien y sé que es verdad. La has cagado, imbécil, te has quedado sin casa —le anunció Ruth.

Al oír eso, Edu tuvo un arrebató de valor, apretó los dientes y dijo:

—No vas a poder demostrarlo.

Ruth se acercó un poco más a él, de manera lenta y amenazante, y le dijo:

—Solo necesito un pelo, y esta mañana había un buen manojo en tu cepillo. Te estás quedando calvo.

¿De qué narices estaban hablando? Me relajé un poco, ya no estaba tan segura de que el motivo de la pelea fuera yo. ¿Qué tenía yo que ver con la coronilla despoblada de Edu? Nada, el tema debía de ir por otro lado.

Ruth se acercó taconeando decidida al mostrador.

—Borra el número de cuenta bancaria que hay en su ficha —me pidió.

La miré dubitativa, no sabía si debía obedecerle.

—Puedes hacerlo tranquila, el dinero de esa cuenta es mío —dijo.

Ivanka cruzó la puerta de la calle y miré hacia ella. Supuse que mi inquietud se reflejaba en mi cara porque detuvo el paso, mirándome intrigada.

Edu se acercó a la recepción y le dijo a Ruth:

—No pienso quedarme de brazos cruzados, ¿entiendes? ¡Demostraré que es mío!

—¿Para qué? ¿Crees que te lo van a dar? Acéptalo, te tengo cogido por las pelotas —dijo Ruth.

Ivanka, que estaba parada a medio camino de la recepción, levantó las cejas y formó un círculo con los labios.

—Borra ese número —me volvió a pedir Ruth—. Este idiota ya no tiene quien le pague sus caprichos.

Percibí movimiento por el rabillo del ojo, Ivanka me estaba haciendo señas. Al mirarla sacudió su móvil en el aire, señaló hacia la calle y se fue.

—Relaja el tono, tía, estás humillando al pobre chaval —le dijo Jordi a Ruth.

—Tú cierra la boca, esto a ti también te va a salir caro —le amenazó ella.

Vale, ahora sí que estaba perdida. ¿Qué tenía Jordi que ver con la discusión? Se había puesto blanco como un fantasma. Por primera vez en la vida, él estaba entendiendo algo que a mí se me escapaba.

Mi móvil sonó, me había llegado un WhatsApp. Era de Ivanka.

«Hijo suya pedir. Guarra de Edu ser».

¿Qué? Era indescifrable. Parecía que lo había escrito Yoda, el muñeco ese verdoso de *Star Wars*. Si lo que pretendía Ivanka era ayudarme, estaba consiguiendo todo lo contrario.

Jordi se envalentonó. Sacó pecho y le dijo a Ruth:

—¿Qué estás insinuando? Ten cuidado con lo que dices, calumniar es un delito.

Enseguida me llegó otro WhatsApp de Ivanka, ni siquiera me dio tiempo de dejar el móvil sobre el escritorio.

«Edu mucho dinero debe. Casa suyo de Ruth ser».

Dios, ¿pero qué estaba diciendo? Su expresión escrita era todavía peor que la oral. Quizá era porque intentaba escribir tan deprisa que no le daba tiempo de pensar. En cualquier caso, no podía descifrar sus mensajes si quería estar atenta a la discusión.

—Sé muy bien lo que digo. He leído tus mensajes en su teléfono —le dijo Ruth a Jordi.

Jordi levantó las manos asustado, dio un paso atrás y negó con la cabeza.

—No es lo que crees, te estás equivocando —dijo.

«Edu toma algo que pone a él como moto. Ruth cree que Jordi dar».

Ese último WhatsApp lo entendí perfectamente. En realidad estaba claro, yo misma había pensado alguna vez que esos dos estaban tomando algo que los alteraba. Sudaban a chorros, se ponían histéricos por cualquier tontería, hacían ejercicio como si les fuera la vida en ello y cada día estaban más inflados. Los pectorales de Edu ya no eran de este mundo. Además, no sabía si

era también su caso, pero Jordi se pasaba la vida en el váter, tenía descomposición cada día.

—Así que cocaína, ¿eh? ¿Sabes el tiempo que te va a caer por eso? Por fin podrás leer tu primer libro —se burló Ruth de Jordi.

Claro...

Jordi iba continuamente al váter...

¡Como el novio de Ivanka!

Los batidos. Miré los batidos que tanto Jordi como Edu tenían en la mano. ¿Qué porquería llevaba eso? Seguro que nada bueno, incluso podía ser ilegal.

—No es cocaína, Ruth, son los batidos —salté.

Jordi y Edu se miraron alarmados. Habían estado sonriendo irónicos, intentando quitarle importancia a la acusación de Ruth. Pero sus bobas sonrisas habían desaparecido de sus caras.

Edu se quedó tan alucinado que Ruth pudo quitarle el batido de la mano antes de que se diera cuenta. Cuando Edu se percató dio un respingo, pero Ruth ya estaba leyendo la parte trasera de la etiqueta.

—Vaya, vienen de China... —dijo Ruth—. Dudo que los traigas de manera legal, los ingredientes ni siquiera están en español. —Sonrió a Jordi victoriosa—. Me lo llevo, averiguaré qué mierda lleva esto.

Tuve que reprimir la risa. Apreté los labios y me salió un ruidito por la nariz.

—Borra ese número de cuenta —me pidió Ruth de nuevo—. No quiero irme de aquí hasta estar segura de que ya no está en su ficha.

Iba a hacerlo encantada, cualquier cosa que pudiera fastidiar a Edu me parecía perfecta. Ahora que me sentía a salvo, que estaba segura de que Ruth no sabía lo que había tenido con él, me apetecía echarle una mano con todo lo que pudiera.

Jordi se inclinó sobre la pantalla del ordenador y dijo:

—¿Qué pone ahí? ¿¿¿Capullo impotente???

El estómago se me encogió. Agrandé los ojos horrorizada y bajé la ficha de Edu a toda prisa, pero Jordi me quitó el ratón y la volvió a subir.

—Eva nunca haría una cosa así. ¡Has tenido que ser tú! —me inculpó.

No quería mirar a Edu, pero los ojos se me fueron instintivamente hacia él. Nos había dado la espalda y miraba hacia el techo frustrado, con las manos en las caderas.

—¿Qué? ¿Y por qué no ha podido ser Eva? No es la dulce y responsable empleada que crees —intenté escabullirme.

¿Por qué se me ocurriría escribir eso en la ficha de Edu? «CAPULLO IMPOTENTE». Con todas las letras. ¡Y en mayúsculas! Ni siquiera recordaba que lo había hecho. Hacía un tiempo considerable de eso, fue el día que conocí a Ruth. ¿Por qué no lo había borrado? ¿Por qué no había pensado que alguien lo podía ver? Era una idiota, yo misma me había descubierto.

—Pero no lo entiendo... —dijo Jordi, como buen unineuronal—. ¿Qué tienes en contra de este pobre tío? Además, ¡tú qué coño sabes! Ya te gustaría a ti que te enseñara cómo se le pone.

Agaché la cara y miré a Ruth medio segundo bajo mis cejas. No me atrevía a mirarla directamente por si ella sí había entendido qué me había llevado a escribir eso sobre Edu. Pero Ruth no tenía un pelo de tonta, por supuesto que lo había cogido al vuelo.

—Ya lo ha comprobado... —musitó asombrada—. Claro que sí, por eso lo sabe.

Edu se dio la vuelta hacia el mostrador y me miró fuera de sí.

—¡Eres una estúpida! ¡Sabía que tarde o temprano la ibas a fastidiar! Parece mentira. ¡¿Cuántos años tienes, catorce?! —exclamó irritado. Pero después me miró de medio lado y añadió, casi en un susurro—: Sí, me acabo de dar cuenta... Solo pudo ser obra de alguien tan

infantil como tú. ¡Tú! ¡Tú me pinchaste las ruedas del coche! —me acusó. Sonrió orgulloso, como si hubiera descubierto la clave de la inmortalidad.

No podía ser más lerdo. ¿Qué se creía, del CSI? Mi única venganza contra él había sido sonarme la nariz en su toalla una vez, y eso no se podía considerar un acto infantil. Bueno, o sí, pero una niña no se habría sentido tan satisfecha como yo después de hacerlo.

—Búscate a otra tonta que te pague las ruedas, Grissom —le dije—. Cuando llegaste estaba sentada en la recepción, no te pude ver aparcar. ¿Cómo iba a saber dónde habías dejado el coche? A saber a cuántas manzanas fue, en esta calle nunca hay aparcamiento. Por cierto —añadí—. No creas que se me ha olvidado, me debes sesenta euros.

Supuse que aquel día lo habría aparcado en un sitio que no podía ver desde la recepción, porque levantó un puño y lo apretó con rabia frente a él. Pero no dijo nada sobre mi dinero, me quedé sin saber si me lo iba a devolver.

—Ruth... —dijo suplicante—. Tranquilicémonos, ¿de acuerdo? No ha significado nada para mí, solo ha sido un ridículo error. Por favor, no dejemos que algo tan bonito, tan grande como lo nuestro muera.

Me habría gustado que, al menos, hubiera sido un poco original. Esa frase me la había dicho a mí cientos de veces.

—Ni me roces —dijo Ruth, zafándose de la mano que Edu iba a ponerle en el brazo—. Solo te lo voy a decir una vez, desaparece de mi vista para siempre.

Edu me lanzó una mirada furiosa. Pero obedeció a Ruth, se dio la vuelta y desapareció maldiciendo por el pasillo.

Jordi, que había estado mirándome pasmado, inspiró hondo y me gritó:

—¡Estás despedida!

Lo primero que sentí fue terror, casi rompo a llorar. No podía quedarme sin trabajo, no tenía otro. ¿Cómo iba a pagar el alquiler? Estaba tan afectada por haber defraudado a Ruth que al principio no caí en que Jordi, sin darse cuenta, me había hecho un favor.

—No, por favor. ¡No me dejes sin trabajo! —fingí rogarle—. Ten un poco de compasión. ¿De qué voy a vivir?

Recé para que no se le ablandara el corazón. No podía pasarme otra cosa mejor que Jordi me echara a la calle, no iba a tener más remedio que arreglarme el papeleo con el que me concederían el subsidio por desempleo. No me podía creer mi suerte, unas horas antes estaba pensando tirarme delante de un patinete eléctrico para no tener que entrar a trabajar y ahora estaba conteniéndome para no saltar de alegría.

—Búscate la vida, ese no es mi problema —me soltó—. Quiero tus llaves sobre mi mesa antes de irte, mañana no te quiero ver por aquí—. Salió del mostrador y se dirigió a su despacho con sus habituales andares de chulo.

Ruth me miró un momento en silencio, negó con la cabeza y dijo:

—¿En serio, Gema? ¿Te has estado acostando con el mentiroso patético de mi marido? Por mí te lo puedes quedar. Pero, sinceramente, no lo entiendo, esperaba mucho más de ti.

Bajé la cara avergonzada, incapaz de quitarle la razón.

## EPÍLOGO

La Navidad estaba llegando, las calles ya estaban adornadas, campanas y copos de nieve gigantes las iluminaban y hacían el ambiente festivo. La gente paseaba de la mano con sus hijos a pesar de que había anochecido y hacía frío. El aire era helado, te insensibilizaba los mofletes y te enrojecía la nariz. Pero olía a almendras garrapiñadas y a churros rellenos de crema, varios puestos del mercado navideño del barrio los vendían y no pensaba irme a casa hasta hacerme con un churro bien gordo. Me sentía genial. Todavía no tenía trabajo, pero miraba al futuro con ilusión. Confiaba en que algo bueno me tenía que llegar. Después de mi mala época volvía a ser yo, la misma que era feliz por cosas tan simples como comerse un churro relleno.

—¿Por qué poner vosotros esto en portal? Yo no saber cómo no da asco a ti.

—La verdad es que no lo sé. Me imagino que es un campesino al que le dio un apretón cuando Jesús estaba naciendo. —Cogí el caganer de la mano de Ivanka y lo observé dándole vueltas.

Me recordó a Jordi, él podría haber encarnado al caganer en un belén viviente. De hecho, no hubiera necesitado interpretar porque el personaje le salía natural. Estaba muy contenta por haberle perdido de vista, solo me acordaba de Jordi en casos muy concretos como aquel. Para mí, igual que me pasaba con Edu, era pasado. Uno al que jamás iba a volver.

—¿Cómo va lo de la denuncia? ¿El abogado cree que le podrá sacar algo a Jordi?

—Eso esperar yo, con dinero ese quiero pagar boda mía.

Me imaginaba que algo conseguiría. A Ivanka le sobraba determinación y Justo era lo que era, un chanchullero y un delincuente. Esperaba que le sacara a Jordi todo lo que pudiera por haberse puesto enfermo al tomarse aquel batido. Estaba repleto de sustancias químicas y anabolizantes que solo se podían tomar por prescripción médica. Esos batidos eran la bomba para aumentar el tamaño de los músculos, pero también tenían posibles efectos adversos, como problemas intestinales, irritación, impotencia y daños en el hígado. Jordi se creía Dios, pero no era más que un cazurro que ponía en riesgo su salud y la de los demás. Empezó tomándolos él, y al ver que le funcionaban los comenzó a vender en el gimnasio. De hecho, le iban tan bien que pensó que subiendo la ingesta diaria aumentaría el tamaño de su musculación en menos tiempo. Otro gran error por su parte, porque eso fue lo que le delató, yo no habría percibido que algo extraño le pasaba, ni tampoco a Edu, de no haberseles incrementado los síntomas de los efectos adversos. Al parecer, Ruth lo había notando desde hacía meses, pero Edu me dedicaba tan poco de su tiempo que yo no lo conocía tan bien como para darme cuenta.

—¿Ruth ha llamado a ti? Yo sentir un poco mal, no gusta a mí que ella pensar que solo quería sacar información a ella.

—No, hace días que no sé nada de Ruth. Pero supongo que es mejor así. Estaba liada con su marido, sería una amistad un poco rara.

Ivanka rodó los ojos.

—¿Rara, decir tú? Yo no *conoser* historia rara como la de Ruth con guarro esa. Bah, tú ser muy normal. Tú solo abrirte patas con un tío casado.

Estaba de acuerdo con ella. Cuando Ivanka me contó todo lo que había averiguado charlando con Ruth, me quedé a cuadros.

Descubrí que Edu era el padre del hijo de Ruth, su primer marido no tenía ni idea, y ella quería por todos los medios que continuara siendo así. Se quedó embarazada cuando le era infiel con Edu, y él, cuando se enteró de que era el padre, accedió a guardar el secreto porque le convenía.

Si abría la boca se quedaba sin nada. Todas sus propiedades estaban a nombre de Ruth: su casa, la moto y hasta algunas de sus cuentas bancarias. Debía un dineral a Hacienda que no quería pagar y esa era la única manera de que no le embargaran.

—¿Qué va a pasar con niño? Eso debería ser lo único que importe a ellos. En pueblo mío había niño que criarse con mujer que tenía gran mostacho, cogió disgusto muy gordo cuando enterarse de que ella no ser su padre.

Ladeé la cabeza y le pregunté:

—¿Puede ser que ya me hayas hablado de esa mujer? Creo que me suena. ¿No es la misma a la que al morir su hijo le quitó el bigote para hacerse un gorro?

Ivanka se tapó la boca y sus hombros empezaron a brincar, se estaba partiendo de risa.

—¡Qué! —dije impaciente.

—Yo *desir* muchas veces a ti, ¡tú ser tonta perdida! Tú creer todo lo que dicen a ti.

Meneé la cabeza asombrada, pero también me eché a reír. Menuda cuentista, por detalles como esos me había costado confiar en ella. Aunque ya no era el caso, sabía que me apreciaba de verdad.

—Pues no sé qué pasará con el niño. Pero pobre crío —dije pensativa—. Aunque en el fondo entiendo a Ruth, yo también habría preferido que el padre de mi hijo fuera cualquiera menos Edu. ¿Qué clase de persona antepone el dinero a su hijo? Un padre normal habría luchado por su custodia, aunque eso le hubiera supuesto perder hasta el último céntimo.

Ruth era muy lista. Era sibilina y calculadora. Se apuntó al gimnasio esperando coger a Edu dando un paso en falso. Lo notaba extraño justo cuando salía de entrenar y sospeché que allí hacía algo más que levantar pesas, creyó que estaba consumiendo cocaína. No era la primera vez, y Ruth vio el cielo abierto, planeaba utilizarlo en su contra. Estaba deseando deshacerse de Edu y demostrar que era un adicto le iba suponer un impedimento para conseguir la custodia del niño en caso de que quisiera demostrar su paternidad. Edu quizá lo habría hecho para devolvérsela a Ruth, porque al firmar el divorcio ella se habría quedado con todo.

Ya ves, y yo pensando durante tanto tiempo que era Ruth la que no quería separarse de él. Eso le habría gustado a Edu. Ahora estaba segura de que no podía vivir sin ella, tanto por el tema económico como por el sentimental. Llegué a la conclusión de que se acercó a mí solo porque Ruth lo rechazaba, para subirse la autoestima. Por supuesto, nunca me había querido, ni pensaba dejarla por mí.

—Sí, guarro esa no quiere a nadie —dijo Ivanka meneando la cabeza—. Él *merese* mucho más que coscorrón levantando pesas, yo esperaba que él romperse pierna.

Fruncí el ceño y le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

Pero enseguida caí. La boca se me fue abriendo a medida que la idea tomaba forma en mi cabeza.

—¿Fuiste tú quien tiró el aceite corporal donde Edu estaba haciendo pesas?

—Bueno, puede que a mí derramárseme un poco —admitió.

—¿Que se te derramó? Dudo que fuera por accidente —dije asombrada—. Espera... —añadí justo después—. ¡También le pinchaste las ruedas del coche!

—¿Eh? —Estaba tecleando en su teléfono, pero no parecía que lo hiciera para disimular, simplemente no sentía remordimientos—. Tú deberías *agradeser* a mí. Yo arriesgarme mucho, podrían haberme descubierto —dijo.

Todavía estaba alucinada, pero el acto vandálico de Ivanka comenzó a parecerme de lo más cómico. ¿Había estado bien lo que había hecho? Seguramente no, uno no iba por ahí tomándose la

justicia por su mano. Pero me enterneció que hubiera sentido aquel instinto de protección hacia mí. Éramos amigas. Sí, Ivanka era mi amiga de verdad.

—¡Nosotras estar aquí! —gritó. Estiró el cuello por encima de mi hombro, levantó la mano y se señaló desde arriba.

La miré extrañada. ¿Con quién hablaba? Pero entonces me giré y vi a Inma acercándose entre la gente. No iba sola, le acompañaba un chico atractivo y bien plantado que caminaba mirando al suelo. Apreté los ojos un par de veces seguidas. Estaba irreconocible... ¿¿Era Ganesh?? No me lo podía creer...

Les di la espalda nerviosa, necesitaba tiempo para recomponerme. Ivanka asintió satisfecha y lo entendí, me había preparado una encerrona con Inma.

—¡Hola, qué hacéis! —dijo Inma, como si el encuentro hubiera sido casual.

No le contesté. Mi mirada estaba clavada en la de Ganesh y me había quedado como en trance. No era capaz de reaccionar, solo podía mirarle.

—Hola —me saludó.

Me sonrió y sacudí la cabeza. Había recuperado el control, pero seguía asombrada.

—No te había reconocido. Estás muy diferente... —dije.

—Bueno, *quisá* un poco. He *iddo* de compras. —Con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo, levantó las puntas de los pies y se miró los pantalones.

Estaba guapo a rabiar, moderno pero con estilo. Llevaba un abrigo azul grisáceo ligeramente entallado, unos vaqueros azules que se le ajustaban donde dicta la moda este siglo y un cálido suéter gris. En los pies llevaba unos botines de ante, de punta redonda y con cremallera, y una bufanda de lana de las que se meten por la cabeza y te las tienes que enrollar le abrigaba el cuello. Se había levantado el flequillo en una onda, pero la había dejado caer con un aire natural. Era otro Ganesh, no tenía nada que ver con el que había conocido.

—Debería hacerme *personal shopper*, está claro que tengo arte para eso —dijo Inma.

—¿Habéis ido juntos a comprar? —dije sorprendida.

Ivanka rodó los ojos. ¿Por qué? ¿Se me escapaba algo?

No... Qué vergüenza.

Me sentí fatal. Comprendí que Ganesh le había pedido ayuda a Inma con su ropa. Quería gustarme. Aquella noche, la de la desastrosa cena en mi casa, debió de oírme decir que odiaba cómo vestía. Entre otras cosas que no me apetecía recordar, las mismas por las que, casi dos semanas después, todavía no me había atrevido a hablar con él.

—Bien, nosotras nos vamos —dijo Inma—. Hace un frío que pela y este asunto ni nos va ni nos viene. Ya nos lo contarás todo después al detalle. —Se agarró al brazo de Ivanka y se pusieron en marcha.

—¡Inma! —la llamé.

Se dio la vuelta agarrada a Ivanka. La gente de su alrededor tuvo que apartarse para que hicieran la maniobra. Di unos pasos hacia ella y le pregunté:

—Cómo es posible que tengas tan buenos consejos para mí y que no los tengas para ti, que puedas solucionar mis problemas y los tuyos no.

No se lo estaba reprochando, al contrario, era solo que me parecía que debía utilizar en su beneficio la misma lógica y los mismos principios que utilizaba conmigo. Quería que Inma también fuera feliz.

Ladeó la cabeza y me preguntó:

—¿Quién ha dicho que no lo hago?

—Es evidente que no lo haces —dije.

—Es más *fácil* dar consejo que seguir consejo. En pueblo mío había mujer que vendía unguento para cosa de ladillas y ella estar siempre con la mano metida ahí, rascándose el...

—Vale, no quiero oírlo —la interrumpí.

—Pero esto ser verdad —se quejó.

—Que sí, me lo creo, por eso no quiero escucharlo. Venga, que os lo paséis bien.

Ivanka se encogió de hombros, se dio la vuelta y se marchó agarrada a Inma.

Al girarme, Ganesh estaba detrás de mí. Ahora parecía un poco cohibido, como también lo estaba yo. Me abracé a mi pecho resguardándome del frío y miré al suelo sonriendo con timidez. Ganesh también me esquivó la mirada, pero en su cara había una sonrisa sugerente.

—Siento mucho lo que dije el otro día —me disculpé—. En ese momento estaba demasiado confundida y alterada. Pero eso no es excusa, lo sé, nada de eso debió salir de mi boca.

Aunque quizá lo de la ropa no estaba tan mal que lo hubiera oído, la verdad, la prueba la tenía delante de mí.

Ganesh negó con la cabeza y dijo:

—No, supongo que tenías algo de *rasón*. No es *fácil* adaptarse a otras culturas, *todds* creemos que la nuestra es mejor.

Asentí aceptando mi culpabilidad. Sí, creía que la familia de Ganesh era retrógrada, pero a la vez sentía que la había juzgado con una estúpida superioridad. Lo que para mí era un atraso, seguramente para ella era una cuestión de empatía, de que yo no había pensado en cómo debía de sentirse Ruth. Aunque, en este caso, a Ruth le importaba tres pepinos que Edu le fuera infiel. Había estado deseando quitárselo de encima.

—Ratna estará contenta —dije irónica.

—¿Por qué? ¿Porque nos hayamos *distansiado*? No, Ratna no es tan terca como crees, *recapasita* si le das buenos argumentos. Verás, Namgyal era musulmán y Ratna hindú. Ambos tuvieron que *seder*, ahora los dos son hindúes y Ratna tiene que aguantar las películas de Jean-Claude Van Damme.

Me eché a reír, agradecí que le pusiera un poco de humor a la conversación.

—De todas formas, lo siento, de verdad. Estuvo muy feo —me volví a disculpar.

—No lo sientas, se me quedaban los pies *heladdos* con las chanclas.

—¿Y por qué no te ponías unos zapatos? Es lo normal, el frío empieza después del verano.

—No lo sé, supongo que porque eran cómodas —dijo.

—No es motivo suficiente.

—Les había *cogiddo* cariño.

Nos miramos aguantado las ganas de reír, pero acabamos explotando. Ganesh echó la cabeza hacia atrás con una carcajada y yo me doblé hacia adelante muerta de la risa. Me reí tanto que lloré.

—No vuelvas a ponértelas nunca más, por favor —dije secándome las lágrimas—. A no ser que vayas a la piscina municipal y las conjuntes con una nevera y una sombrilla.

—Vale, me *parese* bien. ¿Irías conmigo? —me preguntó.

Me encogí de hombros y dije.

—Bueno... Puede que sí.

Se creó un momento tierno e íntimo entre los dos, un silencio cargado de significado. Ganesh me atraía demasiado, pero lo que sentía por él era mucho más que eso. Estaba enamorada, loca por Ganesh.

Di un paso hacia él. Ganesh puso sus manos en mis mejillas y yo me agarré a las solapas de su abrigo. Lo miré a los ojos y dije:

—Pero hay algo que no me parece bien.

—¿El qué?

—Tú has cedido en algo por mí, te has deshecho de tus chanclas de natación.

—Nadie ha dicho que las haya *tiraddo*.

—¿Qué? Espero que estés de broma —dije asustada.

Se rio, así que supuse que sí lo estaba.

Ganesh deslizó sus manos hasta mi nuca y acercamos nuestras caras. Pero, cuando estábamos a punto de besarnos, dije:

—No sé, es que no acabo de verlo justo.

Ganesh resopló mirando al cielo.

—Vamos a besarnos o no.

—Sí. Sí, claro. Pero siento que debería ofrecerte algo a cambio de las chanclas.

Bajó la cara, se pellizcó el puente de la nariz y rio en silencio.

—Vale, ya lo tengo... —dije haciendo una pausa—. ¿Quieres un churro?

Nos echamos a reír, pero nos besamos por fin. Nos abrazamos tan fuerte que nos hicimos uno. Su exotismo y mi «occidentalidad», su sensata filosofía de vida y mi tendencia a atascarme con los problemas, sus chapuzas y mi perfeccionismo ahora encajaban. Quizá siempre había sido así, solo había hecho falta que el amor le diera un pequeño empujón al engranaje que hacía que nuestros corazones latieran al unísono.

Primeros capítulos de **Sería Genial**

## CAPÍTULO 1

—¿Dónde está? —le pregunté a Niall en el pasillo del hospital. Lo agarré por los brazos y clavé mi mirada en sus ojos. Estaba tan nerviosa que subí corriendo por la escalera, no pude esperar al ascensor.

—Aquí al lado, en la habitación treinta y seis.

Estaba deseando ver a Clara, pero me pareció desconsiderado no dedicarle a Niall unos segundos, dada la situación.

—¿Cómo ha sido? —le pregunté.

—Sabemos cómo ha sido, Marta. Tanto Clara como yo hemos tenido parte de responsabilidad en esto, no me hagas explicártelo.

—Me refiero a si ha sido natural —le aclaré.

—Supongo. Es ley de vida, este día tenía que llegar.

Hombres... toda una especie aparte en su género.

Puse los ojos en blanco y me dirigí a la habitación de Clara, pero justo en la puerta me di la vuelta y le pregunté ilusionada a Niall:

—¿Cómo son?

Sus ojos verdes brillaron y una enorme sonrisa se formó en su cara.

—¿Cómo van a ser? Los más guapos del mundo. ¡Soy el padre! —dijo rebosando felicidad.

—Ni se te ocurra decirme que son guapos —me advirtió Clara. Tenía un gemelo dormido en cada brazo y los observaba de reojo, recelosa.

—¿Por qué dices eso? Son unos bebés monísimos —repliqué.

Todavía no sabía cuál era Cayetano y cuál Pelayo, pero daba igual, los dos eran igual de peculiares. Tenían las orejas y las narices grandes, desproporcionadas para sus minúsculas caritas.

—La genética me ha castigado por reírme de mi suegro. ¡Míralos, son idénticos a él! —exclamó asustada.

—No digas eso. A mí me parecen muy graciosos. Fíjate, parecen dos gnomos.

Llevaban unos gorritos azules acabados en pico que les hacían parecer unos diminutos seres mitológicos. Uno de ellos parecía sonreír satisfecho y el otro tenía cara de estar tramando alguna fechoría. En realidad eran una monada, aunque fuera de una manera un tanto cómica.

—A lo mejor me los cogen para rodar una nueva entrega de *El Señor de los Anillos* —dijo Clara.

—Vamos, no es para tanto. Las narices pronunciadas dan mucha personalidad. Unos niños que se llamen Cayetano y Pelayo no pueden tener unas facciones delicadas, nadie los tomaría en serio —le argumenté.

Clara miró a los bebés pensativa.

—¿Crees que cambiarán con el paso de los días? —me preguntó.

—Seguro que sí. Esto pasa mucho con los recién nacidos, salen de una manera y cuando te quieres dar cuenta ya no los reconoces —dije con falsa seguridad. Miré a mi alrededor y, por el rabillo del ojo, vi que Clara me observaba con desconfianza. Pero unos segundos después asintió y sonrió.

—Da igual cómo sean, aun así me muero de amor por ellos. ¿No son adorables? —me preguntó enternecida.

Me senté en la cama junto a Clara y me incliné sonriente sobre los bebés. Después de la primera impresión, a mí también me lo parecían.

—Claro que son adorables. ¿Cuál es Cayetano y cuál Pelayo? —le pregunté.

—Pelayo es el que tiene cara de bonachón y Cayetano el proyecto de gángster.

Observamos a los bebés embelesadas, fijándonos en cada tierno detalle de aquellos minúsculos recién llegados, pero unos instantes después nos miramos y nos entró la risa.

—No puedo esperar a que se mantengan de pie para fotografiarlos entre las plantas del jardín de casa vestidos de gnomos —dijo Clara. Sabía que le dolían los puntos porque, entre medio de las carcajadas, se le escapaban muecas de sufrimiento.

—Míralo por el lado bueno, Niall ya tiene dos duendes de verdad para decorar el pub el día de San Patricio —bromeé.

—¿Crees que eso habrá tenido algo que ver, que Niall es irlandés? —me preguntó.

—Probablemente. A saber cómo es su árbol genealógico, puede que descienda de un elfo.

Clara y Niall se habían conocido diez años atrás, cuando ella era universitaria y estaba estudiando inglés un verano en Dublín. Él era guapo pero básico, enervante y otras veces encantador; uno de esos hombres que lo mismo quieres comértelos que matarlos a golpes con el bolso. Una noche se le acercó a Clara en un pub, hincó una rodilla en el suelo y le regaló una flor hecha con la etiqueta de un botellín de cerveza, desde entonces no se habían vuelto a separar.

Niall entró en la habitación, se sentó en el otro lado de la cama y me preguntó:

—¿Qué te parecen Connor y Ryan? ¿No son los niños más guapos que has visto jamás?

—Ya hemos hablado de eso, no van a llamarse Connor y Ryan —le dijo Clara.

—Claro que sí, mis hijos no pueden llamarse Calceín y Peladilla —se quejó Niall.

—Es Cayetano y Pelayo, deja de fingir que no sabes pronunciar sus nombres —le ordenó Clara.

—Pues no sé hacerlo. ¿Lo ves? ¿Qué culpa tengo yo de ser extranjero? —dijo Niall.

—¿Me tomas por idiota? ¡Lo haces adrede! —exclamó Clara impaciente—. Más te vale que te vayas acostumbrando, porque estos niños los he sacado *yo* con mucho esfuerzo por un agujero insignificante y eso me da derecho a llamarlos como quiera —dijo con firmeza.

¡Qué horror, al final había sido un parto vaginal! ¿Cómo había sido capaz de sacar a dos personas completas por ahí abajo? No lo entendía, a mí a veces me costaba sacarme un tampón.

—¿Y quién los metió ahí? Corrígeme si me equivoco, pero creo que fui yo. ¿No me da eso ningún derecho? —le preguntó Niall.

—Claro que sí. Si ponemos en una balanza tu labor y la mía en este asunto, tienes derecho a darles el biberón y a cambiarles los pañales de madrugada —respondió Clara.

—Podrías llamarlos Pelayo y Ryan —les sugerí para que se calmaran.

—¿Qué? —dijo Clara con desagrado.

—Bueno, pues Connor y Cayetano —volví a probar.

—Son españoles, se llamarán Cayetano y Pelayo —sentenció Clara.

—Ni hablar... —murmuró Niall. Giró la cara para que Clara no lo oyera, pero ella lo oyó tan claro como yo y le lanzó una mirada asesina—. Ya decidiremos esto en otro momento, cariño. Has hecho un esfuerzo grandísimo y debes de estar agotada. Por ahora podemos llamarlos Bebé Uno y Bebé Dos —dijo dulcificando el tono, sacando su lado encantador.

—Eso es muy impersonal. ¿Cómo se te ocurre llamarlos así? —le reprochó Clara. Miró a los bebés con inconmensurable amor y unos segundos después dijo—: Incluso es mejor la idea de

Marta. No te hagas demasiadas ilusiones, pero de momento les llamaremos Pelayo y Ryan.

Pelayo y Ryan. ¿Por qué se me habría ocurrido proponerlo? No había oído dos nombres para unos gemelos más ridículos en mi vida, no pegaban nada. Aunque supuse que no debía preocuparme. Niall, con su estúpida idea de identificarlos con un número, había conseguido que al menos uno de los bebés se llamara como él quería, era cuestión de tiempo que el otro también lo hiciera.

La enfermera entró haciendo un sonido chirriante con sus zuecos de goma al chocar contra el suelo brillante y encerado, cogió los bebés de los brazos de Clara y los metió en sus respectivas cunas de metacrilato.

—Ya es hora de soltarlos, se acostumbran a los brazos —dijo como una sargento. Después arrugó la nariz olisqueando el aire y exigió saber—: ¿Quién lleva perfume? —Miró de Niall a mí y de mí a Niall, nos quedamos tan sorprendidos que tardamos en contestar.

—Yo he sido tan responsable que ni siquiera me he puesto desodorante esta mañana —dijo Niall acercando la nariz a su axila—. Pero sí, tiene razón... Aquí huele a perfume de mujer que tira para atrás. —Me miró con pícaro malicia, disfrutando de convertirme en la sospechosa principal.

La enfermera giró la cara de repente hacia mí.

—Pues, no sé. Yo... —dudé confesar—. La enfermera se irguió desafiante, con las manos puestas en las caderas—. Puede que sea mi ropa, este vestido me lo puse ayer —le mentí. Miré a Niall entornando los ojos y le hice disimuladamente una peineta.

—No se puede venir perfumada a visitar a unos recién nacidos. ¡Los primeros días de vida tienen el olfato muy agudizado! —me reprendió la enfermera.

—Juro que no los he tocado —dije rápidamente.

—Miente, he visto cómo metía el dedo en el puño de uno de ellos —dijo Niall.

—¿Qué? ¡Eso no es verdad! —repliqué.

—Sabes bien que sí. Y ahora Connor está impregnado de perfume de Victorio y Lucchino, tú serás la responsable de que cuando crezca sea gay —me acusó intentando permanecer serio.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —le dijo Clara riendo.

—Esa mano irá a la boca. ¿No te das cuenta de la cantidad de gérmenes que le has podido pasar? —me regañó la enfermera.

—¡Pero es mentira, no hay ningún Connor! Esos niños se llaman Pelayo y Ryan —me defendí.

—No pasa nada. Tiene razón, no hay ningún Connor —me cubrió Clara. Miró a Niall y le volvió a amenazar sin necesidad de abrir la boca.

La enfermera nos miró de medio lado, levantó un dedo frente a su cara y dijo:

—La próxima vez que entre aquí esto tiene que oler a cero. A nada. El oxígeno de esta habitación tiene que ser más puro que el de la cima de una montaña. —Se dio la vuelta y salió de la habitación, chirriando de nuevo con sus zuecos de goma al chocar contra el suelo.

—Eres imbécil —le dije enfadada a Niall.

—Tendrías que haberte visto la cara, estabas más blanca que un irlandés —se burló de mí.

—Espero que tus hijos no salgan a ti, eres insoportable —le solté.

Niall se estiró bocarriba en la cama con la cabeza en el extremo de los pies, se colocó las manos bajo la nuca y continuó riendo. A veces no entendía qué había visto Clara en él, aparte de esos ojos verdes que resaltaban con su pelo oscuro lleno de remolinos. Eso no podía negárselo, Niall era un bombón. Físicamente, él y Clara hacían una pareja ideal. Mi amiga tenía una melena rubia, lisa y brillante; unos ojos castaños almendrados y una apariencia angelical. Era tan femenina como elegante.

—Tengo que irme, Flipy se estará preguntando dónde estoy —anuncié sarcástica.

—¿Sabes algo de Alberto? —me preguntó Clara.

—Lo suficiente para saber que estoy mejor sin tener noticias de él —dije fingiendo indiferencia.

—Eh, no te metas con mi amigo —me dijo Niall.

—Tú te callas, no eres objetivo en esta situación —le ordenó Clara. Después me miró compasiva y su demostración de pena por mí hizo que me sintiera ridícula. Intentaba llevar aquel asunto con dignidad, mostrando fortaleza, y que se apiadaran de mí me humillaba.

Me puse el abrigo y me acerqué a los bebés para mirarlos por última vez. Las cosas habían cambiado tanto desde que Clara me dio la noticia de que estaba embarazada. Entonces no imaginaba que Alberto y yo no estaríamos juntos cuando los gemelos nacieran, no sospechaba que lo nuestro se iba a enturbiar de esa manera. Siempre creí que teníamos algo único y especial. Pero ahora todo era diferente y la recién estrenada vida de los pequeños forasteros que tenía delante me parecía tan extraña y nueva como la mía.

Saqué una toallita húmeda de mi bolso y me froté los dedos con ella, no quería volver a dejar el rastro de mi perfume en los bebés. Les toqué las puntas de las «naricitas» a modo de despedida y después me di la vuelta hacia Clara.

—Mañana vengo a verte —le dije. Me incliné sobre ella y le di un beso en la cabeza.

—¿Y yo qué? —me preguntó Niall, todavía tumbado en la misma posición.

—A ti no te besaría aunque fueras tú quien hubiese parido —le contesté.

—Qué más quisieras. ¡Si te besara se te caerían las bragas! —bromeó mientras salía por la puerta.

—¡Cállate ya! —exclamó Clara agobiada.

Oí un sonoro «plof» desde el pasillo y supe que le había dado un manotazo a Niall en alguna parte de su cuerpo cubierta con ropa. Esperaba que lo hubiera tirado de la cama y que no le hubiese dado tiempo de parar el golpe al estamparse contra el suelo.

## CAPÍTULO 2

Nunca imaginé que acabaría compartiendo piso con un hurón. Flipy, que así se llamaba el bicho, ni siquiera era mío. Yo no había estado de acuerdo con que Alberto lo metiera en casa. Pero eso daba igual, ahora los dos estábamos sentados en el sofá como una pareja que no sabía de qué hablar. Mi mirada estaba puesta en la televisión, intentaba que Flipy creyera que no sabía que me estaba mirando. Él estaba sentado como una diminuta persona jorobada, con la parte baja del lomo apoyada en el respaldo del sofá y la cara girada hacia mí. Sabía qué era lo que quería, pero no pensaba dar mi brazo a torcer. Flipy tenía que aprender que la situación había cambiado: yo no era Alberto, no iba a llevarlo a pasear.

Estiré el brazo hasta la mesa de centro y cogí el mando del televisor mirando a Flipy de reojo. Él seguía inmóvil, me observaba con atención con esos ojos negros que parecían dos canicas. Sentí que estaba invadiendo mi privacidad y empecé a enfadarme con él.

—¿Qué haces? Deja de mirarme —le exigí.

Flipy no lo entendió. O sí, y en realidad caí en su trampa, acababa de conseguir que iniciáramos un diálogo. Saltó a la mesa de centro, se sentó allí y me miró de frente.

—¡Quita tu culo de mi mantel individual, después pongo mi comida ahí! —exclamé.

Pero él no pareció afectado, al revés, comenzó a emitir feliz sus sonidos de hurón. Aunque a mí siempre me había parecido que cacareaba como una gallina, Flipy nunca había sido mi «persona» favorita en el mundo.

Me senté en el otro extremo del sofá para no tenerlo de frente, pero él corrió sobre la mesa en mi misma dirección y volvió a sentarse frente a mí.

—¿Quieres dejar de perseguirme?

Se puso de pie y volvió a intentar comunicarse conmigo, más alto esta vez.

—Sigue, tú sigue armando escándalo. Es de noche, los vecinos llamarán a la policía y te llevarán esposado.

Eso no le asustó. Comenzó a saltar de la mesa al sofá y de vuelta a la mesa, subió al respaldo y lo correteó de punta a punta varias veces seguidas. Harta de la situación, me puse de pie, me giré hacia él y le grité:

—¡A ti y a mí no nos une nada! ¿Vale? ¡Yo no tengo ninguna responsabilidad contigo! ¡No tengo por qué ocuparme de ti! Si vivimos juntos es porque el irresponsable que tienes por dueño se ha largado y te ha dejado aquí. Te mintió siempre. ¡Ya lo ves, no te quiere! Y yo tampoco.

Flipy, que ahora estaba sentado con las patas delanteras suspendidas en el aire, atento a mi discurso, las fue bajando poco a poco. No supe si fue por mi tono de voz, pero el caso es que reaccionó como si entendiera lo que le había dicho. Caminó con lentitud por el respaldo del sofá hasta el otro extremo, bajó al asiento, saltó al suelo y continuó caminando cabizbajo hasta su jaula. Después se metió dentro y se hizo una bola en un rincón.

Me rasqué la cabeza inquieta. Me sentí mal por haberle hablado de esa manera tan cruel. Ya había conseguido lo que quería, Flipy me había dejado en paz. Pero sentí pena por él al verlo así, parecía triste. Arrepentida, me acerqué a su jaula y me puse de cuclillas frente a la puerta.

—Flipy... —lo llamé. Él no me miró, o realmente estaba triste o había herido su orgullo de hurón—. Lo siento, me has puesto nerviosa con tanto corretear. Lo que te he dicho es mentira, todos te queremos. —Flipy siguió sin mirarme, mi argumento no le convenció—. Verás, tu dueño

es borderline, es un egoísta que solo piensa él. Pero seguro que pronto se dará cuenta de lo que ha hecho y vendrá a buscarte. Te empezará a echar de menos, sí, porque no hay un hurón más mono que tú. —Metí la mano en su jaula con cuidado, extendí un dedo y le rasqué la cabeza con él. Eso le gustó, me miró por fin—. ¿Quieres un poco de jamón? Lo he comprado hace un rato, está recién cortado —le dije en tono tentador.

Diez minutos después, Flipy se había comido una loncha de jamón ibérico y los dos nos disponíamos a ir al parque. Enganché la correa a su arnés, cogí las llaves de casa y nos metimos en el ascensor: yo resoplando agobiada y él emitiendo sonidos de felicidad. Me daba rabia reconocerlo, pero el hurón había ganado.

También me daba rabia reconocer que, a pesar de todo, aquel paseo nocturno me estaba gustando tanto como a Flipy. Había un parque cerca de casa que a esas horas era un oasis de paz. Un camino de tierra lleno de árboles lo rodeaba y las pocas personas que me encontraba paseaban con sus perros, deseando que les diera ya el apretón para irse a sus casas y poder descansar después de una larga jornada de trabajo. Me crucé con una chica que hacía estiramientos y a lo lejos oí los gritos de unos chavales en la rampa de *skate*. Miré a Flipy, que caminaba contento a mi lado, respiré hondo el aire fresco mezclado con el olor de la hierba húmeda y le dije:

—Así que por esto te gusta venir aquí.

Un chico bien metido en los treinta estaba a punto de cruzarse con nosotros. Corría con una camiseta negra de manga larga, unos pantalones cortos del mismo color que dejaban ver sus piernas fibradas y unas zapatillas de deporte profesional. Era el típico sano que sale a correr cada día llueva o nieve. Bajo las mangas de su camiseta se notaba que sus brazos estaban musculados y a pesar del frío unos mechones de su pelo rubio le botaban sudados sobre la frente. Al acercarse más vi que tenía la mandíbula angulosa y los ojos claros, la luz de una farola hizo que le destellaran.

Tiré de la correa para que Flipy le dejara vía libre pero, justo cuando el chico nos pasaba de largo, Flipy dio un rápido tirón hacia atrás. Me giré y vi que se le había enganchado en la espalda, colgaba de su camiseta, intentando trepar.

—¡Flipy! —le grité. El chico paró sorprendido, se echó la mano atrás y se lo intentó desenganchar. Pero no conseguía alcanzarlo, Flipy se estaba balanceando en su camiseta como si aquello fuera un juego. Lo intenté agarrar por las patas traseras y se me escapó, subió de un salto al hombro del chico y ahí pude cogerlo por fin—. Lo siento... —me disculpé horrorizada.

Él miró boquiabierto a Flipy en mis manos y después me miró a mí.

—¿Eso qué es? Casi se me para el corazón. ¡Creí que era una rata! —exclamó.

—No... ¡No, es un hurón! Te ha visto correr y... no sé, supongo que le ha salido su instinto de depredador.

El chico sacudió la cabeza aturdido, se puso las manos en la cintura y me preguntó:

—¿Quién tiene un bicho así de mascota? Tiene los dientes afilados y unas patas muy cortas para ese cuerpo tan largo, está mal hecho.

Levanté a Flipy en mis manos para comprobar lo que me decía. Flipy me miró, abrió la boca enseñando los colmillos y emitió un corto sonido agudo.

—Ya. Bueno. En realidad no es mío, solo estoy haciendo de niñera.

—¿No es tuyo? ¿Y sabes si está vacunado? Me ha arañado la espalda —dijo con asco.

—Flipy está muy bien cuidado. Es una mascota limpia y lleva una alimentación de lo más sana. Se acaba de comer una loncha de jamón ibérico —dije a la defensiva.

Me molestó que insinuara que Flipy podía transmitir enfermedades, su jaula siempre estaba impoluta y Alberto lo bañaba cada dos por tres. Una noche llegué del trabajo y le había preparado

un baño caliente con espuma en el lavamanos del cuarto de baño, solo le faltó encender unas velas y abrirle una botella de champán.

—¿Come jamón ibérico? —me preguntó el chico riendo.

—Sí. Del caro. Y algunas *delicatessen* más —dije con altivez. Ladeé la cabeza, hice un chasquido con los dedos y dije—: Vamos, Flipy, tengo que lavarte las patas. Esa camiseta estaba muy sudada.

Di un paso a un lado, eché a caminar hacia el frente y, al alejarme, el chico me gritó:

—¡Oye, este sudor es salud! ¡Me machaco para sudar esta camiseta todos los días!

Me giré y lo vi sacudiendo su camiseta por la parte del pecho para mostrármelo. Estuve a punto de derretirme al ver su bonita sonrisa. Pero me controlé, volví a mirar al frente y no sonreí hasta que oí cómo sus zancadas se alejaban a mi espalda removiendo la tierra del camino.

Levanté a Flipy hasta la altura de mi cara, lo miré a los ojos y le advertí:

—No se te ocurra volverlo a hacer. No puedes saltar sobre los viandantes solo porque vayan corriendo, eso no significa que quieran jugar. Esta va a ser la primera y la última vez que doy la cara por ti. —Lo solté en el suelo y cuando vi que Flipy ya no me prestaba atención me reí de manera silenciosa.

La chica que había visto un rato antes haciendo estiramientos nos adelantó corriendo y Flipy, cómo no, se pasó mi advertencia por esa zona que tenía bajo su largo rabo.

—¡Flipy! —le grité furiosa.

A esta se le agarró a una pierna, tuve que despegárselo del chándal como si fuera velcro.

**Consíguelo aquí:**

<https://www.amazon.es/dp/B07TJV2GRJ>

## Contacta con la autora

Facebook

<https://www.facebook.com/rosario.vila.10>

Twitter

<https://twitter.com/Riovila10>

Instagram

[https://www.instagram.com/rosario\\_vila\\_chick/](https://www.instagram.com/rosario_vila_chick/)

Blog

<http://rosariovilachicklit.wordpress.com>

Correo electrónico

[riovilado@gmail.com](mailto:riovilado@gmail.com)